EPISODIOS HISTÓRICOS DE ESPAÑA

DE

RICARDO DE LA CIERVA

COMUNISTAS Y FALANGISTAS

LA VERDADERA FUERZA

Lectulandia

«Entre los supervivientes de uno y otro bando de la Guerra Civil española, la imagen histórica que aún permanece es que se trató de una lucha entre el fascismo y el comunismo. Pero se trata de una imagen trazada desde cada uno de los campos enemigos. Los supervivientes del bando nacional siguen, aún hoy, convencidos de que participaron en una cruzada contra el comunismo; los supervivientes de la República están seguros de que su combate se libró contra el fascismo. A veces se ofrece otra versión, como la de que la Guerra Civil fue el combate entre el fascismo y la democracia. Esto es lo que dijeron, en su visita a España, los veteranos de las Brigadas Internacionales, que regresaron en 1996 para una breve visita, con el reloj de su propia propaganda parado en el año 1936. Pero llamar democracia a la República en guerra, donde no hubo una sola elección, ni una sola sesión de Cortes (salvo un par de reuniones de pura e inútil fachada), es un sarcasmo».

Este libro expone el nacimiento y desarrollo de la Falange y del PCE y establece, al margen de la mitología al uso, cuál era su auténtica fuerza en los años inmediatamente anteriores al estallido de la guerra.

Lectulandia

Ricardo de la Cierva

Comunistas y falangistas: la verdadera fuerza

Episodios históricos de España - 29

ePub r1.0
Titivillus 13.01.15

Título original:*Comunistas y falangistas: la verdadera fuerza*
Ricardo de la Cierva, 1997

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El discurso de la Comedia

La imagen histórica que ha quedado como expresión de la Guerra Civil española entre los supervivientes de uno y otro bando es ésta: se trató de una lucha entre el fascismo y el comunismo. Pero, atención, ésa es una imagen trazada desde cada uno de los campos enemigos. Los supervivientes del bando nacional siguen, aún hoy, convencidos de que participaron en una cruzada contra el comunismo; los supervivientes de la República están seguros de que su combate se libró contra el fascismo. Algún iluso aislado y desorientado ofrece alguna vez —con sordina y un poco de complejo— otra versión: la Guerra Civil fue el combate entre el fascismo y la democracia.

Esto es lo que decían, en su reciente visita a España, los veteranos de las Brigadas Internacionales, que regresaron para su breve visita con el reloj de su propia propaganda parado en el año 1936. Pero llamar democracia a la República en guerra, donde no hubo una sola elección, ni una sola sesión de Cortes (salvo un par de reuniones de pura e inútil fachada), es un sarcasmo y una tomadura de pelo. Vamos a la otra imagen: fascismo contra comunismo.

El 18 de julio de 1936 había en España pocos afiliados a Falange, que era teóricamente el fascismo español: calculemos unos quince mil. La cifra de afiliados al Partido Comunista era, seguramente, semejante; discutiremos en este mismos libro esas dos cifras. Por lo tanto, estadísticamente, resulta que en el bando nacional no había, al principio, más que unos cuantos fascistas; y en el bando de la República sólo combatían unos cuantos comunistas. Luego, a lo largo del conflicto, como veremos en su momento, los efectivos falangistas en la zona nacional y los efectivos comunistas en la zona republicana se incrementaron enormemente; uno y otro partido se convirtieron en dominantes, lo cual puede justificar un tanto la imagen citada. Pero creo que sería más exacto interpretar esa imagen en sentido negativo; quienes lucharon fueron los antifascistas contra los anticomunistas, si bien los primeros tenían una idea muy distorsionada de lo que significaba el «fascismo» en la zona nacional y los segundos poseían también una idea bastante deformada de lo que significaba el «comunismo» en la zona republicana.

En los Episodios correspondientes a la Guerra Civil analizaremos lo que había de verdad y lo que había de exageración en el fascismo de la zona nacional y en el comunismo de la zona republicana. Pero en todo caso la presentación de la historia de la República que estamos intentando en esta serie de Episodios nos exige que investiguemos lo que fue la Falange y lo que fue el Partido Comunista hasta el 19 de junio de 1936. Éste es el objetivo del Episodio presente.

Habíamos iniciado el seguimiento de los orígenes de José Antonio Primo de Rivera después de presentar a los otros tres líderes principales del fascismo español:

Ernesto Giménez Caballero, Ramiro Ledesma Ramos y Onésimo Redondo Ortega. Dejábamos a José Antonio empeñado en el noble intento de conseguir un escaño en las Cortes Constituyentes para reivindicar la memoria de su padre; no lo consiguió aunque perdió de vista, en las votaciones, al candidato comunista. Entonces, mientras llegaba mejor ocasión, puso en marcha su bufete (con inmediato éxito) y lee, medita, duda, y piensa seriamente en marcharse a América para emprender una nueva vida, lejos de todo. Va abriéndose un camino político interior entre una derecha reaccionaria, que había abandonado a su padre, y una izquierda que parecía cada vez más estéril en sus versiones republicanas y cada vez más sometida a «Internacionales» extranjeras en sus versiones proletarias.

Durante el año 1932 traslada su bufete al bajo de la calle de Alcalá Galiano 8, a un paso del despacho oficial de Manuel Azaña en la Presidencia. El 28 de febrero pronuncia en Jerez, con gran aceptación, una conferencia sobre —ya casi contra— Juan Jacobo Rousseau. Sus lecturas le llevan al fascismo francés y, en escritos y discursos posteriores, puede advertirse una cierta huella del entonces famoso *francismo.* No participó de forma activa en el levantamiento del 10 de agosto, aunque probablemente contribuyó a él con una suma, tal vez una fuerte suma. Pero su hermano Femando, entonces oficial en Cuatro Vientos, se opuso a la intentona y Fernando ejercía ya un gran influjo sobre su hermano mayor. Femando recibió una citación honorífica del Gobierno Azaña, pero José Antonio, acusado de intervención activa, pasó a la cárcel Modelo, donde permaneció hasta octubre, y fue liberado gracias a una gestión personal de Ángel Ossorio y Gallardo. Nada más salir de la cárcel defiende con gran acierto a Galo Ponte, que había sido ministro de su padre, ante el Tribunal de Responsabilidades Políticas por la Dictadura.

El año decisivo, definitivo, para José Antonio Primo de Rivera es el año 1933. Tres elementos esenciales van a condicionar la cristalización institucional de las dudas y las meditaciones de Primo de Rivera. Ante todo, el tremendo clarinazo de la subida al poder de Adolfo Hitler, a fines de enero. En segundo lugar, los lamentables tumbos del Gobierno de Casas Viejas. Y en tercer lugar, los atisbos y los afanes de los observadores políticos del capitalismo y las extremas derechas españolas, quienes mancomunadamente, en Consejos de Administración y en altas reuniones disfrazadas de sociales, declaraban abierto entre los jóvenes políticos españoles el concurso de méritos para la designación de un jefe fascista y de su *staff.*

Es el momento de descartar de una vez para siempre los bizantinismos acerca del carácter fascista, profascista, hiperfascista o parafascista de José Antonio Primo de Rivera y de su movimiento. El comentario de textos suministraría pruebas escolásticas para todos los gustos. En el sentido habitual, que hemos discutido en el Episodio anterior, hemos fijado los caracteres esenciales del fascismo. Inútil repetir definiciones. Desilusionado por las concreciones del fascismo y el nazismo, el propio Primo de Rivera declaró, como veremos, oficialmente, que su movimiento no era fascista. Pero lo era. No se trataba, desde luego, de un fascismo mimético, aunque

inicialmente sí lo fue en parte y desde luego surgió en España por vía de importación múltiple. Pero en la España de los años treinta todo el mundo llamaba fascistas a José Antonio Primo de Rivera, a su grupo y a los grupos afines, sin ánimo de insultarles, sino de definirles. Ellos mismos —y el propio José Antonio— aceptaban con mayor o menor entusiasmo el calificativo, entre otras cosas porque eran fascistas y porque el fascismo no sonaba aún por entonces como un insulto; constituía una prueba de modernidad y apertura europea.

La súbita conjunción de los tres factores condicionantes a que nos acabamos de referir provoca en España un toque de rebato que reúne apresuradamente a todos los presuntos fascistas en el más efímero pero no menos interesante de los periódicos españoles, *El Fascio,* cuyo primero y único número apareció —por la puerta falsa de las suscripciones enviadas a provincias, antes del secuestro policíaco— el 16 de marzo de 1933.

Uno de los asistentes a la reunión, el periodista italiano Cesare Gullino, con quien hablé mucho en los años sesenta, nos ha entregado un interesante memorándum en el que parece demostrarse que para la preparación inmediata de *El Fascio* se reunieron en casa de Ernesto

Giménez Caballero, «el cónsul político de Mussolini», José Antonio Primo de Rivera, Juan Pujol, Manuel Delgado Barreto, Rafael Sánchez Mazas, el diplomático italiano Guariglia y el propio Gullino, que actuó más de una vez como enviado especial del Duce ante José Antonio Primo de Rivera, con varia fortuna. El proyecto queda en manos de un experto promotor, Delgado Barreto, quien antes de tirar el número cuenta con una enorme cifra de pedidos: ciento treinta mil ejemplares. «Aquella virgolancia de *El Fascio*, como le denomina uno de sus solicitados colaboradores, Ramiro Ledesma, cuenta en su equipo redactor y colaborador con este mismo duro crítico, con Redondo, con Primo de Rivera, Sánchez Mazas, Julio Ruiz de Alda, Giménez Caballero, Juan Aparicio y todo fascista en potencia que ofreciera suficientes garantías a los sustentadores financieros y políticos del periódico.

En el frustrado número inicial, José Antonio Primo de Rivera contribuye con dos artículos bastante nebulosos. En el primero, «Orientaciones hacia un nuevo Estado», se habla, sin precisiones, de unidad y de solidaridad. El segundo es más importante y más significativo: «La democracia fracasada y en crisis». No quiere el autor una segunda dictadura, sino un «Estado fuerte, reciamente español, con un Poder Ejecutivo que gobierne y una Cámara Corporativa que encarne las verdaderas realidades nacionales».

Muy pocos días más tarde, el 22 de marzo, la edición sevillana de *ABC* publica las «Cartas abiertas acerca del fascismo» entre Primo de Rivera y el marqués de Luca de Tena. El marqués de Estella —con la E de su título había firmado su colaboración en *El Fascio*— se declara por supuesto fascista; dice que el fascismo no es una táctica —la violencia—, sino una idea: la unidad. Con encomiable realismo, Luca de Tena se pregunta cómo podrá llegar el fascismo español a conseguir sus objetivos sin la

violencia, y cree que al fascismo hay que juzgarle no por sus teorías confusas, sino por sus realidades bien visibles en Europa. La polémica continúa, con gran altura política y humana, en el número del día siguiente.

La aparición de *El Fascio* y la polémica con Luca de Tena colocaron a José Antonio Primo de Rivera —del que *La Nación* seguía haciendo una eficaz propaganda personal— en cabeza de las candidaturas para caudillo fascista, si bien el propio interesado no acababa de decidirse: pensaba, en efecto, que el caudillo fascista debería proceder del Estado llano o del proletariado y por supuesto carecer de sentido del humor. Pero ante el magnetismo personal de Primo de Rivera menudean los contactos casi discipulares. Su pariente Sancho Dávila corre desde Sevilla para ponerse a sus órdenes y por encargo de Primo de Rivera funda el foco fascista andaluz, con una ardiente sección universitaria encuadrada por el brioso estudiante de Medicina Narciso Perales y otros jóvenes exaltados: el torero Pepe Algabeño, o Martín Ruiz Arenado, de Santander.

Mayor interés aún ofrecen de cara al futuro inmediato los contactos personales de José Antonio Primo de Rivera en Madrid. El primer grupo que se le acerca es el de los aviadores: Julio Ruiz de Alda y los hermanos Ansaldo, indignados contra la República que había suspendido los trabajos fotogramétricos para la Carta Aérea de España, en la que trabajaban desde la Dictadura con gran eficacia profesional. Los hermanos Ansaldo eran tan buenos monárquicos como pilotos; el más espectacular de ellos, Juan Antonio, laureado de África, conspirador empedernido y aventurero idealista, anima mucho las reuniones con sus ansias desmesuradas de acción directa sin objetivos concretos.

Muy diferente, y mucho más importante para el futuro, es la postura de Julio Ruiz de Alda, héroe nacional desde su participación con Ramón Franco en el vuelo del Plus Ultra en 1926. Este hombre profundo, injustamente olvidado, había nacido en Estella el 7 de octubre de 1897; era el mayor de doce hijos de un matrimonio alavés-navarro, católico a carta cabal, dedicado a la pequeña industria. Cinco hermanos lucharon y derramaron su sangre en el bando nacional de la Guerra Civil española. Más que vocación, Julio Ruiz de Alda poseía una naturaleza militar. Alumno de los Escolapios, se traslada a Madrid a los quince años y en 1913 obtiene con el número uno el ingreso en la Academia de Artillería.

Recibe las estrellas de teniente después de cinco años en la Academia de Segovia, en los que, según confesión propia, no se mató a estudiar; interviene en la conquista de Xauen y ya capitán ingresa en Aviación en 1921. Cultiva la fotogrametría. Cubre desde el aire la retirada de Xauen en 1924 y, tras el triunfo del Plus Ultra, decide intervenir en política, lo que no le resulta difícil dada su condición de héroe nacional disputado por todos los grupos. Intenta conseguir un puesto en las elecciones de 1931 como diputado del Centro Constitucional de Cambó y el duque de Maura, pero se desencanta y se acerca al grupo de Ramiro Ledesma. No vuelve al Ejército, en el que, desde el pleito artillero de la dictadura, se hallaba en situación de supernumerario.

Algunos enlaces de la extrema derecha y de la alta finanza le incitan a fundar por su cuenta un grupo fascista, pero, consciente de sus limitaciones —le falla por completo la oratoria—, desiste. Interviene en el abortado *El Fascio*; sus cualidades le convierten en el colaborador ideal para Primo de Rivera. Es ante todo un técnico, un gran organizador, un hombre de acción, fuerte como un roble y a la vez dotado de gran calma y sentido común. «Los pájaros no hablan», comentaba él mismo sobre su oratoria y sobre su discreción. Sincero, recto, metódico, muy atractivo para los jóvenes por su aureola heroica, es el técnico de la Falange, a la que aportará uno de sus símbolos —la camisa azul— y la vivencia hondísima de nuestra impotencia exterior, suscitada por la resonancia exultante de su vuelo americano entre cinco millones de españoles menospreciados en América.

Y, junto al grupo de los señoritos de Sevilla y el grupo de los aviadores heroicos, en la primavera de 1933 se acerca a José Antonio Primo de Rivera, que sigue sin decidirse, el grupo de los poetas. Los «proveedores de retórica», como despectivamente son designados por Payne, formaban la tertulia literaria e intelectual de Primo de Rivera en el bar La Ballena Alegre y ante la moda de hoy están, como grupo, bastante desacreditados. Pero se les acusa injustamente de fabricantes de oropel. Fueron, sí, fabricantes de sueños, pero era una excelente retórica; eran unos sueños que no por haber fracasado dejaban entonces de parecer nobles y, lo que es más importante, parecían posibles. Sus nombres brillan con luz propia en el firmamento de las letras españolas: Rafael Sánchez Mazas, José María Alfaro Polanco, Agustín de Foxá, Samuel Ros y el más fascista de todos ellos, Dionisio Ridruejo. Todos demostraban una amplia cultura y una calidad literaria indiscutible.

Al avanzar la primavera de 1933, José Antonio Primo de Rivera va concertando sus sueños. Tras un contacto prolongado, quizá dos meses, con Julio Ruiz de Alda, se funda en el propio despacho de Alcalá Galiano 8 una institución embrionaria a la que José Antonio designa como MES: Movimiento Sindicalista Español. Las hojas de propaganda del nuevo grupo llevaban el recuadro FE, propuesto por Ruiz de Alda; las gentes lo interpretaban como «Frente Español» (la asociación progresista de Alicio Garcitoral y García Valdecasas, fundada en 1932), «Fe Española», y, casi todo el mundo daba la interpretación correcta sugerida por el propio Ruiz de Alda: «Fascismo Español».

Es ahora cuando, a fines de julio, el Gobierno organiza la caza de fascistas —tras el ataque de las JONS a la sede roja de «los amigos de la Unión Soviética»—, pero ni Primo de Rivera ni Ruiz de Alda son molestados. El 25 de agosto de 1933, *La Nación* empieza a designar a Primo de Rivera simplemente como «José Antonio». El MES ostentaba unas siglas demasiado propensas al chiste madrileño y el grupo lo iba sustituyendo, sin concretar significados, por el FE. A fines de agosto los financieros de Bilbao y los jefes de la derecha monárquica convocan la conferencia fascista de San Sebastián, a la que asisten José Antonio, Ruiz de Alda, Ledesma y Valdecasas. Éste queda más o menos vinculado al grupo, pero Ledesma piensa que aquello tiene

demasiada imitación y abandona las discusiones. El nuevo grupo, confuso y embrionario, decide presentarse al público con motivo del restablecimiento de las posibilidades de propaganda política de cara a las elecciones convocadas para noviembre.

El 29 de octubre de 1975, con Francisco Franco, último jefe de la Falange, postrado por su última enfermedad, se celebraba en el teatro madrileño de la Comedia el último mitin conmemorativo de la fundación de Falange Española. Aquello ya estaba al margen del tiempo y sólo asistieron algunos nostálgicos; la Falange, a la que Franco desde muchos años antes llamaba «el Movimiento», ya no vivía en la realidad. Pero por mucho que siga pesando a los eternos rompedores de urnas, el mitin del teatro de la Comedia —cedido a Primo de Rivera el 29 de octubre de 1933 por el amigo y empresario Tirso Escudero— fue un mitin de propaganda electoral.

Se le reconoce con justicia como el acto fundacional de la Falange, aunque durante él no se pronunció la palabra Falange, ni se fundó formalmente nada; uno de los tres oradores, Alfonso García Valdecasas, declaró más tarde que no tenía la menor idea de que el mitin se hubiese preparado para fundar una institución, y tal vez por eso, a los pocos días, hizo gran boda y se marchó seis meses en viaje de novios sin acordarse para nada de la fecha histórica. Pero para una mentalidad no burocrática, sino histórica, la Falange, el movimiento fascista de José Antonio Primo de Rivera, arranca, sí, del discurso de la Comedia. Porque en él alzó su bandera, consiguió audiencia nacional —el acto fue retransmitido por radio— y caló muy hondo en los dos mil jóvenes oyentes fascinados por un discurso que aún hoy impresiona, aunque en las reediciones posteriores el teatro madrileño se llenara de camisas azules y en 1933 Primo de Rivera pronunciara su discurso vestido de cuello almidonado, corbata y traje de impecable corte.

En los palcos de la Comedía, algunos espectadores no muy recordados hoy: Ledesma Rarnos con sus amigos y el general José Enrique Varela Iglesias. No hemos podido consultar el discurso de García Valdecasas: todo el mundo, y el propio orador, parecen haberlo olvidado. Con su palabra premiosa, que angustiaba a sus amigos, Julio Ruiz de Alda dice cosas importantes, aunque no consigue arrebatar al auditorio. La República, «en vez de una revolución nacional, ha sido un atraco antinacional». (Ovación monárquica en la sala). «La revolución rusa, hecha en nombre de un principio universalista e internacional, ha terminado por hacer un Estado nacionalista e imperialista» (exactísima apreciación que hace sonreír de gusto a Ramiro Ledesma). El socialismo, «nuestro enemigo principal». Remedio para el campo: «el sindicato de producción y trabajo, apolítico». Influencia milagrera del régimen dictatorial (ovaciones entre los numerosos antiguos miembros de Unión Patriótica). Poca precisión económica; realismo típico del orador ante la dura lucha próxima.

Pero todos los comentarios del día se centrarán en el discurso de José Antonio Primo de Rivera, que prescindiendo de su contenido ideológico es una de las piezas oratorias más admirables del siglo XX español. El discurso se preparó con exquisito

cuidado, a pesar de que algún panegirista intenta hacernos creer en una inspirada improvisación. Arranca con un exordio antidemocrático: «Ese hombre nefasto que se llamaba Juan Jacobo Rousseau». (Claro que Rousseau, y José Antonio lo sabía perfectamente, había defendido la democracia directa y el totalitarismo con escasa coherencia). Alude al carácter electoral del acto; José Antonio era candidato por la lista de las derechas en Cádiz y resultó elegido: «El ser rotas es el más noble destino de todas las urnas». Consagra el total fracaso de la democracia liberal.

Comenta a continuación el nacimiento justo y necesario del socialismo, que se descarrió por el materialismo marxista.

Define entonces el nuevo movimiento, «nuestro movimiento»: «que no es de partido, sino que es un movimiento, casi podríamos decir un antipartido…, no es ni de derechas ni de izquierdas». Rehúsa expresar las «soluciones concretas» del movimiento, del que solamente va a explicar las actitudes, que son:

a) Irrevocable unidad de destino para España.

b) Desaparición de los partidos políticos.

c) Corporativismo fundado en las unidades naturales: familia, municipio, corporación.

d) Trabajo de todos y para todos.

e) Espíritu religioso, «clave de los mejores momentos de nuestra historia», pero separación de Iglesia y Estado.

f) No detenerse ante la violencia; «dialéctica de los puños y de las pistolas», tras agotar las demás posibilidades.

Termina el discurso poéticamente, sobriamente.

El discurso de la Comedia fue el primer acto fascista que alcanzó resonancia nacional. Ante todo dentro del fascismo: más o menos a regañadientes los candidatos al caudillaje tuvieron que reconocer la primacía de José Antonio Primo de Rivera. *El Sol* rechaza la nueva postura, primero por querer ser fascista, segundo porque no lo es de verdad; los sesudos periodistas se quedaron tranquilos. Pero la aprobación más interesante es la muy entusiasta de *Acción Española*, que saluda a la nueva bandera y reproduce íntegramente el discurso del nuevo abanderado. Muy poco después, José Calvo Sotelo hace llegar desde París a José Antonio Primo de Rivera sus deseos de adherirse al movimiento.

Monárquicos de todos los signos ofrecen su prestación económica y en ocasiones su prestación personal, como el hijo del conde de los Andes, Paco Eliseda, principal proveedor de fondos —y de relaciones económicas— para el «movimiento poético». Ramiro Ledesma, sin poder disimular la envidia, registra así la situación inicial de las finanzas falangistas:

«Mucho se ha fantaseado sobre cuanto afecta a la financiación del movimiento fascista. Las JONS, antes de la fusión con FE, no llegaron nunca a disponer de cantidades ni medios apreciables. Baste decir que toda su acción, propaganda, revistas, etc., desde mayo de 1933 a febrero de 1934, la efectuó con menos de doce

mil pesetas. Falange Española fue, naturalmente, otra cosa.

Desde el principio contó con medios superiores, cosa lógica puesto que sus dirigentes, sobre todo Primo de Rivera, procedían de la alta burguesía más pudiente y rica. Así, en sus tres primeros meses, hasta la fusión con las JONS, dispuso de unas ciento cincuenta mil pesetas. Después, los gastos mensuales de la organización, comprendidos los de toda índole, alcanzaban la cifra de 40.000 pesetas, cifra desde luego excesiva para los resultados logrados. Ese dinero procedía de donativos particulares, y ayudaban y facilitaban su recogida diversos elementos, señaladamente los monárquicos de Renovación Española. Primo apuntó alguna vez, sin éxito, a otras fuentes más delicadas. De todos modos, puede afirmarse que el movimiento administraba pésimamente sus recursos y que no extraía de éstos la debida eficacia». [1]

El 2 de noviembre de 1933 se celebra, a puerta cerrada, la auténtica reunión fundacional. Por iniciativa de Ruiz de Alda, secundado por Sánchez Mazas, se adopta definitivamente el nombre de Falange Española para el «antipartido». Ledesma y Redondo habían inventado el nombre —sin intención expresa, pero tampoco al azar — en 1931 y 1932.

La fusión de Falange y las JONS

Antes de la muerte de Franco, el historiador y político socialista francés Max Gallo, que luego sería asesor del presidente Frangois Mitterrand e interlocutor (demasiado complaciente) de Santiago Carrillo, junto con Régis Debray, para un cínico libro de propaganda comunista titulado *Mañana España* había publicado varios trabajos sobre España, entre ellos una más que apreciable *Histoire de l'Espagne franquiste* que comprendía hasta el año 1953, con los pactos exteriores de Franco a los que Gallo denominaba «la segunda Victoria». Otro de sus libros de aquella época se titulaba *La quinta columna* y suscitó una amplia polémica en España, porque revelaba un pacto de José Antonio Primo de Rivera con Mussolini mediante el cual el Duce concedía una ayuda económica (por cierto muy escasa) para el funcionamiento de Falange, que siempre andaba falta de fondos. La poca entidad de esa ayuda me exime ahora de analizar detenidamente ese problema, porque además la fuente de financiación más importante para Falange no fue la del fascismo italiano, sino la que llegó a José Antonio de la derecha monárquica española.

Las pruebas y los detalles figuran en el importante libro de Pedro Sáinz Rodríguez *Testimonio y recuerdos*[2], y la revelación, por mi conocimiento directo de Sáinz Rodríguez, me parece fidedigna. La derecha monárquica española, que era el partido del gran capital, había mostrado mucho interés, como venimos diciendo, por la creación y crecimiento de un movimiento fascista en España. Sáinz Rodríguez, que estaba metido en todos los entresijos políticos de la época dentro del campo de la derecha, nos relata cómo concertó un convenio no escrito entre Renovación Española y las JONS, que se concretó en algunas ayudas a Ramiro Ledesma Ramos, que se comprometió a no oponerse a una restauración monárquica por la que Renovación trabajaba. Con José Antonio, las relaciones fueron más estrechas y duraderas.

Sáinz Rodríguez llegó a hacerse muy amigo suyo y a estimar mucho sus condiciones políticas; traza de él un retrato muy favorable y nos dice que José Antonio no deseaba la violencia: se vio arrastrado a ella. Su primer pacto con el fundador de Falange tuvo lugar en el despacho de José Antonio en Alcalá Galiano 8, pocos días después del discurso de la Comedia. A cambio de alguna ayuda, José Antonio se comprometió a consultar con Renovación Española los puntos y declaraciones doctrinales de Falange, y así lo hizo, sin encontrar en Sáinz y Goicoechea más que una gran comprensión.

El pacto formal entre Goicoechea y José Antonio se firmó el 20 de agosto de 1934 con idea de ayudar a Falange para que defendiese en la calle al resto de las fuerzas moderadas en vista de los fallos de la República en el campo del orden público. El texto del pacto figura en los apéndices del citado libro de Sáinz Rodríguez

y en él se establece un acuerdo de no agresión doctrinal entre monárquicos y falangistas y se fijaba la subvención de Renovación Española a Falange en diez mil pesetas mensuales como gastos ordinarios, que podrán incrementarse para gastos extraordinarios. El principal interés de la derecha monárquica era que Falange incrementara «sus milicias de combate» contra la acción de las agrupaciones marxistas; se trataba por taño de un típico acto de cooperación fascista.

A pesar de su poca simpatía por las urnas, Primo de Rivera deja en manos de Julio Ruiz de Alda la organización de Falange y se dedica a la campaña electoral para las elecciones inminentes en noviembre de 1933. Su única posibilidad era obtener la ayuda y colaboración de sus amigos de la derecha monárquica, y a Cádiz, su provincia familiar, se dirige con esa pretensión. La favorable impresión del discurso de la Comedia le procura el apoyo de los electores gaditanos que subvencionan generosamente a la CNT para facilitar todavía más una abstención nada difícil. En sus discursos electorales por la provincia, escoltado por la escuadra de Narciso Perales, José Antonio Primo de Rivera pulsa demasiadas teclas reaccionarias, y lo que en él resulta realmente extraño, desciende en ocasiones a la ramplonería.[3]

Pero no se engañaba sobre la profunda realidad de las cosas. En cuanto su doctrina y su política evolucionasen a donde le dictaba su corazón y su sincero propósito para la regeneración de la izquierda, los apoyos que le facilitaron el Acta de Cádiz acabarían por disolverse. El 7 de diciembre, y para el primer número del nuevo semanario, *FE,* Primo de Rivera tenía preparado un comentario electoral que fue tachado por la censura y no se publicó hasta el 12 de diciembre de 1935. En él se refiere a las elecciones con frases muy duras, como la de «cicatrizar en falso» y la muy repetida sobre la «victoria sin alas». Con urnas y pucherazos, Falange Española gana, en la rebatiña derechista de noviembre, dos escaños en las Cortes para los marqueses de Estella y de la Eliseda.

Una de las consecuencias más importantes del discurso de la Comedia es que, en la comida que siguió al acto, celebrada en un desaparecido restaurante de la Carrera de San Jerónimo, se trazaron las líneas maestras de una agrupación estudiantil falangista. Los momentos eran malos para la izquierda en todos los ambientes y el monopolio representativo de la FUE (agrupación de los estudiantes de izquierda) andaba desde 1932 muy resquebrajado por la intervención —numéricamente mayoritaria— de los Estudiantes Católicos de Herrera y Martín Sánchez y, desde la primavera de 1933, por la irrupción de los combativos muchachos de las JONS. El 10 de abril de 1933 la FUE se declaraba oficialmente antifascista. A fines de 1933 los comunistas iberoamericanos Lipiz y Mazedo fundan en Madrid los Bloques Escolares de Oposición Revolucionaria, que consiguen hacer algo de ruido. Durante el mes de noviembre Julio Ruiz de Alda, con la ayuda de Matías Montero, Manuel Valdés y Alejandro Allánegui, organiza las bases del Sindicato Español Universitario. Muchos miembros de la FUE y algunos de los EC se pasan al sindicato falangista, que actúa desde el principio, casi indiferenciado del jonsista, lo que no deja de preocupar a Juan

Aparicio y a Ramiro Ledesma. «Nuestro objetivo es la destrucción de la FUE», proclama Ruiz de Alda a principios de 1934.

El 21 de noviembre Manuel Valdés presenta en la Dirección General de Seguridad los estatutos del SEU, en los que para nada se alude a la Falange; pero la Dirección rechaza el proyecto. El día en que aparece *FE*, 7 de diciembre, ya funcionaban tres centros del SEU en la Universidad Central. Aunque entre sus miembros se contaban algunos excelentes estudiantes, como el propio fundador Valdés, el sindicato universitario falangista fue concebido desde el primer momento como milicia de choque, sin el menor interés ni finalidad académica. Nuevos nombres empiezan a sonar bien pronto; a fines de año el SEU se encuadraba en tres centurias. Juan Manuel Fanjul Sedeño y el campeón de grecorromana Agustín Aznar —hijos de padres ilustres— mandaban dos de ellas. Uno de los jefes de falange (una centuria constaba de tres falanges) era otro futuro jefe seuista, Alejandro Salazar.

El número 1 *de FE* —7 de diciembre— publicaba el primer manifiesto falangista, redactado por Primo de Rivera tras su victoria electoral: los «nueve puntos iniciales». «España es, ante todo, una unidad de destino», decía el primero. Segundo y tercero proclamaban la teoría joseantoniana de la triple división: separatismos, partidos políticos, clases. El Estado es de todos, rezaba el cuarto. Se decidía en el quinto la supresión de los partidos, y como bases del «Estado Nuevo» se proponían la familia, el municipio y la corporación, sindicato o gremio. El trabajo ha de estar organizado (punto sexto); los sindicatos y los gremios «pasarán a ser órganos directos del Estado». Séptimo: el individuo es «portador de valores eternos», que no se especifican. Punto espiritual el octavo: sentido católico de la reconstrucción de España, pero separación de la Iglesia y relaciones concordadas. Por último, llamamiento a la Cruzada en el punto noveno: «La violencia puede ser lícita cuando se emplea por un ideal».

Así, entre esperanzas y nubes, termina el año fascista de 1933.

José Antonio Primo de Rivera va cobrando conciencia de que su movimiento alberga demasiados elementos venerables y reaccionarios. Pero a fines de 1933 tiene demasiado próximas sus declaraciones de la campaña gaditana para atreverse —si se le ocurrió— a fijar un objetivo para la ampliación de la base proletaria de su grupo, o mejor para la adquisición de esa base. Creo que se le ocurrió; hay huella de esa convicción en el pacto con Renovación Española que acabo de resumir. Falange está compuesta por la vieja guardia de Unión Patriótica y los jovencísimos y nada doctrinarios estudiantes del SEU. Ya en 1933, a través de Ruiz de Alda y Luys Santamarina, enlace de Falange en Barcelona, Primo de Rivera trata de entablar contacto con Ángel Pestaña, el líder moderado de la CNT, pero sin resultados por el momento. De todas formas las íntimas contradicciones del jefe y de sus huestes no se han podido manifestar todavía, el apoyo financiero de la derecha monárquica sigue prometedor y las primeras intervenciones del jefe de la Falange en el Parlamento confirman las esperanzas que en él se habían puesto. El 4 de enero de 1934 fustiga el

«separatismo fomentado desde este lado del Ebro», en la sesión necrológica de Maciá. Precisamente a primeros de año la FUE expulsa a los fascistas que no habían pedido la baja en sus filas y radicaliza su actitud antifascista, lo que provoca duras críticas del jefe fascista en las Cortes.

El proletariado español no miraba con demasiada confianza a un partido cuyos hombres públicos más notorios eran una pareja de marqueses. El terrorismo izquierdista contra Falange, iniciado con la venta de *FE*, se recrudece, y el 9 de febrero de 1934 cae asesinado en una calle del barrio de Argüelles, a los diecisiete años, uno de los fundadores del SEU, Matías Montero, antiguo miembro de la FUE.

Primo de Rivera, a quien la noticia sorprende en aristocrática cacería, preside el primero de los entierros falangistas, prohíbe responder a la violencia con la violencia y persigue jurídicamente al asesino, condenado a grave pena de cárcel: resultó ser un joven militante socialista. A pesar de todo, una semana escasa tras el entierro, dice a un periodista de *Ahora*: «Creo que casi todo socialista español lleva dentro un español socialista, lo cual es muy distinto». Nobles palabras que empezaban a causar muy mala impresión en los monárquicos de dentro y de fuera de Falange.

Ramiro Ledesma, olvidando quizá sus postulados de violencia, explica así la violencia marxista contra Falange: «Los marxistas creyeron al pie de la letra todas las amenazas expresas que la nueva organización les lanzaba al rostro». Cierto; a pesar de la actitud íntima de Primo de Rivera, opuesto por principio, por convicción y hasta por táctica, a la violencia, la «dialéctica de los puños y las pistolas» y las algaradas en la «acera roja» de la Puerta del Sol estaban justificando en cierta medida la actitud violenta de los marxistas. Algo peor iba a suceder con las amenazas marxistas contra la derecha en bloque en noviembre de 1935 y, sobre todo, desde enero de 1936. La frase de Ledesma puede volverse con la misma eficacia contra los socialistas de 1936, aunque algunos críticos ingenuos siguen pensando, ¡después de octubre!, que la demagogia «caballerista» era un inocente juego de baladronadas.

La ampliación de la base de su movimiento le iba a llegar a Primo de Rivera por un camino insospechado: la deriva hacia Falange de las «encalladas» JONS. Dejábamos a los atribulados jonsistas reunidos en su Consejo Nacional de Madrid a principios de la segunda decena de enero de 1934. En el Consejo se recordó la resonancia del mitin de la Comedia; se reconoció que la magia de Primo de Rivera, la energía de Ruiz de Alda y los jefes de milicias falangistas atraían cada vez más a los estudiantes del sindicato jonsista; y se criticó, con reconocimiento del interesado, la intransigente actitud de Ledesma en la reunión fascista de Bilbao durante el verano anterior. Como resultado de lo inevitable, el 13 febrero de 1934 se firma en Madrid el documento de fusión de falangistas y jonsistas:

Bases aprobadas del acuerdo JONS-FE

1. Creación del movimiento político «Falange Española de las Juntas de

Ofensiva Nacional Sindicalista». Lo fundan FE. y JONS reunidos.

2. Se considera imprescindible que el nuevo movimiento insista en forjarse una personalidad política que no se preste a confusionismo con los grupos derechistas.

3. Encaje de las jerarquías de F.E. y JONS: Recusación en los mandos del nuevo movimiento de los camaradas mayores de 45 años.

4. Afirmación nacional-sindicalista en un sentido de acción directa revolucionaria.

5. El nuevo movimiento ha de ser organizado de modo preferente por los actuales jerarcas jonsistas en Galicia, Valladolid y Bilbao, y de acuerdo inmediato con las actuales organizaciones de F.E, en Barcelona, Valencia, Granada, Badajoz y sus zonas.

6. El emblema del nuevo movimiento ha de ser el de las flechas y el yugo jonsistas y la bandera, la actual de las JONS: roja y negra.

7. Elaboración de un programa concreto nacional-sindicalista donde aparezcan defendidas y justificadas las bases fundamentales del nuevo movimiento: Unidad, acción directa, anti-marxismo, y una línea económica revolucionaria que asegure la rendición de la población obrera, campesina y de pequeños industriales.

Madrid, a 13 de febrero de 1934.

Por F. E.: José Antonio Primo de Rivera. Por JONS: Ramiro Ledesma.

Pese a las ilusiones —mezcladas en el recuerdo posterior con los resentimientos — de Ramiro Ledesma, nadie ignoraba que al efectuarse la fusión los efectivos jonsistas, ya muy disminuidos, no llegaban a más del 10 por 100 de los de Falange. Payne cree que éstos ascendían a unos 2.000 afiliados y los jonsistas a 300 más los estudiantes. Es posible que la cifra de falangistas sea algo mayor y la de jonsistas, algo menor.

De todas maneras, aquello parecía más una absorción que una fusión y Falange se apropió inmediatamente del rico simbolismo jonsista, aunque a precio de kilometrar su nombre: FE de las JONS, con el consiguiente eco humorístico madrileño. Lo cierto es que Falange ya contaba con una breve, aunque auténtica, radicación proletaria. Lo cierto también es que el fascismo castellano llegaba al final de su breve etapa para volcar sus ilusiones campesinas, sus intuiciones intelectuales, sus impulsos universitarios, su preocupación revolucionaria —lo de «nacional-sindicalista» no se entendía aún muy bien— y su vigorosa carga simbólica en un intento político de mayor alcance.

A pesar de los triunviratos, el unificado fascismo español estaba empezando ya a ser, como bien titula Payne, «la Falange de José Antonio».

Contradicciones e insuficiencias iniciales de Falange

Menos de un mes más tarde, el 4 de marzo de 1934, Falange Española de las JONS sale a la luz por primera vez y con plena lógica histórica; esa luz es la luz de Castilla. En el mitin del teatro Calderón de Valladolid todos los oradores cantan a Castilla. Y desde ese mismo momento, a pesar de que el acto equivale al paso de Onésimo Redondo a un primer plano nacional que nunca detentara en las JONS, la bandera castellana del fascismo español pasa, como la bandera rojinegra y vertical de la nueva Falange, a manos de José Antonio Primo de Rivera. El habló entonces a aquellos castellanos enfervorizados sobre Castilla, la tierra absoluta y el cielo absoluto; y concluyó su discurso admirable con la invocación justa: «¡Castilla, otra vez por España!».

En aquella tierra ancha, acostumbrada a todos los vientos de la Historia, y libre por eso del temor ante el posible carácter efímero de las grandes intuiciones nacionales, sonaron aquellas palabras como si se esperasen desde siglos. La respuesta, remansada todavía unos meses, iba a marcar el destino de España —recta o equivocadamente, eso nunca lo discute Castilla— durante un tiempo de convulsión.

Los historiadores creen, como acabamos de ver, que el movimiento fascista español después del acto del teatro de la Comedia es, cada vez más, la «Falange de José Antonio». Esto parece reflejar bastante exactamente la realidad, pero una realidad contradictoria y lacerante, que progresaba premiosamente hacia el futuro —un futuro cada vez más incierto— a un terrible precio personal para Primo de Rivera: su cada vez más abrumadora y menos esperanzada soledad.

Los ficheros de Falange Española de las JONS se iban llenando muy irregularmente de hombres y mujeres provenientes de los campos políticos más diversos. Y también más heterogéneos. El mayor número de esos nuevos falangistas eran los antiguos miembros de la Unión Patriótica, que nominalmente al menos habían pertenecido a la Unión Monárquica Nacional. Por lo general se trataba de gente madura y nostálgica, cribada ya de sus elementos más jóvenes por la CEDA, Renovación Española y los partidos republicanos moderados. El segundo grupo en importancia numérica era el de los estudiantes, único sector del movimiento en que se había consumado plenamente la unión entre Falange Española y las JONS. El tercer grupo era el de los empleados y proletarios jonsistas, cuya fuerza principal seguirá más o menos autónoma en Valladolid, bajo Onésimo Redondo. Faltaba en Falange Española de las JONS un sector-puente entre los otros tres, un grupo medianero en edad, madurez y número que evitase la explosiva contradicción triple de «upetistas» monárquicos, jóvenes violentos y obreros desplazados.

A estas contradicciones de la obra respondían las contradicciones de los dirigentes y, en un plano más íntimo y elevado, las contradicciones del propio José Antonio Primo de Rivera. En el famoso análisis de Ramiro Ledesma, antes transcrito, ya se hablaba de contradicciones. El hombre que condenara solemnemente a las urnas salió diputado de unas urnas ajenas y, lo que es más grave, se reveló muy pronto como gran parlamentario, asiduo asistente a las sesiones grises de las Cortes de 1933.

El caudillo fascista se encontraba cada vez más incómodo entre los auténticos fascistas: en el fondo de su alma tendía hacia una dictadura aristocrático-popular, con el arranque y el acorde masivo de la de su padre, pero sin capitanes en los ayuntamientos, sin fricciones artilleras y, sobre todo, con intelectuales en la nómina. Obsesionado por la crisis europea de la democracia, no solamente radicaliza y perpetúa teóricamente la situación, sino que al analizar la situación política de los Estados Unidos describe el período de la precrisis como si fuese actual, con lo que pasa por alto, lamentablemente, las primeras promesas cuajadas ya del *New Deal* rooseveltiano.[4] Sus contradicciones internas le llevan a contradicciones de pensamiento y de doctrina. Por ejemplo, el 5 de diciembre de 1935 niega en *Haz* la posibilidad de una opinión pública coherente; y dos días más tarde, en las Cortes, invoca con fervor precisamente a esa misma opinión pública. Los ejemplos se podrían multiplicar.

Algunos historiadores —impresionados por las acusaciones de Ramiro Ledesma — critican duramente la incapacidad de Primo de Rivera para rodearse de colaboradores. «El peor defecto de José Antonio como jefe político —subraya Payne — era su incapacidad para elegir subordinados eficaces… En torno suyo se formó en Madrid una camarilla servil». El primer equipo directivo de Falange estaba formado por militares incondicionales del general Primo de Rivera, heredados por su hijo. Los principales eran Alvargonzález, jefe de provincias y sumergido en una voluminosa correspondencia burocrática; Rodríguez Tarduchy, envuelto en nubes de misterio; Arredondo, primer jefe de milicias cuyo «jefe de Estado Mayor» era el eficaz teniente coronel Ricardo de Rada.

Estos colaboradores eran, por lo general, maduros, respondían a un tipo de conspirador tan romántico como ineficaz y no engranaban poco ni mucho con los jonsistas y los estudiantes. Faltaba también en los cuadros directivos de Falange un sector de mandos intermedios eficaces que secundasen la indudable aptitud organizadora de Julio Ruiz de Alda; faltaba por completo la conexión entre los núcleos originales y locales. La desorganización administrativa alcanzaba límites increíbles, como los descubiertos por David Jato: «… en el número 2 de *FE* que leía Sampol cuando lo asesinaron se recordaba: A todo el que se haya inscrito a Falange Española y no haya recibido aviso alguno ni comunicación se le ruega que vuelva a inscribirse, por si se hubiera extraviado su anterior nota».[5]

Quizá por todo esto sintiera José Antonio, como ha recordado Payne, una desconfianza «casi enfermiza» ante sus colaboradores, sobre todo los más destacados.

La desconfianza, como vamos a ver muy pronto, estaba plenamente justificada. Más grave todavía es la proliferación del enchufismo y el favoritismo político entre las filas del naciente movimiento; son vicios que la larga historia de Falange y sus derivados evidenciarían como muy difíciles de extirpar. Ramiro Ledesma destaca con acritud la presencia de «agentes de Monipodio» en la aurora falangista:

«Los jefes de F.E. se encontraron no sólo con las dificultades de la realidad exterior, sino también con otras de distinto linaje; es decir, interiores. Señalemos dos de ellas: una, la ausencia de colaboradores eficaces; otra, que en torno a la alta dirección, excesivamente candorosa e inexperta, se formó una red invisible de agentes de Monipodio, encargados de la invariable faena de absorber los fondos especiales del nuevo partido.

»Esto último es grave, pero exacto. Se comprende, con suma facilidad, que una organización como F.E. no nació precisamente sin pañales, y que no conoció escasez alguna económica en sus primeros tiempos. Pues bien, se comprende, con la misma evidencia, que son muchas las cosas de que una organización así necesita proveerse con rapidez. Desde materiales de oficina hasta los instrumentos ofensivos y defensivos propios de su condición.

»A espaldas de Ruiz de Alda y Primo de Rivera, la red de proveedores monipodistas, adoptando las más varias formas, triunfó en su empeño de reducir la potencia económica de F.E. por bajo del cero. Hubo observador cercano que afirma que esa red tenía entre sí una organización perfecta, y que actuaba con arreglo a un plan de unidad».[6]

Está claro que, aunque en las filas de Falange Española de las JONS pueden seleccionarse algunos hombres capaces, preparados y hasta eminentes, la nómina falangista dista bastante en calidad de las «minorías selectas» promocionadas por Ayala-Herrera en la Asociación de Propagandistas hacia la Universidad, hacia la política y hacia la vida profesional. Esta diferencia de calidad puede explicar que, con todas las ventajas de su parte, los hombres procedentes de la Falange fueran tan fácilmente arrinconados y absorbidos al llegar los momentos difíciles. Puede explicarse también así el hecho de que para suceder a José Antonio Primo de Rivera en 1937 la propia Falange Española de las JONS no tuviese otro nombre, entre miles de afiliados, y cientos de viejas guardias, que el nombre —dignísimo y respetable, por lo demás, en el plano personal— de Manuel Hedilla Larrey. Las contradicciones de la Falange, sin la personalidad mágica de su fundador, que tal vez hubiese podido superarlas al precio definitivo de una soledad absoluta, acabaron por desintegrar al movimiento, sin tiempo de cuajar, en sus elementos originales de cuño reaccionario o de planteles políticos irresponsables e inmaduros. La revolución nacional degeneró en un trasvase de símbolos —siempre los símbolos— y en una retórica cada vez con menor contenido. Solamente las fachadas quedaron en pie, mientras resucitaba el fantasma cuya muerte definitiva era el presupuesto mismo de la esencia falangista: la democracia liberal vencedora del apocalipsis abierto en el último de los años treinta.

Falange: Competencia y hostilidad contra la CEDA

La Falange —ya lo hemos dicho— nació en un acto electoral y el período más importante y prolongado de su desarrollo fue el bienio derechista al que Primo de Rivera gustaba referirse por medio de adjetivos no por ciertos menos detonantes: «bienio estúpido» o «bienio estéril». Falange Española de las JONS solamente estuvo de acuerdo con la situación radical-cedista en los breves días de octubre de 1934, cuando Primo de Rivera arengó al propio Gobierno en la Puerta del Sol; la exaltación patriótica le condujo a derramar alabanzas incluso sobre Alejandro Lerroux. Pero solamente se trataba de un paréntesis.

Cada una de las dos mitades del bienio contó en el Gobierno con un perseguidor oficial de Falange: Rafael Salazar Alonso y Manuel Pórtela Valladares. Sin embargo, no debe personalizarse en figuras secundarias el antifascismo gubernamental, porque Gil Robles, árbitro de la situación, estaba detrás de las persecuciones:

«La CEDA, así, tras la cortina, promueve nuestras persecuciones. Las gentes de la CEDA son maestras en la insidia: no hay órgano mejor que sus periódicos para recoger y divulgar cuantas falsas especies pueden perjudicarnos. Pero eso no es bastante. La CEDA tiene, además, una grave deuda de envidia que saldar con nosotros. ¿No recuerdan ya los lectores aquella bufonada de El Escorial? Aquello fue llamado el Congreso de las Juventudes de Acción Popular. A fuerza de dinero y entre miles de guardias se apiñó una masa fofa, compuesta de ancianos venerables y juventudes lánguidas. Mientras tanto, nosotros, contra viento y marea, tenemos una masa auténticamente joven, cada vez más nutrida, cuyo temple llena casi todos los días, para desesperación de envidiosos, la primera plana de los diarios. ¿Cómo nos lo van a perdonar los de la JAP ni sus tutores? Sí, ya sabemos quién inspira la persecución. Pero el goce magnífico de requemar de envidia a las gentes de Acción Popular no nos lo quita nadie».[7]

La policía registraba con el menor pretexto los locales fascistas y el de Sevilla quedó prácticamente clausurado durante todo el bienio: 442 días recuerda, abrumado, Sancho Dávila. El acceso personal de las derechas al poder empeoró aún las cosas, porque después de Octubre la Falange aparecía cada vez más como peligrosa competidora. Vencida la revolución, «el Gobierno Lerroux-Gil Robles arremetió contra FE de las JONS suspendiendo su prensa, cerrando sus locales», dice Ledesma. En 1935 la hostilidad de Gil Robles se manifestaba de forma bastante más taimada: con el silencio.

Es natural que la actitud de Primo de Rivera y la Falange hacia la derecha gubernamental reflejase esta implacable hostilidad. Primo de Rivera no recató en

varias ocasiones su admiración personal hacia José María Gil Robles, ese «valor humano sobresaliente que toma la recta final del fracaso definitivo», como lo llamó, en una de sus certeras profecías, el 31 de octubre de 1935. Las tremebundas pseudomilicias de la JAP eran el blanco principal de la sangrienta rechifla falangista: «Éste es el único caso —estigmatizaba *Arriba* el 30 de mayo del mismo año— en que lo más decrépito de un partido lo constituye la juventud». Y las espadas no quedan en alto: en los primeros días de 1935, y por discrepancias electorales en la Universidad, las escuadras del SEU asaltan el local de los Estudiantes Católicos, en Mayor, 1. Primo de Rivera acaricia incluso la imposible esperanza de atraerse a Gil Robles y «desjesuitizarlo»: el 11 de abril de 1935 comenta eufórico el portazo del jefe a *El Debate* que terminó, como sabemos, en el exilio helvético-teológico de Angel Herrera. Las peores hieles polémicas de Primo de Rivera estaban reservadas para la colaboración cedo-radical.

Recuérdense los espléndidos discursos del verano de 1935 acerca de la contrarreforma agraria concebida nada menos que como causa determinante de la futura e inevitable oscilación pendular revolucionaria. Las «nupcias estériles» es el titular para el difícil acto cedo-radical de Salamanca en junio de 1935. Ya sabemos cuál fue la actitud de Primo de Rivera en los escándalos que dieron al traste con el bienio estéril, desde el «Viva el straperlo» hasta el documentado y demoledor alegato sobre la denuncia Nombela.

Terminado el bienio, Primo de Rivera le somete a este duro análisis-balance:

«A fines de 1933 salimos del bienio terrible para entrar en el bienio estúpido. Esto sí que ya no conserva ni rastro del propósito revolucionario del 14 de abril. Ni reforma agraria, ni transformación económica, ni remedio al paro obrero, ni aliento nacional en la política. Chapuzas para remediar algún estrago del bienio anterior y pereza. Pereza mortal para dejar que los problemas se corrompan a fuerza de días, hasta que llegue otro problema y los quite de delante. La revolución del 14 de abril se ha estancado en esto.

»¿Política social? Ni pensarlo; menos que nunca; menos que antes del año 31; hasta los jurados mixtos se suprimen. Vuelve a hablarse de jornales de dos pesetas. No hay reforma agraria. La Ley de Arrendamientos nace tan inservible, que al día siguiente de su aprobación sale un proyecto de ley modificándola. Setecientos mil hombres están en paro forzoso. El Parlamento, que ni siquiera ha aprobado unos presupuestos para 1935, se concede a sí mismo vacaciones de Carnaval. Fuera de las vacaciones, sestea.

»¿Política nacional? ¿Alrededor de qué? ¿Qué quehacer interesante y alegre se presenta a España? Se empieza a no contar con ella en el mundo. Italia y Francia arreglan el problema del Mediterráneo en nuestra ausencia. Sudamérica recibe, como única noticia de España, una pastoral por “radio” de Rocha. Francia, cuya balanza comercial con nosotros ha mejorado en su favor, todavía nos aprieta las clavijas en el Tratado Comercial…».[8]

Y la condena definitiva, inapelable, surgirá desde la cárcel de Alicante, a principios de octubre de 1936, cuando el hombre del bienio estéril preparaba ya su alegato exculpatorio con señalamiento de responsables entre los que, naturalmente, él no se contaba: «Gil Robles tiene la culpa de todo». Ese «todo» era, naturalmente, el fracaso de la República y el estallido de la Guerra Civil.

Falange y el problema de la violencia

Uno de los temas más polémicos en torno a la Falange de José Antonio, y en general en torno al fascismo español, es el tema de la violencia. Con una mezcla de cronología y de sentido común, las exageraciones polémicas podrán reducirse a sus justos límites.

Pero antes de aplicar la cronología y el sentido común conviene fijar un dato estadístico. El 30 de mayo de 1935, cuando había pasado ya el período de la violencia —hasta las batallas de febrero de 1936 casi se interrumpe el trágico rosario de bajas — *Arriba* cuenta los muertos de Falange Española de las JONS, desde José Ruiz de la Hermosa y Matías Montero. Los caídos son dieciocho, y el número de militantes rojos sacrificados en las luchas contra los fascistas es equivalente. Sin desdeñar el horror cualitativo de la cifra, tenemos que sorprendernos ante el ruido armado con tan poca base cuantitativa en la España de los años treinta, en la Europa de los treinta, donde los números para las hecatombes político-sociales eran de un orden varias veces superior.

Y, ahora, el análisis histórico de la violencia falangista. Nace el movimiento en las vísperas más ominosas de violencia política de todo el siglo XX español: en plena y muy pronto declarada preparación de la Revolución de Octubre. Nace, pues, Falange Española en un período oficial de violencia roja, que ya hemos puesto en claro históricamente. Los ataques socialistas y comunistas en 1934 y 1935 a la violencia falangista son, pues, increíblemente cínicos; parece mentira que tal vez ésta sea la primera vez en que se denuncia con ira una actitud sencillamente inadmisible. Porque, además, Falange no inició la violencia real. La famosa alusión a la dialéctica de los puños y de las pistolas —frase que Primo de Rivera tomó prestada a Guillén Salaya, quien la inventó años antes— no expresaba un ideal ni una táctica, sino solamente un último recurso para cuando fallasen sistemas de diálogo menos contundentes.

Los primeros caídos de la Falange no provocan ninguna acción de represalia por parte de los atacados. José Antonio Primo de Rivera es tajante a este respecto: La única respuesta de José Antonio al asesinato de Montero fue una nota facilitada a la prensa en la que afirmaba: «Por otra parte, Falange Española no se parece en nada a una organización de delincuentes ni piensa copiar los métodos de tales organizaciones, por muchos estímulos oficiosos que reciba».[9]

La incitación de la violencia vino, pues, en primer lugar, de los pistoleros marxistas que la provocaron una y otra vez, y que a la dialéctica de las palabras y de las metáforas —eso era el semanario *FE*, cuyo primer número de 7 de diciembre de 1933 desató la violencia física socialista— replicaron con la de los puños y las

pistolas. Pero, además de provocación enemiga, Falange experimentó la incitación a la violencia por parte de las derechas. El pacto de 1934 con Renovación Española, que ya conocemos, se concertó para que Falange crease «grupos de choque».

Y esa incitación —absurda y torpe, no hay otros calificativos posibles para el historiador que quiera reflejar los hechos reales— vino de donde menos podía esperarse: de las páginas del diario en el que se había denunciado al fascismo naciente precisamente por su violencia intrínseca: de las páginas de *ABC.* De acuerdo con su periódico favorito, las altas derechas españolas criticaron con dureza irresponsable a José Antonio Primo de Rivera y surgió por Madrid el chiste inevitable: FE quería decir, en realidad, «Funeraria Española» o «Franciscanismo Español».

La actitud de José Antonio Primo de Rivera, quien una y otra vez se negó a responder a la violencia con la violencia, es asombrosamente profunda en el plano político, por lo desusada en este país de machismo y de talión. La actitud de sus jóvenes no puede ser calificada más que de heroica. Lejos de pasar a la Historia como un abanderado de la violencia, la suprema contención de Primo de Rivera entre diciembre de 1933 y junio de 1934, un eterno semestre en el que Falange Española no causó una sola víctima mientras celebraba sus más nutridas reuniones sobre las tumbas nuevas de sus caídos, acredita a José Antonio como un precursor español de la no violencia erigida en sistema político. Compruébense fechas y datos antes de reaccionar violentamente frente a esta tesis irrebatible. Cuando el 9 de febrero de 1934 un pistolero de las Juventudes Socialistas asesina por la espalda a Matías Montero, Primo de Rivera reacciona como abogado, no como jefe de *gang,* y consigue para el criminal una condena de 21 años. Hacemos gracia al lector de los horribles textos de la prensa derechista en los que se basa nuestra tesis de la incitación a la violencia azul; pueden verse en cualquier hemeroteca.

Pero, a la larga, los puyazos de *ABC* impresionaron a Primo de Rivera. Su Falange era un movimiento político, no una agrupación de místicos totalitarios. Los jóvenes de los años treinta se impacientaban y reclamaban algo tan primario como el derecho a la propia defensa. Las críticas derechistas podían significar, a la corta, una retirada de confianza y, por tanto, de fondos: José Antonio podría tener sus ideas sobre su Falange, pero para la derecha los jóvenes fascistas no eran más que los guardaespaldas y —si se permite la paradoja— las vanguardias de la reacción.

Las noticias que se filtraban a lo largo de los meses —eternos meses— de 1934 coincidían en el desenfreno de los preparativos y propósitos socialistas. No había sitio en España para los discípulos de Gandhi y cuando en marzo de 1934 mueren otros dos falangistas y el propio jefe del movimiento sufre un atentado personal, piensa en un cambio de táctica y muy a pesar suyo tiene que reconocer la ineficacia de los viejos militares de Unión Patriótica. Por altas insinuaciones políticas y económicas, provenientes de la derecha monárquica, ingresa formalmente en la Falange el laureado y belicoso aviador Juan Antonio Ansaldo Vejarano, quien ya llevaba meses,

como vimos, en contacto con Julio Ruiz de Alda. Ansaldo queda nombrado «jefe de objetivos» y las hasta entonces inocentes escuadras van a conocerse muy pronto como «Falange de la Sangre».

Se reorganizan las milicias falangistas, con base en la escuadra (tres tríos con un jefe y subjefe, once hombres en total). Tres escuadras integran una falange, con su jefe y subjefe. Tres falanges forman una centuria. Más adelante se formaron los tercios (tres centurias) y las banderas (tres tercios), pero esas unidades superiores responden ya al período de la Guerra Civil. Cuando Ruiz de Alda impone el uso de la camisa azul, las flechas horizontales marcan las jerarquías de las milicias falangistas. Una, dos y tres flechas blancas para los jefes de escuadra, falange y centuria; flechas rojas para los subjefes. Primo de Rivera instituye las Palmas de Plata como condecoraciones al valor miliciano.

Para el encuadramiento de sus grupos de choque —que en el complicado callejero de Madrid no siempre respondían a los netos esquemas orgánicos anteriores—, Ansaldo contaba con dos buenos precedentes: las escuadras jonsistas apuntaladas con los famosos «legionarios», entre los que se agazapaban bastantes pistoleros, y los atléticos estudiantes del SEU. Entre todos éstos cundía la fama de Agustín Aznar, futuro médico y entonces campeón de Castilla de lucha grecorromana, gran organizador de palizas. El 25 de enero de 1934 el SEU decide atacar a la FUE en su nido de San Carlos. Uno de los testigos, David Jato, se refiere a la escena como «una película del Oeste»; símil exacto por el nutrido tiroteo y la ausencia de víctimas; la semejanza cinematográfica se acentúa si se tiene en cuenta que el combate se desarrolla en una pequeña habitación llena de gente. En esta ocasión los carlistas universitarios de la AET colaboraron hombro con hombro con los falangistas y la alianza continuó en adelante. Agustín Aznar revalidó su fama de invencible al dejar *k. o.* a la estrella atlética de los estudiantes izquierdistas.

A pesar de todo, la Dirección General de Seguridad aceptaba a primeros de marzo de 1934 los estatutos del SEU, regido hasta el 9 de octubre por Manuel Valdés Larrañaga. José Miguel Guitarte, antiguo comunista, era otro de los destacados por su «buen temperamento y capacidad para la violencia», según un cronista amigo. El periódico del SEU, *Haz,* adquirió más tarde bastante importancia porque suplía en sus suspensiones al órgano oficial de Falange, *Arriba,* nacido tras las escisiones, el 21 de marzo de 1935 *Haz* apareció el 26 y no era, como puede preverse, una publicación académica).

Entre los estudiantes del SEU se iba dibujando la imagen de un chivo expiatorio: el catedrático de Derecho Penal y conspicuo socialista Luis Jiménez de Asúa, a quien en hojas de todo tipo cubrían de dicterios, de los cuales el más suave era «invertido». A medida que avanzaba el bienio negro, el SEU se imponía merced a la violencia universitaria a los otros dos grandes grupos: la FUE y los Estudiantes Católicos. Joaquín Ruiz Giménez, secretario general de los EC, acopia el valor suficiente para irrumpir en la madriguera seuista después del asalto a los locales católicos de la calle

Mayor; propone a los muchachos de Aznar la formación de un frente único contra las izquierdas. No se acepta la sugerencia y cada vez en mayor número los chicos de Martín Sánchez se van pasando a la bandera fascista del cisne damado.

A medida que progresaban los cursillos intensivos de Ansaldo para convertir las modestas escuadras de Arredondo en una versión aceptable de los Grupos de Asalto alemanes, el entrenamiento se comprobaba cada vez con mayor éxito en los combates semanales de la «acera roja» de la Puerta del Sol —la hoy pacífica «acera quinielística»—, en los que participaban a veces los propios triunviros, expuestos a un arma mortífera de los milicianos adversos: los aristados cajoncillos de los numerosos limpiabotas locales, entre los que no se consiguió la menor adhesión a la Falange. Pero se acercaba el peligroso verano y Juan Antonio Ansaldo decidió ofrecer a sus jefes una prueba bastante más concluyente de la eficacia de sus destacamentos.

El 3 de junio de 1934 se concentran media docena de centurias en el campo del Aeroclub de Cuatro Vientos, de espaldas a la barriada roja de Carabanchel, entonces foco socialista, hoy barrio de moderación y convivencia. La concentración prevista era de dos mil militantes, pero muchos no pudieron llegar debido a una negativa de última hora por parte de la empresa que contrató los transportes; varios de sus autobuses ardían por la tarde.

La prensa republicana destacó el acto, incluso por encima de su significado real. Pero tal vez el dato más importante y olvidado sea el selecto grupo de espectadores que presenció el alarde desde una escondida ventana del Aeroclub: los tenientes coroneles Pablo Martín Alonso, último ayudante de Alfonso XIII; Jorge Vigón Suerodíaz, destacado artillero e intelectual monárquico, y Valentín Galarza, a quien ya en el 10 de agosto se había conocido como «El Técnico».

Las respuestas de los vendedores de *FE* ponían cada vez más en guardia a los agresivos socialistas hasta que amaneció al fin el domingo 10 de junio de 1934, fecha decisiva para la historia de la violencia en la Falange.

Ese domingo, siguiente al de la concentración falangista de Cuatro Vientos, un grupo de jóvenes con camisa azul choca imprudentemente con una banda de «chíbiris», apelativo con que se conocía en Madrid a los jóvenes socialistas, muy amigos de entonar un achulado estribillo a la vuelta de sus expansiones domingueras. Los «chíbiris» —a los que Ramiro Ledesma llama comunistas, pero que, en realidad, pertenecían a las Juventudes Socialistas— interpretan el caso como una provocación y arrollan al grupito falangista que huye, dejando en poder del enemigo a uno de los escuadristas más jóvenes, Cuéllar. Un testigo aterrado, Pepe Costas, refirió luego las atrocidades que perpetraron los socialistas contra el desgraciado estudiante, cuyo rostro quedó convertido en una informe masa. El cobarde asesinato sucedió en los campos de El Pardo, y esa misma tarde el padre de la víctima, policía, no fue capaz de reconocer más que por referencias accidentales al cadáver mutilado de su hijo. Costas comunicó inmediatamente a los jefes de la Falange el horrible suceso y

Ansaldo, sin más consultas, requirió el automóvil de un aristócrata falangista, Alfonso Merry del Val, y envió en él a una escuadra dispuesta a todo. Los grupos de «chíbiris» recorrían de regreso las calles de Madrid y en el corazón del barrio chamberilero el coche de Merry del Val —cuyo propietario no participaba en el raid de castigo— tropezó con un grupo rojo al que los historiadores falangistas hacen responsable del asesinato de Cuéllar.

Es posible que así fuera; en caso contrario, los vengadores hubiesen podido escoger un escenario menos comprometido que la céntrica calle de Eloy Gonzalo. En el grupo socialista formaban los hermanos Rico y fue Juanita Rico, conocida muchacha de las Juventudes Socialistas, la víctima —probablemente nada inocente —, a quien desde ese mismo momento todos los movimientos proletarios intentaron convertir en símbolo. Lo realmente importante de este trágico suceso es que la Falange cesaba en su actitud pasiva y en adelante los militantes rojos sabían que su violencia desataría otra igualmente mortal.

Muy pronto, anota descuidadamente Ansaldo, confundiendo las fechas, el número de muertos socialistas equilibró a los muertos de Falange. El entierro de Juanita Rico fue el primero de una escalada fúnebre que solamente se detendría unos instantes en el más ominoso de todos ellos, el de José Calvo Sotelo, para desembocar inmediatamente en la Guerra Civil.

Levantadas ya las compuertas de la violencia, los triunviros estudian para el verano de 1934 un plan de intervención en la huelga de Zaragoza, un plan que presenta características típicamente mussolinianas. Aunque el intento fracasó, merece la pena recordar su planteamiento por boca de un testigo excepcional, Ramiro Ledesma:

«Los tres triunviros estudiaron todo un plan de intervención en la huelga general de Zaragoza, cuando ésta duraba ya un mes. Esa intervención estaba organizada a base de formar equipos de trabajo y de movilizar unos mil escuadristas, que, acampados en las afueras, impresionasen a los obreros en huelga, a la ciudad, y garantizaran asimismo el éxito, sosteniendo, si era preciso, la lucha armada. Este plan, tanto en el caso de realización como en el muy probable de ser impedido por el Gobierno, hubiera constituido para la Falange y las JONS una victoria enorme.

»No se olviden las características de una intervención fascista en conflictos así: No consiste en una mera acción de machacar la huelga, en plan de esquirolaje al servicio de las empresas y del Gobierno. Es otra cosa. Supone una rivalidad revolucionaria con las organizaciones subversivas de los huelguistas, y la obtención coincidente de una victoria política, de un robustecimiento de la propia bandera. Lo que, como se ve, es muy distinto de la conocida, desacreditada e insulsa ayuda ciudadana, en pro del orden, la tranquilidad, etc. etc.

»Pues bien, con vistas a una acción de aquel rango, estudiaron los dos triunviros ya citados un plan de intervención en la huelga general de Zaragoza. No pudo efectuarse, porque la demora en conseguir los medios financieros de la expedición

hizo que se resolviese el conflicto durante los días mismos en que ultimaban los detalles finales».[10]

La Falange no iba a constituir excepción de serenidad en aquel verano violento de 1934 cuando regía los tristes destinos de España un grupo tan desbordado como el Gobierno Samper. El 4 de julio de 1934 la «película del Oeste» de David Jato está a punto de reeditarse en pleno Congreso de los Diputados; los padres de la patria entresacan en un momento de pasión un increíble número de pistolas.

El verano, en cambio, trajo la calma a la Universidad, donde el SEU terminaba el curso con nuevo jefe, Alejandro Salazar (Manuel Valdés había terminado Arquitectura en enero). El 11 de abril celebra el sindicato universitario falangista su primer Congreso Nacional, alentado por el comentario de Primo de Rivera: el sindicato «se ha adueñado de todas las universidades españolas», aunque no precisamente, como se comprenderá, en el aspecto cultural o profesional. Entre los asistentes a este primer Consejo Nacional del SEU, conviene recordar a Felipe Gómez Acebo, Agustín Aznar, José María Alonso Goya, Enrique Suárez Inclán, Vicente Gaceo, Mercedes Fórmica, Alejandro Allánegui, además de los jefes nacionales, de distrito y provinciales. El Consejo aprueba unos «Puntos básicos» que por su interés intrínseco, y porque evidencian un recto deseo de apartarse de la violencia como único camino universitario, reproducimos a continuación:

I. Vida cultural

1. Queremos la extensión de la zona cultural universitaria a aquellos núcleos sociales que por motivos económicos no consiguen prácticamente el acceso a los centros docentes superiores de la patria.

II. Vida profesional

2. El Estado retribuirá suficientemente al personal de cátedras para que, sin auténticas disculpas de orden económico, se dedique totalmente a su más perfecta labor de enseñanza.

3. Los catedráticos y profesores que no cumplan con sus deberes profesionales serán sancionados disciplinariamente.

4. Todas las cátedras serán cubiertas en el plazo máximo de un año.

III. Vida técnica universitaria

5. Para la entrada en la Facultad se hará un examen previo, que sólo permita el ingreso a los alumnos aptos. Mientras no se acometa una reforma profunda del bachillerato, se darán en las mismas Facultades cursos preparatorios para este examen.

6. La cantidad y distribución de las asignaturas en los cursos, así como los cuestionarios y exigencias, serán iguales en todos los centros docentes de la patria.

7. Toda reforma en los planes de estudio no afectará a los alumnos que posean derechos adquiridos en el desarrollo normal de sus estudios.

8. Aspiramos a una reforma de enseñanza más completa y eficaz, tendiendo a

sustituir los exámenes por cursos y asignaturas por otros medios más eficaces de calificación del alumno.

IV. Vida política universitaria

9. Queremos, y de nuestra parte mandamos, la máxima disciplina en la masa escolar.

10. Será rechazada y combatida toda huelga que no esté justificada por altos motivos de interés nacional.

11. Aspiramos a la sindicación única y obligatoria.

12. Cada curso estará representado por un delegado en el claustro de profesores para aquellos asuntos que afecten directamente a la masa escolar.

13. Se elaborará una reforma justa de los planes del Magisterio, considerando que son hoy unos de los que precisan más urgente solución.

V. Deportes

14. La matrícula de las secciones de deportes será obligatoria para todos los alumnos oficiales.

El medio centenar de consejeros tranquiliza su conciencia con este programa, pero en las futuras actividades del sindicato no se advierten demasiadas modificaciones. Pilar Primo de Rivera y otras muchachas simpatizantes, casi siempre por razones personales, del movimiento falangista, ingresan en él por medio del SEU, ya que José Antonio era poco amigo de crear la rama femenina de Falange. Con motivo de la inauguración del curso 1935-36, el jefe nacional pronuncia una conferencia-alocución a sus mesnadas universitarias, pero la atención de todos se dirigía ya hacia objetivos bien diferentes.

La violencia y la represalia no se circunscribían a Madrid. En vísperas de la Revolución de Octubre, los socialistas asesinan a Manuel Carrión, hotelero donostiarra. La Falange local venga su muerte en el exdirector general de Seguridad azañista, Manuel Casáus, complicado, según parece, en la preparación de Octubre.

La inminencia de la revolución era un secreto a voces, como ya sabemos, a la vuelta del verano de 1934. Los directivos falangistas sienten la necesidad de estrechar las filas y ya desde mediados de septiembre los triunviros suspenden el ejercicio conjunto de su autoridad, delegada por los otros dos en José Antonio Primo de Rivera. Preconizado jefe único, ofrece sus escuadras al Gobierno, quien no le hace el menor caso. Entonces, el 27 de septiembre de 1934 encarga a Fernando Serrano Súñer, secretario de Falange Española en Baleares, la entrega en propia mano de una carta dirigida al comandante militar, general Francisco Franco Bahamonde. La carta es el primer testimonio del acercamiento de Primo de Rivera al Ejército con fines más o menos remotamente subversivos.

La escribe impresionado por las protestas de los ya numerosos miembros militares de Falange tras la negativa del Gobierno a aceptar la colaboración de las milicias para la defensa de España ante la revolución en puertas. En la carta a Franco,

Primo de Rivera prevé con exactitud las dos caras —independientes, pero complementarias— del estallido revolucionario: Cataluña —en peligro de una «separación quizá irremediable»— y la explosión de alguna otra región española. Revela que ha ofrecido «sus cuadros de muchachos» al ministro de la Gobernación para que sean armados. No propone un plan concreto al general: sólo expone su versión y su pronóstico de los hechos «por si en esa meditación le fuesen útiles mis datos». De forma velada, pero decidida, José Antonio Primo de Rivera presupone que el Ejército tiene que levantarse ante un riesgo definitivo para la patria.

La jefatura única y los puntos de la Falange

La preocupación por la revolución y los primeros contactos con el Ejército no impiden a Primo de Rivera la convocatoria del primer Consejo Nacional de FE y de las JONS, para el que, por delegación de los otros dos triunviros, se encarga de designar consejeros. El Congreso se reúne el 4 de octubre y su objetivo principal es doble: resolver definitivamente la crisis de mando y aprobar el primer programa concreto de la Falange. Casi todos los antiguos jonsistas, y no pocos falangistas, se inclinaban por el sistema colegiado. Sin predeterminar nombre alguno, el Consejo aprueba por 17 votos contra 16 que el mando sea único; Jesús Suevos, el consejero más joven, decide la cuestión. Esto supuesto, es el propio Ramiro Ledesma quien propone la designación de José Antonio Primo de Rivera, nombrado inmediatamente jefe nacional por unanimidad.

En el Consejo Nacional se aprueban los Estatutos del Movimiento, redactados por José Antonio y que ya contaban con la aprobación de los más destacados falangistas. El jefe nacional se elegía por un período de tres años, aunque se admitía la reelección. El supremo organismo orientador y consultivo de FE y de las JONS era la Junta Política, compuesta de doce miembros que, lo mismo que los consejeros nacionales, no eran vitalicios. La mitad de los miembros de la Junta Política eran designados por el jefe nacional, la otra mitad por el Consejo. El primer presidente de la Junta, nombrado por unanimidad, fue Ramiro Ledesma Ramos. Julio Ruiz de Alda y Luys Santamarina asistieron a las sesiones con camisa azul mahón, y el nuevo jefe nacional, impuso este uniforme a todos los falangistas.

La elección de la fecha de apertura del Consejo Nacional de Falange no puede considerarse como coincidencia meramente casual con el comienzo de la crisis revolucionaria; Primo de Rivera, que fue quien fijó esa fecha, tenía ya acreditada entonces su extraordinaria clarividencia política. En cambio, la idea de organizar una manifestación patriótica el día 7 de octubre partió de Julio Ruiz de Alda. La manifestación enarbolaba una bandera republicana —el portador era Roberto Bassas, directivo de la Falange barcelonesa—. La encabezaban Primo de Rivera, Ruiz de Alda, Ramiro Ledesma y el teniente coronel Rada, jefe de las milicias del partido.

La manifestación se inició con quinientas personas, casi todos falangistas, y por la Carrera de San Jerónimo desembocaron unos miles —quizá hasta veinte mil— en la Puerta del Sol. Varios ministros escucharon desde dentro las palabras que pronunció el jefe de la Falange subido a unos andamios. Las palabras se abrían con una invocación a Lepanto; en labios de un autorizado comentarista resultaron «inexpertas, ingenuas y candorosas». El 9 de octubre, en una de las sesiones patrióticas de las

Cortes, Primo de Rivera ataca al general Batet y exalta a Alejandro Lerroux.

El día 13 publica su primer manifiesto como jefe nacional y critica a las «componendas», a la vez que aboga por la derogación del Estatuto de Cataluña. Falange Española, sin duda por medio.de sus miembros militares, tuvo pleno conocimiento del compló amparado por Gil Robles en la noche del 18 de octubre, con motivo de los indultos. Ximénez de Sandoval fija la fecha «entre 15 y 20 de octubre»; tras el libro de Gil Robles podemos concretar aún más. Los falangistas se concentran en su sede de la Castellana, esquina a Riscal. Ya de noche, Primo de Rivera les arenga; y vestido con la camisa azul les dice que el Ejército cuenta con ellos. Pasa la noche «en vigilancia tensa», pero al fin, de mañana, las noticias son desalentadoras. Gil Robles y el Ejército aplazan *sine die* el golpe de fuerza.

Los dos ex triunviros se sienten sumamente decepcionados; Julio Ruiz de Alda estaba muy ilusionado con la colaboración de la Falange al pronunciamiento militar y Ramiro Ledesma seguía pensando que en el vacío de poder surgido en España tras la Revolución de Octubre la Falange tenía que tomar la iniciativa, aunque debiese marchar sola, lo cual demuestra que el talento político degenera a veces en la utopía. En vista de todo ello, la Junta Política se dedica a convertir en programa definitivo el esbozo interno de los Estatutos y en una de las sesiones del mes de noviembre se proclama el texto de los 27 puntos de la Falange, muy reelaborados por el propio jefe nacional y, como sabemos por Sáinz Rodríguez, consultados con Renovación Española, que dio su conformidad. Helos aquí:

Nación, unidad, imperio

1. Creemos en la suprema realidad de España. Fortalecerla, elevarla y engrandecerla es la apremiante tarea colectiva de todos los españoles. A la realización de esta tarea habrán de plegarse inexorablemente los intereses de los individuos, de los grupos y de las clases.

2. España es una unidad de destino en lo universal. Toda conspiración contra esa unidad es repulsiva. Todo separatismo es un crimen que no perdonaremos. La Constitución vigente, en cuanto incita a las disgregaciones, atenta contra la unidad de destino de Españía. Por eso exigimos su anulación fulminante.

3. Tenemos voluntad de Imperio. Afirmamos que la plenitud histórica de España es el Imperio. Reclamamos para España un puesto preeminente en Europa. No soportamos ni el aislamiento internacional ni la mediatización extranjera. Respecto de los países de Hispanoamérica, tendemos a la unificación de cultura, de intereses económicos y de poder. España alega su condición de eje espiritual del mundo hispánico como título de preeminencia en las empresas universales.

4. Nuestras fuerzas armadas en la tierra, en el mar y en el aire habrán de ser tan capaces y numerosas como sea preciso para asegurar a España en todo instante la completa independencia y la jerarquía mundial que le corresponde. Devolveremos al Ejército de Tierra, Mar y Aire toda la dignidad pública que merece, y haremos, a su

imagen, que un sentido militar de la vida informe toda la existencia española.

5. España volverá a buscar su gloria y su riqueza por las rutas del mar. España ha de aspirar a ser una gran potencia marítima, para el peligro y para el comercio. Exigimos para la patria igual jerarquía en las flotas y en los rumbos del aire.

Estado, individuo, libertad

6. Nuestro Estado será un instrumento totalitario al servicio de la integridad patria. Todos los españoles participarán en él a través de su función familiar, municipal y sindical. Nadie participará a través de los partidos políticos. Se abolirá implacablemente el sistema de los partidos políticos con todas sus consecuencias: sufragio inorgánico, representación por bandos en lucha y Parlamento del tipo conocido.

7. La dignidad humana, la integridad del hombre y su libertad son valores eternos e intangibles. Pero sólo es de veras libre quien forma parte de una nación fuerte y libre. A nadie le será lícito usar su libertad contra la unión, la fortaleza y la libertad de la patria. Una disciplina rigurosa impedirá todo intento dirigido a envenenar, a desunir a los españoles o a moverlos contra el destino de la patria.

8. El Estado Nacionalsindicalista permitirá toda iniciativa privada compatible con el interés colectivo, y aun protegerá y estimulará las beneficiosas.

Economía, trabajo, lucha de clases

9. Concebimos a España, en lo económico, como un gigantesco sindicato de productores. Organizaremos corporativamente a la sociedad española mediante un sistema de sindicatos verticales por ramas de la producción, al servicio de la integridad económica nacional.

10. Repudiamos el sistema capitalista, que se desentiende de las necesidades populares, deshumaniza la propiedad privada y aglomera a los trabajadores en masas informes, propicias a la miseria y ala desesperación. Nuestro sentido espiritual y nacional repudia también el marxismo. Orientaremos el ímpetu de las clases laboriosas, hoy descarriadas por el marxismo, en el sentido de exigir su participación directa en la gran tarea del Estado nacional.

11. El Estado nacionalsindicalista no se inhibirá cruelmente de las luchas económicas entre los hombres, ni asistirá impasible a la dominación de la clase más débil por la más fuerte. Nuestro régimen hará radicalmente imposible la lucha de clases, por cuanto todos los que cooperan a la producción constituyen en él una totalidad orgánica. Reprobamos e impediremos a toda costa los abusos de un interés parcial sobre otro y la anarquía en el régimen del trabajo.

12. La riqueza tiene como primer destino —y así lo afirmará nuestro Estado— mejorar las condiciones de vida de cuantos integran el pueblo. No es tolerable que masas enormes vivan miserablemente mientras unos cuantos disfrutan de todos los lujos.

13. El Estado reconocerá la propiedad privada como medio lícito para el cumplimiento de los fines individuales, familiares y sociales y la protegerá contra los

abusos del gran capital financiero, de los especuladores y de los prestamistas.

14. Defendemos la tendencia a la nacionalización del servicio de banca y, mediante las corporaciones, a la de los grandes servicios públicos.

15. Todos los españoles tienen derecho al trabajo. Las entidades públicas sostendrán necesariamente a quienes se hallen en paro forzoso. Mientras se llega a la nueva estructura total, mantendremos e intensificaremos todas las ventajas proporcionadas al obrero por las vigentes leyes sociales.

16. Todos los españoles no impedidos tienen el deber del trabajo. El Estado nacionalsindicalista no tributará la menor consideración a los que no cumplan función alguna y aspiran a vivir como convidados a costa del esfuerzo de los demás.

Tierra

17. Hay que elevar a todo trance el nivel de vida del campo, vivero permanente de España. Para ello adquirimos el compromiso de llevar a cabo sin contemplaciones la reforma económica y la reforma social de la agricultura.

18. Enriqueceremos la producción agrícola (reforma económica) por los medios siguientes:

• Asegurando a todos los productos de la tierra un precio mínimo remunerador.

• Exigiendo que se devuelva al campo, para dotarlo suficientemente, gran parte de lo que hoy absorbe la ciudad en pago de sus servicios intelectuales y comerciales.

• Organizando un verdadero Crédito Agrícola Nacional, que al prestar dinero al labrador a bajo interés con la garantía de sus bienes y de sus cosechas le redima de la usura y del caciquismo.

• Difundiendo la enseñanza agrícola y pecuaria.

• Ordenando la dedicación de las tierras por razón de sus condiciones y de la posible colocación de los productos.

• Orientando la política arancelaria en sentido protector de la agricultura y de la ganadería.

• Acelerando las obras hidráulicas.

• Racionalizando las unidades de cultivo para suprimir tanto los latifundios desperdiciados como los minifundios antieconómicos por su exiguo rendimiento.

19. Organizaremos socialmente la agricultura por los medios siguientes:

• Distribuyendo de nuevo la tierra cultivable para instituir la propiedad familiar y estimular enérgicamente la sindicación de labradores.

• Redimiendo de la miseria en que viven a las masas humanas que hoy se extenúan en arañar suelos estériles, y que serán trasladadas a las nuevas tierras cultivables.

20. Emprenderemos una campaña infatigable de repoblación ganadera y forestal, sancionando con severas medidas a quienes la entorpezcan e incluso acudiendo a la forzosa movilización temporal de toda la juventud española para esta histórica tarea de reconstruir la riqueza patria.

21. El Estado podrá expropiar sin indemnización las tierras cuya propiedad haya

sido adquirida o disfrutada ilegítimamente.

22. Será designio preferente del Estado nacionalsindicalista la reconstrucción de los patrimonios comunales de los pueblos.

Educación nacional. Religión

23. Es misión esencial del Estado, mediante una disciplina rigurosa de la educación, conseguir un espíritu nacional fuerte y unido e instalar en el alma de las futuras generaciones la alegría y el orgullo de la patria. Todos los hombres recibirán una educación premilitar que los prepare para el honor de incorporarse al Ejército nacional y popular de España.

24. La cultura se organizará en forma de que no se malogre ningún talento por falta de medios económicos. Todos los que lo merezcan tendrán fácil acceso incluso a los estudios superiores.

25. Nuestro Movimiento incorpora el sentido católico —de gloriosa tradición y predominante en España— a la reconstrucción nacional. La Iglesia y el Estado concordarán sus facultades respectivas, sin que se admita intromisión o actividad alguna que menoscabe la dignidad del Estado o la integridad nacional.

Revolución nacional

26. Falange Española de las JONS quiere un orden nuevo, enunciado en los anteriores principios. Para implantarlo, en pugna con las resistencias del orden vigente, aspira a la revolución nacional. Su estilo preferirá lo directo, ardiente y combativo. La vida es milicia y ha de vivirse con espíritu acendrado de servicio y de sacrificio.

27. Nos afanaremos por triunfar en la lucha con sólo las fuerzas sujetas a nuestra disciplina. Pactaremos muy poco. Sólo en el empuje final por la conquista del Estado gestionará el mando las colaboraciones necesarias, siempre que esté asegurado nuestro predominio.[11]

Los veintisiete puntos se basan, como es natural, en los nueve «puntos iniciales» aparecidos, como se recordará, en el primer número de *FE* el 7 de diciembre de 1933. La «suprema realidad de España» afirmada en el punto primero es una noble declaración de patriotismo, no de panestatismo ni siquiera de totalitarismo. La definición de España en el punto segundo como «unidad de destino en lo universal» es tal vez una de las más felices y dinámicas formulaciones sobre la esencia de un pueblo. El unitarismo del punto segundo continúa la decidida posición de «La Conquista del Estado» y coincide exactamente con la tradición política de casi todos los grupos españoles, incluidos algunos republicanos. El 15 de junio de 1934 Falange había publicado un manifiesto contra «la abierta rebeldía de la Generalidad de Cataluña».

El primer acto de la Falange en la región catalana no se celebró hasta el 3 de mayo de 1935, y con una asistencia muy escasa; sin embargo, la extensión del movimiento por la región, que al menos nominalmente seguía autónoma, no fue

menor que en el resto del país.

En Barcelona los principales dirigentes eran el jefe territorial Roberto Bassas, Pepe Ribas Sanz y el escritor bohemio y exquisito Luys Santamarina, nacido en Santander. José María Fontana Tarrats era el jefe provincial de Tarragona tras desempeñar la jefatura regional de Prensa y Propaganda. A partir de 1934 existen núcleos falangistas en treinta pueblos de la provincia tarraconense y desde el otoño de 1935 «la juventud de la CEDA se nos pasaba en masa», recuerda el propio Fontana.

Descontentos de la inoperancia de sus jefes, numerosos requetés catalanes se enfundaban la camisa azul. Y no faltaban algunos reclutas entre los sindicalistas, aunque Primo de Rivera mandó cortar las relaciones con Ángel Pestaña al persuadirse de que el sindicalista disidente consideraba a la Falange como un recurso financiero.

Tal vez la expansión de la Falange en Cataluña se debió al conocimiento directo y afectivo que el jefe nacional tenía de la región, a la que visitaba con frecuencia y de la que hablaba en términos tan acertados como éstos:

«Lo digo porque para muchos este problema es una mera simulación; para otros, este problema catalán no es más que un pleito de codicia; la una y la otra son actitudes perfectamente injustas y perfectamente torpes. Cataluña es muchas cosas, mucho más profundamente que un pueblo mercantil; Cataluña es un pueblo profundamente sentimental; el problema de Cataluña no es un problema de importación y exportación, es un problema dificilísimo de sentimientos».[12]

Su teoría sobre el catalanismo era la siguiente:

«Reaparece el fantasma amenazador del catalanismo. Ahora no es Maciá, con sus gesticulaciones de loco, quien lo encarna; es Cambó quien, con su frialdad característica, sentencia la irresolubilidad del problema catalán. Lo dice con el mismo helado lenguaje con que registra un químico la certeza de un experimento: «Pese a quien pese, el problema de Cataluña subsistirá».

»He aquí sobre la escena otra vez el más turbio ingrediente de los que componen el complejo catalanista. No olvidemos la Historia: el catalanismo nace políticamente cuando España pierde sus colonias; es decir, cuando los fabricantes barceloneses pierden sus mercados. No se oculta entonces a su pausada agudeza que es urgente conquistar el mercado interior. Tanpoco se nos oculta que sus productos no pueden defenderse en una competencia puramente económica. Hay que imponerlos políticamente al resto de España. Y nada mejor para imponerlos que blandir un instrumento de amenaza al mismo tiempo que de negociación.

»Ese instrumento fue el catalanismo. Eso que antes era viejo poso sentimental, expresado en usos y bailes, fue sometido a un concienzudo cultivo de rencor. El alma popular catalana, fuerte y sencilla, fue llenándose de veneno. Áridos intelectuales compusieron un idioma de laboratorio sin más norma fija que la de quitar toda semejanza con el castellano. Cataluña llegó a estar crispada de hostilidad para con el resto de la patria. Y esta crispación era invocada por sus hombres representativos en cuanto llegaba la hora de negociar un nuevo arancel. Los representantes de la

burguesía catalana alquilaban sus buenos oficios de apaciguadores del furor popular a cambio de obtener tarifas aduaneras más protectoras.

»Éste ha sido el tortuoso juego del catalanismo político durante treinta años. Lo que en Cataluña fermentaba como expresión de una milenaria melancolía popular, en Madrid se negociaba como un objeto de compraventa. El catalanismo era una especulación de la alta burguesía capitalista con la sentimentalidad de un pueblo.

»Cuando el 14 de abril las multitudes catalanas tomaron como grito el de «¡Muera Cambó, viva Maciá!», ¿creían acaso haber recobrado la autenticidad poética de su nacionalismo? Se equivocaban: aquella autenticidad poética estaba ya muy envenenada por Cambó y los suyos. Los gritos separatistas que aclamaban al *avi* frenético no hubieran sido posibles sin la cauta preparación de los capitalistas ocultos tras la Lliga; han bastado tres años para que los hilos vuelvan a las manos de siempre. Y aquí está otra vez, frío, hábil, sinuoso e insaciable, el catalanismo de Cambó».[13]

Es importante señalar aquí que jamás concibió Primo de Rivera a la Falange como un reducto madrileño. Muy al contrario, sus tomas de contacto con la realidad castellana y española eran mucho más frecuentes que las escasas salidas de los demás políticos de la República.

A primeros de noviembre de 1934 realiza un viaje por la Asturias mártir, acompañado por Julio Ruiz de Alda, sin demasiados efectos positivos. El 10 de febrero de 1935 habla en un mitin en el teatro Bretón de Salamanca, al que asiste, y nada indiferente, Miguel de Unamuno. En una conversación posterior en casa del rector, revela éste que había escuchado el mitin de la Comedia por radio. Poco después, de forma característica, don Miguel despotrica contra el fascismo español en la prensa de izquierdas. Al pasar por Valladolid, Primo de Rivera conferencia largamente con Redondo, quien seguía gobernando su territorio castellano con relativa independencia y con la habitual penuria.

En 1935 queda bien organizada la Falange extremeña, que cuenta con un experto jefe de Milicias: el laureado capitán Martín Bravo Moraño. A pesar de la oposición de Santiago Montero Díaz, la Falange consigue avanzar en Galicia por medio de enlaces con otros núcleos locales más dinámicos, sobre todo con Santander. En febrero de 1935 los mandos locales montañeses, entregados por completo a los reaccionarios dirigentes de la Agrupación Regionalista Independiente (Sáinz Rodríguez), chocan con los miembros más avanzados del partido.

El 2 de marzo llega Primo de Rivera a Santander y está a punto de ser liquidado por el ala reaccionaria de sus falangistas montañeses. Con prudencia política y derroche de valor personal, salva la difícil situación y el día 8 de marzo nombra a Manuel Hedilla, entonces jefe local de Renedo, jefe provincial de Santander. La Falange cántabra se convierte muy pronto en una de las mejor organizadas y más combativas de España. Un núcleo de estudiantes con talla política, como Francisco Labadie Otermín, coopera con la mayoría de miembros del partido, que son pequeño-burgueses y obreros. El diputado carlista José Luis Zamanillo colabora eficazmente

con Hedilla desde 1934.

En Málaga tiene que tomar Primo de Rivera una medida paralela para liberar a la Falange de sus mandos entregados al cacicato reaccionario. En cambio, en Sevilla el grupo Dávila-Perales-Arenado mantiene vivo el espíritu del fundador y precisamente es en la primavera de 1934 y en la capital andaluza donde se habla por primera vez de Movimiento Nacional.

«Tenemos voluntad de Imperio», proclamaba el punto tercero de la Falange. Ya hemos indicado que la versión grosera y material del imperialismo no fue jamás la versión de la Falange, a despecho de algún raro texto sacado de su cauce y tergiversado por apasionados intérpretes. La ambiciosa afirmación de este punto tercero —«Respecto de los países de Hispanoamérica tendemos a la unificación de cultura, de intereses económicos y de poder— no resulta nada detonante ni siquiera hoy, en pleno auge de los integracionismos y de los supranacionalismos. La idea joseantoniana sobre el Imperio era fundamentalmente romántica: el Imperio de José Antonio era un Imperio de bandera catalana, idioma castellano y capital en Lisboa, como expresamente gustaba declarar. Sobre la absoluta ausencia de imperialismo grosero en este anhelo romántico de imperio espiritual, baste citar este texto:

«Y más adelante, como le hablase de la obsesión de muchos españoles, los izquierdistas de entonces, empeñados en realizar la tan decantada “unión ibérica”, José Antonio recalcó al respecto:

«No lo creo. La España verdadera no abriga tal sentimiento. Portugal y España serán siempre dos naciones hermanas y amigas, pero anote bien, siempre “dos naciones”».[14]

Primo de Rivera, que más de una vez había pensado emigrar a América, no posee una buena información sobre los problemas de América, ni del Norte ni del Centro ni del Sur; pero no carece de sensibilidad ante América. Lo demostró en el epitafio pronunciado en las Cortes con motivo del cierre de la última línea marítima española, en 1935, y en la felicitación a Saavedra Lamas por la generosa «paz hispánica» con la que puso término a la guerra del Chaco. En el fondo, la realidad que latía bajo las solemnes proclamas de Imperio era el deseo de que España, tras dos siglos de aislamiento y menosprecio, recuperase su voz —no tonante, pero al menos digna y respetada— en un concierto internacional que había prescindido de ella. Así, el 2 de octubre de 1935 habla en las Cortes sobre el tema y alude, como cualquier español de cualquier período, al oprobio de Gibraltar. Cierto que sus ideas sobre colonialismo no avanzaban más allá de lo habitual en la época.

El discurso comenta preferentemente las proyectadas sanciones contra Italia con motivo de su aventura etiópica. «Colonizar es una misión, no ya un derecho, sino un deber de los pueblos cultos». Inglaterra no es Europa: el problema de las sanciones hay que concebirlo en términos de Inglaterra contra Europa. «España no puede votar por pura efusión ginebrina».

Los puntos cuarto y quinto estaban en la línea de halago a las Fuerzas Armadas

(convalecientes aún de la cirugía azañista), habitual en todos los políticos antirrepublicanos. Evidenciaban, además, la convicción íntima del heredero de una familia eminentemente militar.

El punto sexto es el más fascista de todos ellos: condena de los habituales vehículos de la democracia, proclamación del Estado totalitario. El séptimo, dirigido, sin duda, a dulcificar el impacto crudamente fascista del anterior, lo que hace es acentuarlo. En cambio, en el octavo se admite la iniciativa privada, como primera expresión del antisocialismo teórico de la Falange.

La mayor parte de la declaración programática (puntos 9 al 22, inclusive) se dedica al esbozo del sistema socioeconómico falangista. Es precisamente en esta parte donde el historiador encuentra los mayores reparos.

El profesor Velarde Fuertes, en una importante conferencia pronunciada en 1954 y publicada bastantes años más tarde con el título «Ante el futuro económico español», habla de «una solución falangista» y cree que sus tesis y proyectos «se encuadran dentro de la ortodoxia falangista enunciada en el período 1933-36». El profesor Velarde, que, como ya saben nuestros lectores, es un destacado economista, proyectó quizá su propia elaboración sobre unos cimientos históricos menos asentados que los suyos. En el brillante desarrollo de su tesis no puede aducir demasiados testimonios de esa «ortodoxia económica falangista» de 1933-36. Y es natural. La economía no estaba aún vulgarizada en los años treinta; José Antonio Primo de Rivera no estaba especializado en Derecho Mercantil, vivero ya entonces de los futuros economistas españoles. En sus atisbos económicos, Primo de Rivera queda bastante por debajo de Ramiro Ledesma, a quien hemos escuchado ya algunas intuiciones económicas nada desdeñables. Y ni siquiera Ledesma presenta un pensamiento económico coherente; mucho menos Primo de Rivera, a pesar de que con su mejor voluntad el profesor Fuentes Irurozqui le ha dedicado un breve libro decepcionante: *El pensamiento económico de José Antonio Primo de Rivera.* En el libro no aparecen muchas muestras de ese pensamiento económico, como comprueba el lector, atraído por lo sugestivo del tema y por la competencia del autor. Por lo que hace a la opinión del profesor Velarde, su autoridad es tan alta en lo económico y en lo histórico que alguna vez pienso volver sobre este problema, tras consultarle expresamente.

España queda concebida en lo económico —punto noveno— «como un gigantesco sindicato de productores». La sociedad española será organizada corporativamente «mediante un sistema de sindicatos verticales». Aunque José Antonio no desarrolló más este embrionario concepto de sindicalismo, sabemos que los sindicatos verticales deberían agrupar orgánicamente al capital, la técnica y el trabajo. De esta forma cree José Antonio —como lo dice el punto décimo— que elimina la lucha de clases, porque con su integración sindical quedan eliminados el sistema capitalista y el sistema marxista. Esto lo realizará —sin que el punto once diga cómo— «el Estado nacionalsindicalista» definido en él.

La definición del punto 11 es puramente negativa: parece lógico esperar que en los restantes se encuentren las directrices esenciales del «Estado nacionalsindicalista», pero no es así. El Estado nacionalsindicalista, en la doctrina de Primo de Rivera, queda reducido a una entelequia que no supera el negativismo, que no es capaz de forjar la síntesis necesaria tras la destrucción de capitalismo y marxismo. Ante todo porque el capitalismo no queda destruido. El punto 13 reconoce expresamente la propiedad privada y promete protegerla «contra los abusos del gran capital financiero» cuya permanencia por tanto se reconoce expresamente. Que nosotros sepamos, éste es el único programa político en el que el «gran capital» toma carta de naturaleza. El punto 14 es de una timidez conmovedora: «Defendemos la tendencia a la nacionalización del servicio de banca». Ni siquiera se concreta la nacionalización del banco nacional. Evidentemente este punto representa una concesión a los intereses que financiaban al movimiento fascista.

El programa interrumpe las cuestiones económicas para dedicar dos puntos —el 15 y el 16— a la organización del trabajo. Se trata solamente de generalidades imprecisas y se alude misteriosamente al advenimiento de una «estructura total». Se extiende entonces el programa sobre los problemas de la tierra: «Adquirimos el compromiso de llevar a cabo sin contemplaciones la reforma económica y la reforma social de la agricultura». Los puntos fundamentales de la reforma económica son: establecimiento de precios mínimos, trasvase de capitales al campo, crédito agrícola, difusión de la enseñanza, ordenación rural, protección arancelaria, aceleración de obras hidráulicas. La reforma social debe consistir en la redistribución con objetivo en la propiedad familiar.

El punto 20 propugna la «repoblación ganadera y forestal». El 21 establece la posibilidad de expropiación sin indemnización y en el 22 emerge de nuevo el «Estado nacionalsindicalista» al que se asigna un «designio preferente»: «la reconstrucción de los patrimonios comunales de los pueblos».

Bien pobre es, por tanto, el programa económico-social expresado en los puntos programáticos de Falange Española. Con la excepción parcial de Ramiro Ledesma, a quien se le hacía cada vez menos caso, ninguno de los dirigentes falangistas (con excepción del antiguo jonsista Bermúdez Cañete, que se había pasado a la derecha católica) tenía preparación económica ni tiempo para suplir esa falta de formación. Más grave todavía es que el carácter etéreo de los puntos económicos dependía, evidentemente, de un fallo inicial en el breve pensamiento económico del fundador: su amor tradicional hacia la agricultura, cuyos problemas sociales conocía directamente por su bufete; su desconfianza innata hacia la industria. El 6 de junio de 1934 pronuncia en las Cortes estas reveladoras palabras: «Si bien nosotros nos hemos librado hasta ahora —y no dejaremos de bendecir esta circunstancia— de los horrores de la gran industria que ha desencadenado sobre el mundo una de las mayores crisis».

Esto equivale a bendecir el atraso estructural e industrial de la feliz España agrícola, centrada en una Castilla «vivero permanente de España», como se dice en el

punto 17.

En el mismo discurso defiende Primo de Rivera la racionalización de la agricultura como panacea para una España de cuarenta millones de habitantes: idea que comparte con Ramiro Ledesma, como sabemos. Primo de Rivera conoce bien los problemas del campo. Téngase en cuenta que el campo suponía en su tiempo el 75 por 100 de la economía nacional; se le puede reprochar una falta de intuición frente al futuro inmediato, pero no una desconexión de las necesidades presentes. Tal vez el conjunto de ideas económicas más acertadas expuestas de una sola vez por José Antonio sean las del discurso de 3 de marzo de 1935 en Valladolid. La reforma agraria ha de verificarse tras devolver al desierto y al bosque las zonas no cultivables; entonces se podrían trasladar los campesinos a las tierras fértiles redistribuidas. Para ello habrá que poner en servicio los hasta ahora estériles «embalses de capital».

«Los embalses de capital han de ser como los embalses de agua; no se hicieron para que unos cuantos organicen regatas en la superficie, sino para regularizar el curso de los ríos y mover las turbinas en los saltos de agua».[15]

Estas acertadísimas intuiciones coinciden, como sabemos, con el núcleo del pensamiento económico regeneracionista de Indalecio Prieto.

En el discurso de Valladolid se expresan ideas menos comprometidas sobre la propiedad: «La propiedad, tal como la concebíamos hasta ahora, toca a su fin; van a acabar con ella, por las buenas o por las malas, unas masas que en gran parte tienen razón y, además, tienen la fuerza. No hay quien salve lo material; lo importante es que la catástrofe de lo material no arruine también valores esenciales del espíritu».

Los puntos 23 y 24 hablan de la educación nacional concebida en sentido patriótico y premilitar: los jóvenes deben prepararse para su incorporación al «Ejército nacional y popular de España». Nuevamente se da por supuesta la implantación del Estado nacionalsindicalista en una sociedad que seguirá siendo capitalista: «La cultura se organizará en forma de que no se malogre ningún talento por falta de medios económicos». La educación en sí como supremo medio de regeneración nacional escapa por completo a los regeneradores falangistas.

El punto 25 aborda una cuestión delicada: el sentido católico del nuevo movimiento y sus relaciones con la institución eclesiástica. Ya en el primer número de *FE*, Primo de Rivera había proclamado el catolicismo de su Falange. La declaración del punto 25 es más maurrasiana y más ledesmiana: el sentido católico no se proclama, sino que se «incorpora a la revolución nacional». A la vez se pone un freno concordatario a la tradicional avidez de la Iglesia para inmiscuirse en los asuntos del Estado, si bien no se establece un freno semejante para la tradicional avidez del Estado español a inmiscuirse en los asuntos de la Iglesia.

A pesar de la evidente moderación de estas posiciones, la Iglesia, sus hombres y sus políticos se rasgaron unánimemente las vestiduras. Gil Robles, según Jato, afirmó en las Cortes, el 19 de diciembre de 1934, que «la Falange no es católica», lo que prolongaba el anatema de Ángel Herrera contra Ramiro Ledesma. Poco antes, el 30

de noviembre de 1934, el diputado falangista marqués de la Eliseda, tomando como pretexto precisamente el anticatolicismo del punto 25, abjura públicamente de sus errores fascistas en la tribuna más adecuada: las páginas de *ABC*. Pronto analizaremos más de cerca esta interesante defección.

Tal vez consciente de que el conjunto de su programa sonaba bien poco a revolucionario, Primo de Rivera, animado por Ramiro Ledesma, dice en el punto 26 que los 25 puntos anteriores, aunque no lo parezca, son realmente revolucionarios; sobre ellos ha de implantarse un «orden nuevo» y para llegar a ese orden nuevo, F. E. de las JONS aspira a la «Revolución Nacional». El punto carga un poco más la retórica: «Su estilo preferirá lo directo, ardiente y combativo. La vida es milicia y ha de vivirse con espíritu acendrado de servicio y sacrificio».

Termina la declaración programática con el punto 27, suprimido en la unificación de 1937. La «colaboración necesaria» de ese punto iba resultando cada vez más difícil con el resto de los grupos políticos más o menos afines a los idealistas puntos programáticos de la Falange. Tal vez por eso Primo de Rivera la busca cada vez más en el estamento militar. En este mismo mes de noviembre de 1934 en que se proclaman los 27 puntos, Primo de Rivera halagaba al Ejército en las sesiones de Cortes de 6 de noviembre:

«Ni el Estado español ni la sociedad española se hubieran defendido con brío frente a la revolución si no hubiera entrado en juego el factor, que siempre nos parece imprevisto, pero que no falta nunca a la cita en las ocasiones históricas, de ese genio subterráneo de España, de ese genio heroico y militar de España, de esa vena perenne de España que, ahora como siempre, albergada en uniformes militares, en uniformes de soldaditos duros, de oficiales magníficos, de veteranos firmes y de voluntarios prontos, una vez más, ahora como siempre, ha devuelto a España su unidad y su tranquilidad (Muy bien)».[16]

Y en este mismo mes corre por los cuartos de banderas, transmitida por los entusiastas oficiales que llevaban bajo el uniforme la camisa azul, la «Carta a un militar español» del jefe nacional de la Falange.

La carta es en realidad la teoría y el anuncio de la sublevación. El destinatario es el tipo medio del oficial joven, el que nutría precisamente por entonces las filas militares de la Falange. «Dentro de unas semanas, acaso tendrás de nuevo que llamar a tu compañía para tomar las armas en discordia civil». Las izquierdas son antinacionales. La Falange está decidida a asaltar el poder con la colaboración del Ejército:

«Sólo en un caso triunfaría el movimiento nacional en su intento de asalto al poder: si las Fuerzas Armadas se pusieran de su parte o, al menos, no le cerraran el camino.

»Y he aquí, supuesto el caso, la grave perplejidad que se os va a plantear a los militares españoles. Si un día, fatigados todos de derechas e izquierdas, de Parlamento gárrulo y vida miserable, de atraso, de desaliento y de injusticia, una

juventud enérgica se decide a intentar adueñarse del poder para inaugurar, por encima de clases y partidos, una política nacional integradora, ¿qué haréis los oficiales? ¿Cumplir a ciegas con la exterioridad de vuestro deber y malograr acaso la única esperanza fecunda? ¿O decidiros a cumplir con el otro deber, mucho más lleno de gloriosa responsabilidad, de presentar las armas con un ademán amigo a las banderas de la mejor España?».[17]

El Ejército tiene, según José Antonio, la obligación de intervenir:

«¡Cuidado! Normalmente, los militares no deben profesar opiniones políticas; pero esto es cuando las discrepancias políticas sólo versan sobre lo accidental; cuando la vida patria se desenvuelve sobre un lecho de convicciones comunes que constituye su base de permanencia. El Ejército es, ante todo, la salvaguardia de lo permanente; por eso no se debe mezclar en luchas accidentales. Pero cuando es lo permanente mismo lo que peligra; cuando está en riesgo la misma permanencia de la patria —que puede, por ejemplo, si las cosas van de cierto modo, incluso perder su unidad—, el Ejército no tiene más remedio que deliberar y elegir. Si se abstiene, por una interpretación puramente externa de su deber, se expone a encontrarse, de la noche a la mañana, sin nada a qué servir.

»En presencia de los hundimientos decisivos, el Ejército no puede servir a lo permanente más que de una manera: recobrándolo con sus propias armas. Y así ha ocurrido desde que el mundo es mundo; como dice Spengler, siempre ha sido a última hora un pelotón de soldados el que ha salvado la civilización.

»Queráis o no queráis, militares de España, en unos años en que el Ejército guarda las únicas esencias y los únicos usos íntegramente reveladores de una permanencia histórica, al Ejército le va a corresponder, una vez más, la tarea de reemplazar al Estado inexistente».

Una vez vencedor, el Ejército no debe entregar el poder a un conjunto de notables ni a un Gobierno de concentración. Eso sería exceso de humildad. Pero tampoco debe caer en un exceso de ambición:

«Es decir, si los militares, ejecutores o coadyuvantes en el golpe de Estado, se propusieran descubrir por sí mismos la doctrina y el rumbo del Estado nuevo. Para un intento así, los militares no cuentan con una suficiente formación política. Si yo tratara —como tantos— de adular al Ejército, le atribuiría, sin más, todas las capacidades. Por lo mismo que sé lo que representa el Ejército, el inmenso acervo de virtudes silenciosas, heroicas e intactas que atesora, me parecería indecente adularle. Pienso, en cambio, que es lo leal poner a su servicio un esfuerzo de lucidez. Por eso digo estas cosas como las pienso: el Ejército, habituado a considerar que la política no es su misión, tiene en lo político un ángulo visual incompleto. Peca de honrada ingenuidad al propugnar soluciones políticas.

»Así, no logra atraer, por falta de eficacia doctrinal, de sugestión dialéctica, asistencias populares y juveniles persistentes. No olvidemos el caso del general Primo de Rivera: lleno de patriotismo, de valor y de inteligencia natural, no acertó a

encender entusiasmos duraderos por falta de una visión sugestiva de la Historia. La Unión Patriótica, escasa de sustancia doctrinal, se quedó en una vaguedad candorosa y bien intencionada».

Lo que debe hacer el Ejército es utilizar a la Falange como levadura:

«En torno de una minoría así puede polarizarse un pueblo; un amorfo agregado de personas heterogéneas no puede polarizar nada. El Ejército debe esperar en aquéllos en quienes encuentre más semejanza con el Ejército mismo; es decir, en aquéllos en quienes descubra, junto al sentido militar de la vida, la devoción completa a dos principios esenciales: la patria —como empresa ambiciosa y magnífica— y la justicia social sin reservas —como única base de convivencia cordial entre los españoles».

Porque interesa recalcar que el levantamiento es ineludible: «Pronto, por mucho que nos retraiga de la decisión última el supremo pavor de equivocarnos, tendremos que avanzar sobre España».

Posteriormente se ha publicado una versión original de esta carta, importante para los eruditos, pero no para los historiadores: la que se difundió por los medios militares —con gran efecto, como veremos— es la recién extractada por nosotros.

Las escisiones monárquicas y jonsistas aíslan a la Falange

Reciente la discusión sobre el contenido de los 27 puntos de la Falange, conviene examinar las conexiones entre el fascismo español y los fascismos europeos.

José Antonio Primo de Rivera sufrió, como era inevitable, la atracción mimética de Mussolini y de Hitler. Ya sabemos que la ocasión para la fugaz aparición de *El Fascio*, primera amalgama de los diversos movimientos fascistas españoles, fue el aldabonazo de Adolfo Hitler a fines de enero de 1933, un aldabonazo que entonces se creyó por muchos aplicado a las puertas del futuro. La influencia de Giménez Caballero tuvo que actuar de firme para convencer a Primo de Rivera, que en principio no sentía el menor interés por establecer contactos personales con los fascismos extranjeros. Guariglia y «Gecé» preparan la entrevista de José Antonio con Mussolini, que tiene lugar en el Palazzo Venezia el 9 de octubre de 1933. La influencia del «cónsul» fascista en España tiene sin duda bastante que ver en el prólogo que Primo de Rivera escribe para *El Fascismo* de Mussolini, donde le llama «el Héroe hecho Padre». Pero la entrevista no debió de ser muy fructífera. Primo de Rivera volvió de Italia convencido de que Mussolini no era más que un táctico y un oportunista. José Antonio deseaba tomar del fascismo su modernidad, su posible atractivo intelectual; pero para volcar en esos cauces accidentales una preocupación y una problemática exclusivamente española. Este despego por el mussolinismo se evidencia varias veces en 1934 y 1935.

Más de una vez rechazó expresamente Primo de Rivera la invitación, formulada en Madrid por medio del periodista Cesare Gullino, enlace entre la Embajada italiana, la Nunciatura y algunos medios políticos españoles, para que asistiese oficialmente a las reuniones de los CAUR, Comités de Acción para la Universalidad de Roma, que Mussolini creaba como embrión de una Internacional Fascista. Por fin, en mayo de 1935 visita la sede de los CAUR en Roma, pero no parece haber recorrido otra vez el apabullante salón-despacho del Duce. En esa ocasión, José Antonio parece mucho más interesado en mostrar las bellezas turísticas de la urbe a una espléndida acompañante rubia sobre la que se vertieron bastantes críticas en las tertulias falangistas de Madrid.

En septiembre de ese mismo año, accede por fin Primo de Rivera a darse una vuelta por las agradables reuniones de los CAUR, en Montreux. A orillas del Leman, y en aquel delicioso ambiente achocolatado por las emanaciones de la enorme factoría de Nestlé, conoce el jefe del fascismo español a Degrelle (Bélgica), Codreanu (Rumania), Mosley (Inglaterra) y Stahrenberg (Austria). La presencia de José Antonio fue a título de observador personal, y siempre se negó a que la Falange

ingresase oficial u oficiosamente en la Internacional Fascista.

Todavía resultó más decepcionante la visita de José Antonio Primo de Rivera a la Alemania nazi en la primavera de 1934. No fue recibido por Hitler, quien concedía mucha mayor importancia, como sabemos, al «fascistizado» José María Gil Robles. Su desilusión al comprobar personalmente la realidad nazi fue absoluta:

«El único contacto de José Antonio con los nazis, o mejor dicho, con la civilización germánica, tuvo lugar en la primavera de 1934, cuando visitó Berlín, camino de Inglaterra, para pasar unas vacaciones. En aquella ocasión se le concedió una importancia mínima como líder fascista extranjero. No trató de obtener, ni nadie le ofreció, una audiencia con Hitler. Fue recibido por unos pocos elementos nazis de segunda fila y basta. A José Antonio no le gustó en Alemania ni la lengua, ni la gente, ni el partido nazi. Los nazis le parecieron un grupo deprimente, rencoroso y dividido. Cuando regresó a España, la estima que había tenido antes por el nacionalsocialismo se vino abajo.

»Entonces se dio perfecta cuenta de que la Falange tenía poco que ganar asociándose con otros partidos fascistas, por poderosos y sinceros que fuesen; a los líderes españoles les correspondía desarrollar un movimiento fascista peculiarmente español, para singularizarse a sí mismos ante la opinión pública nacional. La mayoría de los dirigentes del partido tenían el mismo criterio. Una de las principales acusaciones de Ledesma contra José Antonio era la absolutamente injustificada de pretender imitar a los movimientos extranjeros. Redondo, que era el dirigente falangista más estrechamente vinculado al catolicismo tradicional, estaba constantemente preocupado por este problema, y Ruiz de Alda se sumó a los líderes jonsistas, repudiando las ideologías extranjeras por considerarlas autoritarias».[18]

Primo de Rivera —como siempre, muy bien acompañado— despejó sus humores antinazis en la democrática Inglaterra ese mismo verano. No es extraño que su desilusión germánica fuese todavía más profunda que su hastío italiano. Alemania estaba por entonces en plena furia racista y Primo de Rivera era uno de los españoles menos racistas de aquella época.

Su crítica al nacionalismo vasco —al que nunca tomó en serio— se basaba en la extraña obsesión de Aguirre y sus ideólogos, enfrascados en la exaltación del ángulo facial.

Es cierto que el 4 de febrero de 1934, en Cáceres, Primo de Rivera llama a Carlos Marx «judío» como insulto. Pero en España insultar a alguien llamándole judío no ha supuesto jamás una declaración de racismo. El fascismo español no profesó nunca el antisemitismo. «Gecé» y Foxá hicieron sefardismo activo en *La Gaceta Literaria*, cuyo primer número —1 de enero de 1927— invoca la amistad de nuestros judíos exiliados. El antisemitismo aparece en el fascismo español con Onésimo Redondo, pero es un sentimiento que permanece enquistado en el reducto vallisoletano.

En resolución, el mimetismo fascista extranjero fue para la Falange un elemento puramente impulsor y superficial. De acuerdo plenamente con Payne en que «no hay

pruebas de que la Falange tuviese ningún contacto oficial con los partidos nazi y fascista antes de 1936». Primo de Rivera era seguramente sincero cuando después de su viaje a Alemania daba a la publicidad esta nota antifascista:

«La noticia de que José Antonio Primo de Rivera, jefe de Falange Española de las JONS, se disponía a acudir a cierto Congreso Internacional Fascista que está celebrándose en Montreux es totalmente falsa. El jefe de la Falange fue requerido para asistir; pero rehusó terminantemente la invitación, por entender que el genuino carácter nacional del Movimiento que acaudilla repugna incluso a la apariencia de una dirección internacional.

»Por otra parte, la Falange Española de las JONS no es un movimiento fascista; tiene con el fascismo algunas coincidencias en puntos esenciales de valor universal; pero va perfilándose cada día con caracteres peculiares y está segura de encontrar precisamente por ese camino sus posibilidades más fecundas».[19]

Falange Española de las JONS era, por supuesto, un movimiento fascista a pesar de esta nota. En qué grado participaba del concepto universal del fascismo es algo que puede el lector decidir por sí mismo según el concepto de fascismo que se haya formado.

El invierno de 1934-35 es un duro invierno para Falange Española de las JONS y para su jefe nacional, cuya soledad se acentúa tras las dos crisis de ese período que culminan en dos gravísimas escisiones: la de Eliseda con el grupo de activistas monárquicos y la de Ledesma con el grupo de jonsistas que le siguen.

La escisión de los miembros más caracterizados y activos entre los que formaban el grupo monárquico de la Falange se consuma en dos tiempos. Todo comienza en mayo de 1934, cuando, a su regreso de Francia, José Calvo Sotelo solicita de nuevo ingresar en la Falange, a la que le atraían, por supuesto, sus recientes lecturas y contactos con los intelectuales y activistas de la Action Française. Ruiz de Alda estaba de acuerdo con el ingreso; Ramiro Ledesma seguramente también (Ledesma andaba siempre preocupado con el problema económico-administrativo del movimiento), aunque en su reseña del caso nada nos dice de su posición como triunviro. Primo de Rivera no distinguía a Calvo Sotelo con su simpatía personal, porque consideraba que el brillante político había desertado a última hora de las filas de su padre y porque su demora en regresar a España después de las dos primeras elecciones populares se atribuía por el valiente jefe de la Falange a excesiva precaución.

Por esas mismas semanas —fines de junio de 1934—, José Antonio reprende duramente a Ansaldo por los excesos en la represión de la violencia socialista, aunque todo hace indicar que esa represión se hizo con su aquiescencia más o menos espontánea. En alguna confrontación más enérgica, Primo de Rivera llegó a dedicar frases durísimas a su jefe de objetivos. El 3 de julio tiene lugar en las Cortes el famoso encuentro de Primo de Rivera e Indalecio Prieto. Calcúlese el efecto del apretón de manos en el ánimo de Ansaldo y sus escuadras, a menos de un mes del

doble asesinato de Cuéllar y de la Rico. En el discurso del 3 de julio en las Cortes, el diputado falangista dice que el hecho de que en el mundo prevalezca el fascismo «más nos perjudica que nos favorece»; se independiza del movimiento fascista extranjero, del que ha tomado exclusivamente «aquellas esencias de valor permanente que también habéis asumido vosotros, los que llaman los hombres del bienio…, vosotros tenéis un sentido del Estado que imponéis enérgicamente».

El asunto Calvo Sotelo, el acercamiento a Prieto y el elogio, por moderado que fuera, a los «hombres del bienio», es decir, del bienio de Azaña, resultó en conjunto una carga imposible para Ansaldo y sus fanáticos de la nostalgia monárquica, que tramaron la irrupción en la sala donde se reunían los triunviros para imponer una rectificación —y quizás algo más— a Primo de Rivera. Advertido a tiempo de semejantes propósitos, José Antonio mantiene una tensa entrevista con Ansaldo que, junto a algunos seguidores, queda oficialmente expulsado de Falange antes de fin de julio de 1934. Aparte de los hermanos Ansaldo, deja también la Falange irremisiblemente el teniente coronel Rada, quien pasa a entrenar a las milicias del carlismo.

Poco antes de octubre, Primo de Rivera echa de menos la contundente eficacia del jefe de objetivos y le llama para olvidar lo pasado y ofrecerle la jefatura nacional de Milicias. Ansaldo consulta a Goicoechea y Carceller y, tras muchas dudas, no acepta el tentador ofrecimiento. Para entonces, como sabemos, José Antonio había firmado su pacto con Goicoechea para la reorganización de sus grupos de choque, que debe realizarse sin Ansaldo.

Los consejos disuasorios de Goicoechea y Carceller respecto del reingreso de Ansaldo ponen de manifiesto que, tras la negativa de José Antonio a Calvo Sotelo, la derecha monárquico-financiera veía serias dificultades en colaborar con Falange, aunque la conclusión del pacto (cuya vigencia perduró hasta dentro de 1936) muestra que los monárquicos deseaban la actuación de los grupos falangistas de choque pese a las crecientes diferencias ideológicas con José Antonio, cada vez más alejado de su antiguo ideal monárquico. Los contactos se facilitaban por la amistad personal y los numerosos conocimientos mutuos entre financieros y subvencionados. Antonio Goicoechea, presidente de Renovación Española, y el secretario del partido, Pedro Sáinz Rodríguez, actuaban de puente político entre unos y otros. Para evitar los comentarios desfavorables en sus filas, Primo de Rivera advertía a los falangistas: «es necesario dejarse corromper… para engañar a los corruptores», según Hughes. Payne conserva las copias, según él auténticas, de un doble convenio entre Falange Española y los monárquicos formalizado en el verano de 1934. Es el que con mayores signos de autenticidad ha publicado Sáinz Rodríguez en su citado libro.

Primo de Rivera firmó con Goicoechea y Sáinz Rodríguez dos pactos de colaboración político-económica que han sido transcritos por Payne y Gil Robles. A uno de esos pactos se refiere gozoso Ansaldo cuando cotillea así:

«Existe un curioso documento, del que se obtuvieron algunas fotocopias, en el

cual José Antonio se comprometía solemnemente a seguir en la jefatura política de la Falange las directrices que le fueron señaladas por el entonces presidente de Renovación Española, que debería entregar trescientas mil pesetas para los gastos apremiantes del partido. Lo más notable del caso es que esta cantidad —¡oh, economía de aquellos tiempos!— nunca llegó a desembolsarse. Como es posible que esta revelación cause cierto escándalo entre los guardadores de «puros principios revolucionarios falangistas», podemos asegurar que, aparezcan o no las fotocopias en cuestión (tal vez prudentemente ocultas), viven varias personas que las han tenido en sus manos».[20]

Ansaldo escribe este desahogo muchos años después, cuando ya se ha enemistado con la causa que defendió hasta 1934. El testimonio de Sáinz Rodríguez prueba que la ayuda de Renovación sí se abonó a Falange.

A medida que crece la tensión entre Primo de Rivera y Calvo Sotelo, las subvenciones monárquicas se hacen más difíciles. Los banqueros de Bilbao, por medio de José Félix de Lequerica, apoyan intermitentemente a la Falange hasta que interrumpen los donativos a fines de 1934. Desde entonces le queda a Primo de Rivera la aportación regular de Renovación Española y el apoyo de Juan March, que, sin embargo, no extremó su generosidad. En *Informaciones,* periódico de March, apoyaban a la Falange su director Juan Pujol y algunos redactores que pertenecían al partido: Víctor de la Serna,

Alfredo Marqueríe, Federico de Urrutia. A medida que avanza el verano de 1934, Primo de Rivera se muestra más desmoralizado. Ya el 10 abril de 1934 aparecía bastante alicaído en una entrevista publicada en *Luz,* en la que dice que él solamente es un triunviro. Ledesma, y tal vez Ruiz de Alda, preocupados con la falta de apoyo monárquico, conspiran para arrinconarle, pero el incondicional apoyo de la principal fuerza falangista, los jóvenes, impide que se consumen los planes de Ansaldo.

Después de octubre es cuando Calvo Sotelo decide lanzar su Bloque Nacional. El 30 de noviembre Primo de Rivera declara oficialmente en *ABC* que la Falange no se adhiere al conglomerado monárquico. Calvo Sotelo, despechado, trata de atraerse a los dirigentes intermedios y a la base del fascismo español. A fines de año Falange, por esta causa, sufre la segunda fase de la escisión monárquica, mucho más importante que la del grupo Ansaldo. Francisco Moreno Herrera, marqués de la Eliseda y diputado falangista en las Cortes, abjura públicamente de sus errores fascistas en las páginas de *ABC* y declara su adhesión al Bloque Nacional.

La pérdida es gravísima para la Falange porque Eliseda es la cuenta corriente del fascismo. No hay razón para pensar que se interrumpe la ayuda de Renovación Española; Sáinz Rodríguez sugiere que continua. Pero los ingresos se reducen drásticamente y desde ese mismo momento Falange, de la que viven demasiadas personas, no puede pagar ni el alquiler ni la luz de su sede nacional. El 1 de diciembre, y siempre en las páginas de *ABC,* boletín oficial de la contrarrevolución, José Antonio despide sardónicamente al marqués de la Eliseda, quien al año siguiente

publicaría un libro interesante: *Fascismo, catolicismo, monarquía,* pero, tras el trauma de la Guerra Civil, volvería no solamente a la Falange, sino a las públicas declaraciones de fascismo. Pero la penuria económica que tras su defección cayó sobre la Falange fue tal que Primo de Rivera tuvo que tragarse su orgullo y tratar de acercarse al Bloque Nacional en enero de 1935.

Ya era tarde. La derecha estaba entusiasmada con el auge de Calvo Sotelo y decidida a crear por su propios medios una versión aceptable de fascismo defensivo. El 25 de abril de 1935 Primo de Rivera, ya en *Arriba,* ataca de nuevo al Bloque Nacional. Por entonces había perdido incluso el vetusto pero simbólico apoyo de *La Nación.* Cada vez menos vinculado económica, política e íntimamente a las raíces monárquicas que habían sustentado otrora su vida, Primo de Rivera trata de afianzar su apoyo medio y popular. Pero precisamente ahí le amenaza la segunda de sus grandes crisis.

El observador imparcial de la historia del fascismo español llega a una conclusión bien clara: la clarividencia y profundidad teórica de Ramiro Ledesma Ramos se convertía en la más eólica de las volubilidades ante el más mínimo cambio de las perspectivas económicas. No es que Ramiro Ledesma pueda ser acusado de interés económico y mucho menos de corrupción política; en su mano tuvo caminos mucho más seguros por ese terreno. Lo que pasa es que Ledesma, gran filósofo, era un pésimo táctico y carecía de condiciones de jefe fascista: los problemas económicos del movimiento eran enfocados por él con mentalidad de funcionario modesto. Por todo ello no debe extrañar que, arrinconado por la eficacia de Julio Ruiz de Alda y por la brillantez de Primo de Rivera, el palmarés político de Ramiro durante el período en que junto a ellos gobernó a la Falange parezca extraordinariamente modesto.

A fines de 1934, la Junta Política se reúne, a la luz de unas pocas velas, en el hotel de Riscal, 16, al que ya se debía una mensualidad. El frío madrileño se colaba por todas las rendijas y la reunión terminaba con temperatura interior equivalente. A la salida, Ramiro Ledesma y Onésimo Redondo, con los antiguos dirigentes proletarios Sotomayor y Mateo, caminan despacio por las calles heladas de Madrid y terminan en un café de la Gran Vía: Fuyma. Comentan abrumados la situación de la Falange tras la defección de Eliseda y la retirada de buena parte del apoyo económico por parte de los monárquicos. Representantes de la izquierda falangista —si se permite esta expresión tan poco reglamentaria— se sienten sumamente decepcionados por el descenso en el número de los afiliados obreros al partido y a los sindicatos. El culpable de todo, decían, es Primo de Rivera por su veto permanente a Calvo Sotelo.

Los contertulios de Fuyma son ya verdaderos conjurados cuando marchan a sus casas decididos a eliminar políticamente a José Antonio, o al menos a separarse de Falange Española, para reanudar una etapa independiente de las JONS. En sus justificaciones posteriores, Ledesma trata de explicar su actitud por la defensa del sentido revolucionario y nacionalsindicalista de su antigua organización. Pero los

principales «señoritos» habían abandonado a la Falange; en realidad la escisión se prepara para tratar de aproximarse al Bloque Nacional y poder seguir contando con su auxilio económico, aunque Ledesma dé a entender que la causa es precisamente la opuesta.

Durante los primeros días de enero de 1935, Ledesma trata de extender la conjura —que en principio no es escisionista, sino eliminatoria— entre los afiliados de Falange que más o menos seguían reconociendo su magisterio. Primo de Rivera, abrumado ya por la escisión de los monárquicos, no sospecha nada, pero algunos de sus jóvenes seguidores, entre ellos el futuro periodista Bartolomé Mostaza, le quitan la venda y delatan los propósitos de don Ramiro. El 10 de enero de 1935 el presidente de la Junta Política es expulsado de Falange Española de las JONS. Al día siguiente Ledesma trata de soliviantar contra el jefe nacional a los obreros de las JONS. En uno de sus rasgos de valor confiado que le hacían irresistible, Primo de Rivera irrumpe en el local de los obreros falangistas, situado en una dependencia aparte de la sede del partido. Ante unos trescientos obreros hostiles, José Antonio derrota tan completamente a Ledesma que éste abandona la Falange casi solo —con sus fieles Aparicio y Martínez de Bedoya—, mientras que algunos conjurados, como Onésimo Redondo, permanecen al lado del jefe. Desde este momento, como bien anota Payne, el Movimiento es ya para siempre la Falange de José Antonio, quien el día 19 comenta con insólita dureza el abandono de Ledesma en carta a Juan Pujol;

«Lo malo era un grupo —no legión— de mentes cultivadas, fuera de todo ideal político, en los fondos infrasociales más turbios de la vida humana. Estos elementos, revolucionarios de alquiler, son los que han tenido que salir de Falange Española de las JONS, no por establecer unidad de pensamiento, nunca rota entre nosotros, sino por higiene».[21]

La opinión antifascista española comenta con regocijo la crisis falangista.

Después de la escisión, la vida de los jonsistas disidentes se pierde en la anécdota. Ramiro Ledesma funda un semanario, *La Patria Libre,* en el que polemiza envidiosamente con Falange. Se dirige preferentemente a los proletarios. Se titula secretario general de las JONS y representante de un Comité Directivo de cinco miembros. Su colaborador Martínez de Bedoya le corea en tono bastante populachero. Los disidentes llegan a declararse no fascistas: era la nueva moda. Pero en las páginas de *La Patria Libre* se encuentran síntomas muy aleccionadores. En el número de 2 de marzo, Martínez de Bedoya publica un descomunal elogio de Antonio Goicoechea y José María Gil Robles. En el mismo número se anuncia querella criminal contra Primo de Rivera por titularse jefe de las JONS. Ramiro Ledesma, cada vez más desencantado, se refugia en sus cumbres teóricas y en ellas escribe sus dos grandes libros. Emiliano Aguado, su fiel amigo, traza inimitablemente su epitafio político:

«… Los dos libros de política más logrados en nuestra patria desde hace mucho tiempo los publicó en esa época fecunda y llena de esperanzas que va del

somnoliento 1935 a los comienzos del año apocalíptico 1936. Lo que más nos importa es que en este año ve ya Ramiro toda la política española que se hacía en su tiempo como algo pasado sin remedio; todas las cosas y todas las personas le parecen como seres de un mundo envuelto en brumas de pesadilla y malos presagios; por desdicha, no se equivocó».[22]

José Antonio, por su parte, funda un nuevo semanario: *Arriba*. Manuel Aznar y Maximiano García Venero recuerdan algunas conversaciones encaminadas a convertir en diario el nuevo semanario falangista, para el que el propio Venero dice haber sido preconizado director. Ambos testigos hablan, por supuesto, muchos años después de los años difíciles. Las ocho páginas del primer número de *Arriba*-semanario aparecen el 21 de marzo de 1935. Tras el número de 4 de julio, reducido de tamaño, se suspende hasta el 31 de octubre, fecha —recuerda Southworth— en que continuó saliendo hasta su desaparición definitiva, el 5 de marzo de 1936. Durante la última época tuvo generalmente cuatro páginas.

El grupo inicial de *Arriba* lo componían Gaceo, Cadenas, Mariano García, Ruiz de la Fuente, Julio Fuertes, experto en artes gráficas, y el joven Felipe Ximénez de Sandoval. Es del número 1 el famoso artículo «Aviso a los navegantes», en el que revela Primo de Rivera que los jonsistas disidentes viven de la caridad interesada de monárquicos y cedistas. La conspiración de Ledesma tuvo eco en Valladolid, donde algunos jóvenes jonsistas joseantonianos, como Luis González Vicén, estudiante de Medicina, y José Antonio Girón de Velasco, empleado de la Diputación, trataron de arrinconar a Onésimo Redondo. Primo de Rivera, agradecido a la fidelidad demostrada en la crisis Ledesma, apoya a Redondo como jefe territorial de Castilla. Durante todo 1935, y en vista de la penuria habitual de medios, las relaciones entre Madrid y Valladolid son escasas y tirantes.

En pleno verano de 1934, Falange Española de las JONS creó su organización sindical, la Central Obrera Nacional Sindicalista (CONS). La iniciativa partió de Ramiro Ledesma Ramos, aunque, como bien anota Payne, Ledesma a su vez obedecía a la inspiración monárquico-financiera, lo que en él resulta perfectamente habitual.

El momento era muy oportuno para que cuajase el intento. Cundía el paro, y miles de obreros españoles no estaban dispuestos a secundar la violencia que predicaban los socialistas. La CONS identificaba sus fines con los de las izquierdas, pero destacaba su carácter nacional: otras experiencias en el mismo sentido, como la de los comunistas disidentes, parecían alentadoras. Los primeros sindicatos embrionarios que se crean en Madrid son los de taxistas y camareros (dos gremios tradicionalmente amigos de novedades y originalidad).

Onésimo Redondo intenta transformar su cooperativismo agrario paternalista de Valladolid en un verdadero sindicalismo, pero no consigue avanzar demasiado. En una semana se apuntan en la CONS madrileña cerca de treinta mil parados. Con la mayor irresponsabilidad que pueda imaginarse, los dirigentes falangistas envían a sus

nuevos afiliados sindicales a los tajos de la construcción, en Madrid, controlados por la CNT, donde por abrumadora mayoría se les rechaza. La primera de estas increíbles irrupciones tiene lugar el 3 de septiembre. Ramiro Ledesma proclama el «gran triunfo», que lo fue, pero de la irresponsabilidad. A mediados de septiembre, los ficheros de las CONS habían alcanzado quince mil miembros; no es cifra despreciable. En vísperas de la escisión jonsista de enero de 1935, apenas se contaban uno o dos millares. ¿Qué había sucedido?

No es suficiente la explicación de Maurín: «El fascismo español no ha logrado penetrar en el movimiento obrero… eso le impide la utilización de la máscara demagógica… es monárquico y católico». No basta. Muchos obreros españoles eran católicos, y otros muchos se preocupaban bien poco de etiquetas políticas. El fascismo español fracasó en su introducción en el movimiento obrero por su espantosa falta de estrategia y de táctica. Los sindicatos falangistas estaban nutridos por «amarillos», como recuerda García Venero. Pero los obreros, amarillos o rojos, lo que querían en aquel 1934 de ominoso paro en toda España, era pan y trabajo. En vez de enzarzarse en fútiles declaraciones programáticas y en más fútiles discusiones de aliancismo político con la derecha, Falange Española no tenía más que un camino para ensanchar su base de masas entre el proletariado: convencer a los empresarios de la derecha para que diesen preferencia en sus cuadros laborales a los sindicatos de la CONS. Lo hicieron, pero con argumentos de este tipo:

«Un puñado de camaradas resueltos, de antigua incompatibilidad con el triunvirato (provisional de Santander) logran apoderarse de la correspondencia que los miembros de éste sostenían con varias empresas industriales. ¡Qué cartas! Recomendaban a los afiliados de la CONS, alegando que éstos eran muy buenas personas, nada amigos de conflictos y que en último caso podrían pagarles menos». [23]

La falta de sentido social de los empresarios católicos y derechistas era tan inmensa que no intentaron la colaboración con los obreros ni siquiera por elemental sentido defensivo. Por parte de la Falange no abundaban tampoco las ideas claras en este aspecto, pero al menos cabía esperar de sus jefes algún atisbo ocasional que condujese a una primera victoria táctica. Nada de eso surgió y la Falange perdió su gran ocasión de convertirse en un partido de base proletaria comparable a los fascismos extranjeros.

Mayores éxitos cosecharon los falangistas en la ampliación de sus militantes de las zonas rurales. En 1935 Primo de Rivera continuó sus misiones políticas por los pueblos, que tanto interés habían despertado desde 1934. Un estudiante de Medicina, Emilio Serrano Arredondo, organiza un mitin falangista en el corazón de la Mancha de San Juan, en la plaza de toros de Madridejos: algunos viejos asistentes repiten hoy los detalles del acto y el organizador pagó con la vida en 1936 su llamada a José Antonio. La siembra falangista quedó echada en muchos pueblos españoles y el cinturón azul de Valladolid era ya a fines de 1935 una fuerza —una fuerza más

campesina que sindical— en torno a la capital castellana. Las consecuencias se palparían no solamente en la Guerra Civil, sino durante un tiempo mucho más prolongado.

La Falange, pues, que no consiguió nunca un mordiente eficaz para el proletariado, encontraba mayores facilidades entre las clases campesinas, medias y la pequeña burguesía urbana. Con exageración, pero no sin base, se la ha motejado de movimiento de oficinistas y dependientes. Precisamente en 1935 José Antonio Primo de Rivera se opuso a la creación de unos grandes almacenes en Madrid —SEPU, de capital judío según se decía— por la amenaza que suponían contra el pequeño comercio. Durante todo 1935, Falange progresó bien poco entre los medios obreros.

En *Arriba* de 18 de julio de 1961, se dice que Miguel Primo de Rivera vio el nombre de Ángel Pestaña en los archivos de la Falange «para prestar la más consciente colaboración». Muchos falangistas insisten hoy en los contactos entre Primo de Rivera y Prieto, pero el líder socialista ha dicho con toda claridad que la única vez que cruzó la palabra con José Antonio fue el 3 de julio de 1934, en la famosa escena de las Cortes con motivo de los suplicatorios. La vorágine del Frente Popular frustró todo acercamiento real de Falange a la izquierda, que dada la dinámica del movimiento fascista no resultaba nada improbable de haberse planteado en tiempos menos convulsos e intransigentes.

La Falange era el único grupo político español no de izquierdas que enjuició la figura y la actuación de Azaña con criterios políticos, no simplemente con odio ciego. Primo de Rivera captó perfectamente la involuntaria glorificación de Azaña por medio de la desalentada propaganda derechista después de Octubre. Su posición ante las responsabilidades de Azaña es enormemente sincera y políticamente más noble que los leguleyismos de los gilroblistas. El 13 de junio de 1935 se formula la primera de las predicciones de Primo de Rivera acerca del triunfo de las izquierdas. Pero ya el 28 de marzo, en el número 3 de *Arriba*, predice José Antonio la resurrección política de Manuel Azaña.

El 31 de octubre del mismo año el vaticinio se precisa todavía más y no comprende solamente el triunfo de Azaña, sino su arrollamiento posterior por las fuerzas que ha desencadenado el conjuro de su nombre. Desilusionado por completo de la colaboración monárquica y de sus posibilidades inmediatas de penetración en el movimiento obrero, esta última ilusión, sin embargo, la mantuvo Primo de Rivera cada vez con esperanza real más remota hasta el día de su muerte.

A mediados de 1935, José Antonio rompe pública y definitivamente con sus amarras monárquicas y decide acercarse directamente a la única fuerza que puede ayudarle a sobrevivir tras el estallido revolucionario, cada vez, en su opinión, más inminente: el Ejército. Este doble movimiento, negativo y positivo, tiene su expresión más clara en dos actos relativamente próximos entre sí del año 1935: el mitin del cine Madrid y la reunión de la Junta Política en el Parador de Gredos.

El mitin del cine Madrid es el más célebre e importante de todos los actos de la historia de la Falange, sin exceptuar los de los teatros de la Comedia y Calderón de Valladolid. Era el 19 de mayo de 1935 cuando casi nadie —ni los propios falangistas — esperaban que casi doce mil afiliados y simpatizantes abarrotasen el enorme frontón de la plaza madrileña del Carmen convertido a duras penas en cinematógrafo. No bastó la sala y hubo que improvisar altavoces por pasillos y rinconeras.

El discurso de Julio Ruiz de Alda, menos premioso por más ensayado, caldeó el auditorio, lo cual, dicho sea en honor a la verdad, no resultaba nada difícil. Hay que buscar la unidad de España —dijo— en la proyección exterior (ninguna alusión a imperialismos trasnochados). Los testigos recuerdan aún la enorme ovación que suscitó la valiente evocación gibraltareña:

«Desde que España admitió esa puñalada en el corazón, esa puñalada que tenemos que recordar todos los días todos los españoles, que es el hecho de ser Gibraltar inglés *(aplausos y vivas a España),* desde ese momento España está languideciendo».

Explica Ruiz de Alda la existencia de varias internacionales y comenta certeramente el significado del 6 de Octubre.

Onésimo Redondo, en su intervención, habla, naturalmente, del campo y de Castilla. Pero lo mismo que el día de la Comedia, los comentarios y los recuerdos son también para José Antonio Primo de Rivera, que alcanza en el discurso del cine Madrid su cumbre oratoria.

Por lo pronto, subraya su apartamiento definitivo de la nostalgia monárquica. En los 27 puntos se había omitido toda alusión a las formas de gobierno, para evitar la ruptura abierta con los proveedores de la Falange; pero a estas alturas, consumada la doble escisión, las relaciones con los monárquicos se habían deteriorado y José

Antonio fija lapidariamente la posición antimonárquica de la Falange en dos momentos esenciales del discurso:

«El 14 de abril de 1931 —hay que reconocerlo, en verdad— no fue derribada la monarquía española. La monarquía española había sido el instrumento histórico de ejecución de uno de los más grandes sentidos universales. Había fundado y sostenido un imperio, y lo había fundado y sostenido, cabalmente, por lo que constituía su fundamental virtud: por representar la unidad de mando. Sin la unidad de mando no se va a parte alguna. Pero la monarquía dejó de ser unidad de mando hacía bastante tiempo: en Felipe III, el rey ya no mandaba; el rey seguía siendo el signo aparente, mas el ejercicio del poder decayó en manos de validos, en manos de ministros: de Lerma, de Olivares, de Aranda, de Godoy. Cuando llega Carlos IV, la monarquía ya no es más que un simulacro sin sustancia.

»La monarquía, que empezó en los campamentos, se ha recluido en las Cortes; el pueblo español es implacablemente realista; el pueblo español, que exige a sus santos patronos que le traigan lluvia cuando hace falta, y si no se la traen los vuelve de espaldas en el altar; el pueblo español, repito, no entendía este simulacro de la monarquía sin poder; por eso el 14 de abril de 1931 aquel simulacro cayó de su sitio sin que entrase en lucha siquiera un piquete de alabarderos.

»Pero ¿qué advino entonces? Pocas veces habrá habido un instante más propicio para iniciar, concluido uno, un nuevo y gran capítulo de la historia patria. Cabalmente, aquel sentido incruento del 14 de abril, aquello de que se hubiera desprendido una institución sin sangre y sin daño, casi sin duelo, colocaba de cara a una ancha llanura histórica donde galopar. No había que sustanciar resentimientos, no había que ejecutar justicias, no había apenas que enjugar lágrimas. Se abría por delante una clara esperanza para todo un pueblo; vosotros recordáis la alegría del 14 de abril, y seguramente muchos de vosotros tomasteis parte en aquella alegría. Como todas las alegrías populares, era imprecisa, no percibía su propia explicación; pero tenía debajo, como todos los movimientos populares, muy exactas y muy hondas precisiones. La alegría del 14 de abril, una vez más, era el reencuentro del pueblo español con la vieja nostalgia de su revolución pendiente. El pueblo español necesita su revolución y creyó que la había conseguido el 14 de abril de 1931; creyó que la había conseguido porque le pareció que esa fecha le prometía sus dos grandes cosas largamente anheladas: primero, la devolución de un espíritu nacional colectivo; después, la implantación de una base material, humana, de convivencia entre los españoles».[24]

«Fijaos —seguía— en que ante el problema de la monarquía, nosotros no podemos dejamos arrastrar un instante ni por la nostalgia ni por el rencor. Nosotros tenemos que colocarnos ante ese problema de la monarquía con el rigor implacable de quienes asisten a un espectáculo decisivo en el curso de los días que componen la Historia. Nosotros únicamente tenemos que considerar esto: ¿Cayó la monarquía española, la antigua, la gloriosa monarquía española, porque había concluido su ciclo,

porque había terminado su misión, o ha sido arrojada la monarquía española cuando aún conservaba su fecundidad para el futuro? Esto es lo que nosotros tenemos que pensar, y sólo así entendemos que puede resolverse el problema de la monarquía de una manera inteligente.

»Pues bien: nosotros —ya me habéis oído desde el principio—, nosotros entendemos, sin sombra de irreverencia, sin sombra de rencor, sin sombra de antipatía, muchos incluso con mil motivos sentimentales de afecto; nosotros entendemos que la monarquía española cumplió su ciclo, se quedó sin sustancia y se desprendió, como cáscara muerta, el 14 de abril de 1931. Nosotros hacemos constar su caída con toda la emoción que merece y tenemos sumo respeto para los partidos monárquicos que, creyéndola aún con capacidad de futuro, lanzan las gentes a su reconquista; pero nosotros, aunque nos pese, aunque se alcen dentro de algunos reservas sentimentales o nostalgias respetables, no podemos lanzar el ímpetu fresco de la juventud que nos sigue para el recobro de una institución que reputamos gloriosamente fenecida».

Esto es, en realidad, casi lo más importante del discurso; sólo la Historia podrá calibrar, con más años aún por delante, toda la fuerza de este terrible golpe joseantoniano contra el sentimiento monárquico de una parte del pueblo español. La fórmula política del orador se muestra ya más coherente cuando evoca la posibilidad de una dictadura comunista en España:

«Y esta dictadura comunista tiene que horrorizarnos a nosotros, europeos occidentales, cristianos, porque ésta sí que es la terrible negación del hombre; esto sí que es la asunción del hombre en una inmensa masa amorfa, donde se pierde la individualidad, donde se diluye la vestidura corpórea de cada alma individual y eterna. Notad bien que por eso somos antimarxistas; que somos antimarxistas porque nos horroriza, como horroriza a todo occidental, a todo cristiano, a todo europeo, patrono o proletario, esto de ser como un animal inferior en un hormiguero. Y nos horroriza porque sabemos algo de ello por el capitalismo; también el capitalismo es internacional y materialista.

»Por eso no queremos ni lo uno ni lo otro; por eso queremos evitar el cumplimiento de las profecías de Carlos Marx. Pero lo queremos resueltamente; no lo queremos como esos partidos antimarxistas que andan por ahí y creen que el cumplimiento inexorable de unas leyes económicas e históricas se atenúa diciendo a los obreros unas buenas palabras y mandándoles unos abriguitos de punto para sus niños.

»Si se tiene la seria voluntad de impedir que lleguen los resultados previstos en el vaticinio marxista, no hay más remedio que desmontar el armatoste cuyo funcionamiento lleva impecablemente a esas consecuencias: desmontar el armatoste capitalista, que conduce a la revolución social, a la dictadura rusa. Desmontarlo, pero ¿para sustituirlo con qué?

»Mañana, pasado, dentro de cien años, nos seguirán diciendo los idiotas: queréis

desmontarlo para sustituirlo por otro Estado absorbente, anulador de la individualidad. Para sacar esta consecuencia, ¿íbamos nosotros a tomar el trabajo de perseguir los últimos efectos del capitalismo y del marxismo hasta la anulación del hombre? Si hemos llegado hasta ahí y si queremos evitar eso, la construcción de un orden nuevo la tenemos que empezar por el hombre, por el individuo, como occidentales, como españoles y como cristianos; tenemos que empezar por el hombre y pasar por sus unidades orgánicas y así subimos del hombre a la familia, y de la familia al municipio y, por otra parte, al sindicato, y culminaremos en el Estado, que será la armonía de todo. De tal manera, en esta concepción político-histórico-moral con que nosotros contemplamos el mundo, tenemos implícita la solución económica; desmontaremos el aparato económico de la propiedad capitalista que absorbe todos los beneficios, para sustituirlo por la propiedad individual, por la propiedad familiar, por la propiedad comunal y por la propiedad sindical».

Con toda lógica, el discurso supone un acercamiento a la izquierda, incluso a los ideales del 14 de abril. «Nosotros amamos a España porque no nos gusta» es otra de las frases célebres del discurso.

El ataque al capitalismo se perfila con mucha mayor claridad que en los puntos programáticos de Falange:

«Los obreros, los empresarios, los técnicos, los organizadores, forman la trama total de la producción, y hay un sistema capitalista que con el crédito caro, que con los privilegios abusivos de accionistas y obligacionistas, se lleva sin trabajar la mayor parte de la producción, y hunde y empobrece por igual a los patronos, a los empresarios, a los organizadores y a los obreros.

»Pensad a lo que ha venido a quedar reducido el hombre europeo por obra del capitalismo. Ya no tiene casa, ya no tiene patrimonio, ya no tiene individualidad, ya no tiene habilidad artesana, ya es un simple número de aglomeraciones. Hay por ahí demagogos de izquierda que hablan contra la propiedad feudal y dicen que los obreros viven como esclavos. Pues bien: nosotros, que no cultivamos ninguna demagogia, podemos decir que la propiedad feudal era mucho mejor que la propiedad capitalista y que los obreros están peor que los esclavos. La propiedad feudal imponía al señor, al tiempo que le daba derechos, una serie de cargas: tenía que atender a la defensa y aun a la manutención de sus súbditos. La propiedad capitalista es fría e implacable: en el mejor de los casos, no cobra la renta; pero se desentiende del destino de los sometidos. Y en cuanto a los esclavos, éstos eran un elemento patrimonial en la fortuna del señor; el señor tenía que cuidar de que el esclavo no se le muriese, porque el esclavo le costaba el dinero, como una máquina, como un caballo, mientras que ahora se muere un obrero y saben los grandes señores de la industria capitalista que tienen cientos de miles de famélicos esperando a la puerta para sustituirle».

Declara a continuación José Antonio que «las previsiones de Marx se vienen cumpliendo más o menos deprisa, pero implacablemente». Define su antimarxismo y

trata de formular su ideal de Estado superador de marxismo y capitalismo. La panacea económica del pueblo español es muy sencilla. Tras esta visión económica, desfasada e ingenua, recoge el orador otra vez la bandera del mitin de la Comedia y entra en un terreno que domina: el de la crítica política. Entabla una durísima crítica contra los hombres del 14 de abril, que no han respondido a la esperanza inicial: enumera «alguna de las definitivas traiciones» de los hombres del bienio. «Los hombres del 14 de abril tienen en la Historia la responsabilidad terrible de haber defraudado otra vez la revolución española». Tras la confirmación del fenecimiento de la monarquía, critica con enorme dureza al «populismo» de Gil Robles.

El final del discurso tendrá en su reproducción el mejor de los comentarios:

«Y hacer esto sería aquí más fácil, porque el capitalismo es en España menos fuerte. Nuestra economía es casi una economía interna; tenemos innumerables cosas que hacer. Con una inteligente reforma agraria, como la que Onésimo Redondo os ha expuesto, y con una reforma crediticia que redimiese a los labradores, a los pequeños industriales, a los pequeños comerciantes, de las garras doradas de la usura bancada, con esas dos cosas, habría tarea para lograr, durante cincuenta años, la felicidad del pueblo español».

«Por eso, camaradas, ni estamos en el grupo de la reacción monárquica, ni estamos en el grupo de la reacción populista. Nosotros, frente a la defraudación del 14 de abril, frente al escamoteo del 14 de abril, no podemos estar en ningún grupo que tenga, más o menos oculto, un propósito reaccionario, un propósito contrarrevolucionario, porque nosotros precisamente alegamos contra el 14 de abril no el que fuese violento, no el que fuese incómodo, sino el que fuese estéril, el que frustrase, una vez más, la revolución pendiente española. Y por eso nosotros, contra todas las injurias, contra todas las deformaciones, lo que hacemos es recoger de en medio de la calle, de entre aquéllos que lo tuvieron y abandonaron y aquéllos que no lo quieren recoger, el sentido, el espíritu revolucionario español que, más tarde o más pronto, por las buenas o por las malas, nos devolverá la comunidad de nuestro destino histórico y la justicia social profunda, que nos está haciendo falta.

»Por eso nuestro régimen, que tendrá de común con todos los regímenes revolucionarios el venir así del descontento, de la protesta, del amor amargo por la patria, será un régimen nacional del todo, sin patrioterías, sin faramallas de decadencia, sino empalmado con la España exacta, difícil y eterna que esconde la vena de la verdadera tradición española; y será social en lo profundo, sin demagogias, porque no harán falta, pero implacablemente anticapitalista, implacablemente anticomunista. Ya veréis cómo rehacemos la dignidad del hombre para sobre ella rehacer la dignidad de todas las instituciones que, juntas, componen la patria.

»Esto es lo que queremos nosotros y ésta es la jornada que hoy de nuevo emprendemos. Esta jornada, camaradas, tiene la virtud de ser difícil; nuestra misión es la más difícil; por eso la hemos elegido y por eso es fecunda. Tenemos en contra a todos: a los revolucionarios del 14 de abril, que se obstinan en deformarnos y nos

seguirán deformando después de estas palabras bastante claras, porque saben que la exigencia de cuentas que representa nuestra comparecencia ante España es la más fuerte acta de acusación levantada contra ellos, y de otra parte a los contrarrevolucionarios, porque esperaron, al principio, que nosotros viniéramos a ser la avanzada de sus intereses en riesgo, y entonces se ofrecían a protegernos y a asistirnos, y hasta a darnos alguna moneda, y ahora se vuelven locos de desesperación al ver que lo que creían la vanguardia se ha convertido en el ejército entero independiente.

»Contra los unos y contra los otros, en la línea constante y verdadera de España, atacados por todos los flancos, sin dinero, sin periódicos (ved la propaganda que se ha hecho de este acto, que congrega a diez mil camaradas nuestros), asediados, deformados por todas partes, nuestra misión es difícil hasta el milagro; pero nosotros creemos en el milagro; nosotros estamos asistiendo a este milagro de España. ¿Cuántos éramos en 1933? Un puñado, y hoy somos muchedumbres en todas partes. Nosotros nos aventuramos a congregar en cuatro días en este local, que es el más grande de Madrid, a todos los que vienen, incluso a pie, de las provincias más lejanas, para ver el espectáculo de nuestras banderas y los nombres de nuestros muertos.

Nosotros hemos elegido, a sabiendas, la vía más dura, y con todas sus dificultades, con todos sus sacrificios, hemos sabido alumbrar —¿qué sé yo si la única?— una de las venas heroicas que aún quedaban bajo la tierra de España. Unas pocas palabras, unos pocos medios exteriores, han bastado para que reclamen el primer puesto en las filas donde se mueren dieciocho camaradas jóvenes, a quienes la vida todo lo prometía. Nosotros, sin medios, con esta pobreza, con estas dificultades, vamos recogiendo cuanto hay de fecundo y de aprovechable en la España nuestra. Y queremos que la dificultad siga hasta el final, y después del final; que la vida nos sea difícil antes del triunfo y después del triunfo. Hace unos días recordaba yo ante una concurrencia pequeña un verso romántico: «No quiero el Paraíso, sino el descanso» —decía— Era un verso romántico, de vuelta a la sensualidad; era una blasfemia, pero una blasfemia montada sobre una antítesis certera; es cierto, el Paraíso no es el descanso. El Paraíso está contra el descanso. En el Paraíso no se puede estar tendido; se está verticalmente, como los ángeles. Pues bien: nosotros que ya hemos llevado al camino del Paraíso las vidas de nuestros mejores, queremos un Paraíso difícil, erecto, implacable; un Paraíso donde no se descanse nunca y que tenga, junto a las jambas de las puertas, ángeles con espadas».

Para el lector que ha tenido la paciencia de seguir nuestra síntesis sobre el desarrollo interno e ideológico del fascismo español, este discurso es una definitiva prueba de madurez política y ante él se comprenden las profundas frustraciones de Ramiro Ledesma. Tras este discurso ya no habrá para Primo de Rivera tiempo para más formulaciones y más teorías. Aquí está su cumbre política, donde se encierran las claves de cualquier interpretación histórica coherente sobre el fascismo español y su fundador.

¿Qué decir sobre el gran discurso del cine Madrid sesenta y dos años después? Hoy, después de la caída de los fascismos y del comunismo, después de las convulsiones de la Segunda Guerra Mundial, poseemos una perspectiva más fácil para simplificar las cosas. Hoy sabemos que no hay término medio entre la libertad y el totalitarismo; y que sólo ha existido libertad en el mundo moderno bajo un régimen de economía de mercado y liberalismo político más o menos humanizado y atemperado con medidas sociales. En 1935 no era así. La propia Iglesia católica buscaba afanosamente una «tercera vía entre el capitalismo y el marxismo y observaba con interés las posibilidades del fascismo y el corporativismo —la democracia orgánica— como portadores de esa tercera vía. La Iglesia católica no aceptó formalmente la democracia liberal hasta fines de 1944.

La crítica de José Antonio en 1935 contra el comunismo deshumanizador es exacta y certera. Su crítica al capitalismo es muy insuficiente; desconocía las posibilidades sociales del capitalismo. No hace crítica alguna al totalitarismo fascista, que en el fondo es antihumano y deshumanizador porque predica el sometimiento totalitario del hombre al Estado. La crítica de José Antonio a la insuficiencia social del 14 de abril de 1931 manifestada en la política del primer bienio coincide con la desilusión de los anarcosindicalistas y parece muy razonable. La descalificación de los monárquicos reaccionarios es justa. El enfrentamiento total con los hombres de la CEDA responde a una actitud de enfrentamiento partidista, no a una posición seria de análisis político.

Ante el durísimo ataque a la monarquía que aparece por vez primera en este discurso, casi tiendo a inclinarme ahora en favor de la tesis de Ansaldo; Falange había concertado el convenio económico con Renovación pero por los motivos que sean ese convenio no surtió efectos, aunque Sáinz Rodríguez afirme que sí. Es un problema histórico que considero pendiente; pero desde luego el enfrentamiento de José Antonio con los monárquicos era, desde este discurso, total y con pocas vías de solución.

Es decir, que José Antonio, a mediados de 1935, ya no veía más que la Guerra Civil como salida, con la Falange como inspiradora del Ejército. Lo vamos a comprobar inmediatamente.

José Antonio ordena la preparación para la Guerra Civil el 15 de junio de 1935

El segundo de los grandes acontecimientos falangistas de 1935 es la reunión clandestina y subversiva de la s Junta Política en el Parador de Gredos.

Por la tarde del 15 de junio de 1935, van llegando al £ incomparable refugio de Hoyos del Espino, cuyo emplazamiento había sido elegido personalmente por el rey Alfonso XIII, los jefes territoriales Luna, Dávila, Hedilla, Bassas, Suevos y Panizo; los vocales de la Junta Política Sánchez Mazas, Fernández Cuesta, Redondo (Onésimo), Alfaro, Salazar, Mateo; los consejeros Aizpurúa, Aguilar, Bravo, Sáinz y el conde de Montarco. Además del jefe nacional y el presidente de la Junta Política, Julio Ruiz de Alda, concurrieron los escuadristas Gil Ramírez y Enrique Sáinz, encargados de la custodia.

Tras un primer cambio de impresiones, los reunidos se dirigían al acogedor refectorio del refugio; José

Antonio comentaba con todos su «hambre de lobo» cuando, al entrar en la pieza, queda petrificado un segundo al observar en una de las mesas a su ex novia, Pilar Luna, que iniciaba esa tarde su viaje de novios con Mariano Urzaiz. Nada prueba mejor el fantástico dominio de José Antonio que su saludo a la pareja, tras el cual volvió con sus compañeros. Una amiga de Pilar, perteneciente a mi familia, comenta, tantos años después, con desenfoque tan gracioso como profundo: «En ese momento José Antonio se hizo socialista».

El «hambre de lobo» de José Antonio se evaporó y pasó la noche entre los pinos enlunados, disparando a las águilas con su pistola. A la mañana siguiente, reconfortado y sereno, preside la larga reunión de la Junta Política, cuyo resumen se nos ha dado, como sin concederle importancia, en una reciente edición de las *Obras* de José Antonio (1964), y tiene tal trascendencia que merece la transcripción íntegra:

«España va irremediablemente hacia la dictadura de Largo Caballero, que será peor que la de Stalin, pues éste quiere hacer un Estado marxista y el otro ignora lo que quiere. Seremos pasto de la horda rusa, que nos arrollará, y no tenemos más remedio que ir a la Guerra Civil. Hoy no hay más fuerza nueva y sana que nosotros y los carlistas, y nos hace falta el apoyo material, que tenemos que buscarlo en el Ejército, al que hay que sumar a nuestro Movimiento. Sería conveniente la formación de un Frente Nacional para evitar que las elecciones las ganen las izquierdas, que tienen todas las posibilidades de triunfo. Pero con todo, como la Revolución de Octubre no tuvo desenlace, éste tendrá que producirse». Tras esta premonición asombrosa, José Antonio habló como media hora, trazando un bosquejo, certero y pesimista, de la situación de España. Las Cortes, incapaces y gárrulas, eran

impotentes para hacer frente a los problemas del país. La liquidación del Octubre rojo se consumaría con toda vileza. Y, a la par, crecía la marejada izquierdista; en los medios proletarios se abría camino la idea del Frente Popular.

«Haríamos concentrar en un punto próximo a la frontera portuguesa unos miles de nuestros hombres de primera línea. Allí serían armados. Allí aparecería a su frente un general, del que se nos ocultó el nombre. Y nos lanzaríamos a la lucha, planteando un hecho consumado a los patriotas de corazón que no tuvieran borracho el sentido del honor y de la vergüenza, bien por contacto con los grupos políticos exentos de quijotismo y de virtud heroica, o por la contaminación con las ideas antinacionales.

»No tenemos más salida que la insurrección. Hay que ir a ella, aun cuando perezcamos todos. Y mientras llega, vamos a montar una Primera Línea capaz de todos los ataques y de todas las represalias que se nos impongan. Tenemos demasiados camaradas valientes con nosotros. Incluso me tiene intranquilo la propensión aventurera y arriscado de docenas y docenas de «camisas azules» que gustan del riesgo más de la cuenta. Si no los disciplinamos, no sólo van a dar disgustos a los marxistas. Pero con todo su ardimiento y sus defectos, ¡son tan admirables!… No iremos a un complot si no es para una cosa seria y revolucionaria y en la seguridad de que nuestra política, caso de triunfar, y nuestra apetencia revolucionaria sean las que prevalezcan. En todo caso habremos de ir sin perder control de nuestras fuerzas, sin que se desdibujen nuestros cuadros. Mientras no se nos den las garantías más terminantes, no haremos nada. Y ya verán cómo, al triunfar las izquierdas, acuden a nosotros esos mismos que ahora nos desdeñan porque tenemos pocos votos.

»Las izquierdas acentuarán su sectarismo y su barbarie. Los republicanos se verán pronto desbordados por socialistas, comunistas y anarquistas. España irá hacia la revolución y el caos a velas desplegadas. Ya verán cómo el peligro nos fortalece. Fracasará de una vez y para siempre el ensayo populista. Las masas agrarias se vendrán con nosotros. Y la clase media y una minoría obrera. La misma necesidad nos hará perfeccionar nuestros cuadros. Todo depende de que conservemos la disciplina y de que no haya confusionismos peligrosos. Tengan en cuenta que únicamente las minorías son las que hacen la Historia y las revoluciones. Entre los militares cada día tenemos más ambiente. En África hay ya una organización clandestina magnífica, que está en muy buenas manos. Sin nosotros, nadie podrá hacer nada práctico.

»No podemos esperar a que las cosas se pongan a nuestro gusto. Si hay que caer, no olviden que será por España. ¿Es que no han caído nuestros mejores? Lo que hizo Matías Montero ¿no debo hacerlo yo, que era su jefe? ¿Y Carrión, y Pérez Almeida, y todos los demás?».

»Analizó la situación política de España, los derroteros del Gobierno y los nuevos avances de la subversión marxista, quedando acordado que la Falange comparecería en la futura contienda electoral para hacer propaganda y nada más, pero, al mismo

tiempo, se orientaría incesantemente a la proyección y preparación de un Alzamiento armado, considerado ya ineludible.

«Yo os digo que en las próximas elecciones el triunfo será de las izquierdas y que Azaña volverá al poder. Y entonces a nosotros se nos plantearán días tremendos, que habremos de soportar con la máxima entereza. Pero creo que en vez de esperar la persecución con los brazos cruzados debemos ir al Alzamiento contando, a ser posible, con los militares, y si no, nosotros solos. Tengo el ofrecimiento de 10.000 fusiles y un general. Medios no nos faltarán. Nuestro deber es ir, por consiguiente, y con todas las consecuencias, a la Guerra Civil. Se hizo recuento de fuerzas que en determinadas circunstancias actuarían. José Antonio habló de la actitud de ciertos generales. Indicó que el que más simpatía contaba en el país y más confianza inspiraba era Franco. Mencionó por primera vez a Yagüe, a Moscardó, a los activistas afiliados al Movimiento en las plazas africanas. Y se refirió a otros, especialmente a Mola y Goded, con los que ya había hablado en el verano de 1934.

»Acordado el Movimiento armado como única solución, José Antonio afirmó que este acuerdo debía asentarse en una gran propaganda sindical en las bases. «Nos podremos adueñar del poder, pero jamás del pueblo si no hacemos la verdadera revolución».

»Por último, se acordó penetrar en el Ejército por medio de una organización competente y responsable cono era la U. M. E. (Unión Militar Española)».[25]

Conocí personalmente en los años sesenta a Agustín del Río Cisneros y a Enrique Pavón Pereyra, especialistas y publicistas de la obra de José Antonio. Tengo seguridad absoluta en la autenticidad de esa reseña documentada sobre la trascendental reunión de Gredos, en términos que resultan coherentes con las preocupaciones de José Antonio, preso en Alicante en vísperas del Alzamiento y durante el desarrollo de éste. El documento alcanza una importancia máxima teniendo en cuenta su fecha, el mes de junio de 1935, cuando aún faltaba un año para la Guerra Civil. Todas las previsiones —y todos los temores— de José Antonio se cumplieron.

Podrían multiplicarse los comentarios a este tremendo texto, pero no hace falta. «Nuestro deber es ir, por consiguiente, y con todas sus consecuencias, a la Guerra Civil». Es también importante la revelación de las conversaciones previas de Primo de Rivera con Mola y Goded en el verano de 1934. El general cuyo nombre no fue revelado es probablemente Sanjurjo, aunque otros testigos creen que se trataba ya de Mola. La «marcha sobre Madrid» parecía en principio una idea descabellada, sea partiendo de Fuentes de Oñoro o de un punto de Extremadura, pero resultaba un plan caro a José Antonio, quien en visitas a la Falange de Barcelona, según Fontana, esboza de nuevo el plan: las columnas del sur avanzarían por el valle del Tajo; las del norte, hacia la sierra.

La idea era muy arriesgada y bien pronto los consejeros militares de Primo de Rivera la vetaron; el «Plan Toledo», que algún comentarista ha querido conectar con

la reunión de Gredos, sí que suena francamente a anticipación heroica de la gesta del Alcázar; anticipación heroica y totalmente inventada, para aprovechar *a posteriori* el mito —mito real y heroico— de la fortaleza. Para nosotros prueban muy poco históricamente los altos testimonios que se han aducido, muchos años después de los hechos, sobre el caso.

Según Wenceslao González Oliveros, fue el propio general Franco quien vetó el proyecto de Gredos acerca de la marcha sobre Madrid, de acuerdo con el jefe de la UME, comandante Bartolomé Barba. Otra conclusión importante de la reunión de Gredos es la creación del Frente Nacional con vistas a las elecciones que se preveían inevitables; pero la conclusión más importante es la decisión de insurreccionar y la de intensificar en este sentido los contactos con los mandos del Ejército y con la oficialidad joven de África y de la península. En su momento veremos la trascendencia real de estas decisiones en el proceso general de la insurrección contra el Frente Popular.

A la vuelta del verano de 1935 se hace cada vez más patente la recuperación de la izquierda. La actividad de la Falange se oculta: Primo de Rivera se dedica a la profecía política —casi siempre sorprendentemente atinada— y a la continuación de los contactos insurreccionales. El 15 de noviembre de 1935 inicia sus trabajos el segundo Consejo Nacional de FE de las JONS. Es importante reproducir la lista de asistentes y la nueva composición de la Junta Política:

«En 1934, por su condición de jefes de servicio, eran consejeros Emilio Alvargonzález, Emilio Rodríguez Tarduchy, Luis Arredondo, Manuel Valdés Larrañaga y Nicasio Álvarez de Sotomayor. Por las regiones y las provincias: José Sáinz Nothnagel —montañés— pero por su vecindad en Toledo representante de Castilla la Nueva (no fue consejero nunca Emilio Gutierrez); Palma, por Castilla la Vieja; Alfonso Bardají, por Extremadura, donde había fundado la Falange; Rafael Palmí, por Valencia; Vicente Navarro, por Murcia; Roberto Bassas Figa, por Cataluña; Jesús Muro Sevilla, por Aragón; Felipe Sanz Paracuellos, por Valencia; Pedro García de Hoyos, por León; José Cedrón del Valle, fundador asimismo, por Galicia; Antonio Nicoláu, por Baleares; Francisco Guerrero, por Canarias, y Laureano Salamanqués, por Marruecos.

El triunvirato ejecutivo designaría, más adelante, a los consejeros nacionales por Navarra y Asturias. La Junta de Mando designó a los siguientes consejeros: Luis Gutiérrez Santa Marina, montañés, avecindado en Barcelona; Francisco Rodríguez Acosta; José Manuel Aizpurua y Azqueta; Francisco Bravo; Javier Martínez de Bedoya, afectado en enero de 1935 por la exclusión de varios jonsistas; Manuel Yllera, montañés; Ernesto Giménez Caballero, también fuera de la disciplina falangista desde 1935; José María Alfaro Polanco, Juan Aparicio López, excluido con un grupo jonsista rebelde; Manuel Groizard, al que José Antonio separó de la Falange por cuestiones disciplinarias; José Miguel Guitarte; Eduardo Ezquer, José Antonio Martín, Jesús López Suevos, Aniceto Ruiz Castillejo, José María de Areilza, Vicente

Gaceo y Luis Aguilar.

Algunos de los mencionados no asistieron a las reuniones de octubre de 1934. En noviembre de 1935 los consejeros nacionales elegidos por las JONS fueron:

Onésimo Redondo, Julio Ruiz de Alda, Jesús Muro Sevilla, Roberto Bassas Figa, Daniel Buhigas, Leopoldo Panizo, Salvador Blasco, Augusto Barrado, José Andino, José Sáinz Nothnagel, Martín Ruiz Arenado y Domingo Lozano.

Por el jefe nacional fueron designados: Manuel Hedi11a, Rafael Sánchez Mazas, Vicente Navarro, José Moreno, Celso García Tuñón, Jesús López Suevos, Luis Gutiérrez Santa Marina, Francisco Rodríguez Acosta, Francisco Bravo, Manuel Yllera, José María Alfaro, José Miguel Guitarte, Vicente Gaceo, Luis Aguilar, Alejandro Allánegui, Andrés de la Cuerda, Fernando Meleiro, Narciso Martínez Cabezas, Agustín Aznar Gerner, Ricardo Nieto, Federico Servet, José Luna Meléndez, Juan Francisco Yela, Enrique Esteve, Sancho Dávila Fernández, Miguel Merino Ezquerro, Rogelio Vignote, José Maciá, Luis Batlles y Eduardo Ezquer; éste fue separado de la Falange a primeros de 1936 por disposición de José Antonio. Agustín Aznar Gerner, que actuó como jefe nacional de Milicias testimonia: «Puedo asegurar que José Antonio estaba descontento de Eduardo Ezquer meses antes de que decidiera separarle de la Falange.

»El estilo de activista de Ezquer no era, ciertamente, falangista. Tuvo desplantes y actitudes incompatibles con nosotros. Se pasó a las filas monárquicas —las del Bloque Nacional— dando su nombre para las elecciones del 16 de febrero de 1936. Pretendió utilizar su condición de falangista al servicio de intereses que no eran los nuestros». José Antonio le excluyó. Lo que se dice acerca de un desplante de Ezquer, detenido por ser agente monárquico, en la cárcel Modelo de Madrid, ante José Antonio, lo desconozco. Dudo de que se produjera… Lo que sé es que subsistió la exclusión.

»Ya empezada la guerra, Ezquer acudió a Salamanca para pedirnos, a los mandos, que le permitiésemos militar en la Falange. Lo suplicó una y otra vez, pero no lo consiguió».

»Al Consejo de noviembre de 1935 dejaron de asistir Martín Ruiz Arenado, Domingo Lozano, Vicente Navarro, Jesús López Suevos, Luis Gutiérrez Santa Marina, Francisco Rodríguez Acosta, Manuel Yllera, Ricardo Nieto, Juan Francisco Yela y Miguel Merino.

»Como secretario general y jefes de servicios, pertenecían al Consejo Raimundo Fernández Cuesta, Manuel Valdés Larrañaga, Manuel Mateo, Emilio Alvargonzález, José Manuel Aizpurua, Alejandro Salazar, Augusto Barrado y Gregorio Sánchez Puertas.

«Estatuariamente, el Consejo Nacional debía cesar en el mes de noviembre de 1936, al igual que la Junta Política».[26]

Manuel Hedilla, consejero nacional por designación de Primo de Rivera, era uno de los ponentes en el estudio sobre el paro. El 17 de noviembre de 1935 se celebra la

sesión pública de clausura del Segundo Consejo en el cine Madrid: es el segundo gran acto falangista en ese local que, el 19 de mayo, había enmarcado el apogeo del movimiento. En el discurso de José Antonio, con motivo de la clausura del Consejo, se alude a la decadencia del Parlamento: «Aquello se cae a pedazos, se muere de tristeza, todo es aire de pantano insalubre, todo es barrunto de una muerte próxima y sin gloria». Se vaticina la «próxima lucha»:

«En esta hora solemne me atrevo a formular un vaticinio: la próxima lucha, que acaso no sea electoral, que acaso sea más dramática que las luchas electorales, no se planteará alrededor de los valores caducados que se llaman derecha e izquierda; se planteará entre el frente asiático, torvo, amenazador, de la revolución rusa en su traducción española, y el frente nacional de la generación nuestra en línea de combate». Se proclama el «frente nacional» esbozado en la reunión de Gredos. El orador ha madurado bastante sus ideas sobre el desmontaje de los «tres capitalismos». El capitalismo rural tiene un vicio de origen: el absentismo. Contra él, la abolición de la renta. El capitalismo financiero ha de frenarse con la nacionalización del crédito (nada de la modesta «tendencia» de los puntos programáticos). El capitalismo industrial debe permanecer vigente por el momento, dada la debilidad de la industria española.

Cada vez importaban menos las expresiones ideológicas: a las juventudes de 1935 se les arrastraba solamente con actitudes decididas. En noviembre de 1935 se empezaba ya a sentir el fuerte incremento de las filas falangistas repletas de tránsfugas de toda la derecha e incluso de los radicales, a quienes Primo de Rivera llama «de izquierda»:

A fines de noviembre, y por la colaboración poética de Foxá, de Alfaro, de Bolarque, de Miquelarena y del propio José Antonio sobre una música del maestro guipuzcoano Agustín Tellería, surge el bello himno falangista: «Cara al sol, con la camisa nueva que tú bordaste en rojo ayer…», cuya estrofa final cantaba:

> «Volverá a reír la primavera
> que por cielo, tierra y mar se espera.
> Arriba escuadras a vencer
> que en España empieza a amanecer».

A primeros de diciembre de 1935 José Antonio ve acercarse el fin. En el número 22 de *Arriba* —5 de diciembre— cree que ese fin es una revolución comunista: «Os espera muy pronto una nueva revolución comunista». En esta frase demuestra que se ha dejado impresionar en demasía por la propaganda comunista tras Octubre, y durante el año de 1936 tendrá ocasión de rectificar. Las intervenciones del jefe de la Falange en los días 5 y 7 de diciembre en su periódico y en las Cortes sobre el asunto Nombela acreditan su visión política y su excepcional formación jurídica. En este mismo mes de diciembre tiene lugar un contacto deseado por ambas partes: la

entrevista de Primo de Rivera con el doctor Marañón, cuyo hijo Gregorio pertenecía ya a la Falange. En las navidades se celebra el Segundo Consejo Nacional del SEU bajo la presidencia de Alejandro Salazar y la vicepresidencia de Juan Manuel Fanjul Sedeño. El 22 de diciembre, y en un discurso en Sevilla, Julio Ruiz de Alda, el inventor de la camisa azul y del nombre de la Falange, lanza un nuevo símbolo que pronto adquirirá insospechadas resonancias: «Estamos organizando —dice— una Cruzada Nacional».

A la hora de enfrentarse con la crisis definitiva de 1936, ¿cuál era exactamente la importancia de los efectivos humanos de Falange Española de las JONS? Las estimaciones varían bastante. Según Manuel Hedilla, los efectivos de la «Primera Línea» de Santander —así se denominaban, después de Gredos, las antiguas milicias, cuyo jefe nacional era, desde la época del Segundo Consejo, Agustín Aznar— ascendían a un millar de hombres. La Falange de Sevilla, que en febrero de 1934 contaba con 150 afiliados, subió a 1.500 en abril, tras el nombramiento de Sancho Dávila como jefe territorial. Pero pronto bajan otra vez a 200-250 y durante el bienio negro, con estudiantes incluidos, apenas rebasan los 500, siempre según Sancho Dávila. Según Payne, en noviembre de 1934 Falange contaba con 5.000 afiliados en toda España y para febrero de 1936, el mismo autor, que ha valorado cuidadosamente todas las fuentes estadísticas, piensa que la primera línea contaba con unos 10.000 miembros, «completada con una cifra igual o superior de miembros del SEU, menores de edad». «Cualquiera que fuese el sistema de recuento empleado —continúa Payne— la cifra total de seguidores del partido no sería superior a los 25.000». La distribución de los militantes madrileños en febrero de 1936 puede considerarse como típica:

«Obreros y empleados, 431; oficinistas, 315; obreros especializados, 114; profesiones liberales, 106; mujeres, 63; estudiantes, 38; pequeños comerciantes, 19; oficiales del Ejército y aviadores, 17».[27]

Las cifras de Payne parecen aceptables en principio. El jefe nacional dio la cifra de 80.000 afiliados para febrero de 1936, pero la apreciación parece exagerada, quizá con fines propagandísticos. La Falange —anota Payne— «seguía siendo la más reducida y débil de todas las fuerzas independientes de la política española». El movimiento tenía, por supuesto, una mayoría juvenil, con todo lo que esa palabra encierra de esperanza y de irresponsabilidad. A pesar de que contaba con órganos jerárquicos y estructurales —el Consejo Nacional, la Junta Política que era como la comisión permanente de ese Consejo, la Secretaría General a cargo de Raimundo Fernández Cuesta—, la Falange era en elevadísimo porcentaje José Antonio Primo de Rivera.

Como estamos viendo, el propio jefe nacional se hallaba todavía en plena transformación y en plena evolución táctica: por eso resulta aventurado e injusto tratar de aprisionar en fórmulas escolásticas la esencia de la Falange, tal como la dejó José Antonio al desaparecer de la escena política en la cárcel del Frente Popular, en

marzo de 1936. Recientes e interesados comentaristas adversos pretenden liquidar así, escolásticamente, a la Falange de José Antonio, tras demostrar que su fuerza inicial ha quedado desvirtuada por la impurificación reaccionaria. Según ellos, la antigua Falange está definitivamente muerta y no tiene la menor posibilidad de resurrección.

Éste es un libro de Historia y no un tratado de profecía política, pero dentro de su ámbito parece claro que la Falange de José Antonio, con sólo tres años de difícil y crítico desarrollo embrionario, es el movimiento más malogrado de todos los movimientos políticos españoles. Tal vez en ese carácter de malogrado resida la nostalgia de la Falange, que todavía hoy alienta en muchos españoles. Tal vez el malogramiento encierre una posibilidad de resurrección o de reencarnación. Pero lo que ya se ha expuesto en este libro parece evidenciar que al menos la nostalgia de la naciente planta desflorada adquiere una honda justificación histórica dentro de la crisis española del siglo xx.

En la Guerra Civil, como veremos más adelante en estos Episodios, el general Franco tomó el nombre y la herencia de la Falange para crear su movimiento político unificado, F.E.T. y de las JONS. Aquello tenía poco que ver con la Falange de José Antonio Primo de Rivera. Desde principios de 1936 hasta el 18 de julio decenas de miles de españoles se acercaron a la Falange de José Antonio y siguieron adheridos a ella cuando el Frente Popular, en marzo de ese año, encarceló injusta e ilegalmente a José Antonio y a toda su plana mayor, a quienes atribuía el máximo peligro. La Falange siguió funcionando clandestinamente en la zona republicana y sus centros de la zona nacional recibieron un auténtico aluvión de nuevas adhesiones que seguramente rebasaron el millón de afiliados. Ésta es la fuerza desordenada, pero auténtica, de la que el general Franco se apoderó para su proyecto de unificación en abril de 1937. Pero aquella Falange de la Guerra Civil, privada de José Antonio, que no había dejado un sucesor capaz de continuar su obra, se convirtió en otra cosa.

Sin embargo, la capacidad evocadora y nostálgica de la Falange se conservó misteriosamente hasta el punto de que, con la llegada de la democracia y la autorización para que se crearan de nuevo los partidos políticos, no sólo resucitó Falange Española de las JONS sino varios partidos con el nombre de Falange y los calificativos de «auténtica», etcétera. Ninguno de ellos ha alcanzado el menor éxito en las urnas ni entre todos han conseguido, pese a haberlo intentado, la unidad. La figura de José Antonio Primo de Rivera conserva, pese a ello, un nota de interés y atractivo histórico y, pese a estimables intentos biográficos, creo que aún no se ha escrito el gran estudio que está pendiente del fundador de Falange en la cárcel de Alicante, su comprensión humana y su estupendo estilo literario que se mantiene joven y vivo, así como lo certero de sus análisis políticos, que tienen seguramente bastante que ver con la pervivencia de su recuerdo entre muchos españoles.

Orígenes y lanzamiento del comunismo español

Terminado nuestro análisis sobre la evolución de Falange Española y su situación de efectivos en vísperas de la Guerra Civil, es necesario que presentemos esquemáticamente la evolución y la situación, en las mismas circunstancias, de los movimientos comunistas españoles, sobre cuya historia real se ha acumulado, por amigos y enemigos, una copiosa carga mitológica.

Ya hemos sugerido que la historia del comunismo español —más exactamente, del Partido Comunista de España— comienza precisamente en el aprovechamiento de la marea propagandística que brotó del estallido asturiano. Entre 1919 y 1934 el comunismo español no tiene historia, sino anécdota; pero como en medio de esa anécdota surgen ya una serie de caracteres importantes para la verdadera historia del movimiento, el lector nos perdonará si los ponemos de manifiesto desde ahora.

Entre 1919 y 1934 el comunismo no tiene historia en España porque carece de la menor influencia como partido de masa o como minoría políticosocial interesante; los historiadores de la derecha dedican a veces capítulos enteros a este período oscuro y lamentable del comunismo español, sin otra finalidad aparente que la de cebarse en sus desgracias. Cualquier otro motivo equivale a hacerse eco de la propia propaganda comunista, amargamente resentida de su desatinado papel durante casi veinte años, y emperrada, con el inocente apoyo de los historiadores derechistas, en convertir la historia en una especie de «cuento del coco» retrospectivo; la imagen es desenfadada, pero su inventor es nada menos que José Antonio Primo de Rivera.

Desde la fundación más o menos precaria y disidente de los grupos comunistas españoles, la historia de esos grupos es un catálogo de miserias y de servilismos; por una parte, se esmeran en interpretar abyectamente las consignas (por cierto nada luminosas) de su amos soviéticos y, por otra, tratan de aprovechar las experiencias, siempre más interesantes, de sus competidores españoles. El papel que desempeña el comunismo español hasta 1934, siempre a remolque de los amos de fuera y los émulos de dentro, es lastimoso y explica tantas disidencias y tantas deserciones. La absoluta adecuación de los comunistas hispanos (ibéricos, como solían ellos decir en un alarde de geografía) a las consignas estalinianas, está magistralmente reflejada por uno de sus tránsfugas, Enrique Matorras:

«En suma, la Internacional procura por todos los medios tener en cada país un equipo de hombres pagados, a su completo servicio, que sean los encargados de mantener un estado de agitación según las necesidades y conveniencias de una potencia extranjera, a cuyo servicio se halla la Tercera Internacional, a las conveniencias y necesidades de la política exterior de la URSS y su Gobierno».[28] Por revelar la verdad tan sinceramente Matorras fue asesinado por sus antiguos

compañeros durante la Guerra Civil.

Otro tránsfuga aún más importante, Joaquín Maurín, es todavía más contundente:

«Los comunistas que siguen las orientaciones de Moscú carecen de la facultad de pensar. Se piensa oficialmente arriba y hay que seguir al pie de la letra, sin chistar, los acuerdos elaborados a tres mil kilómetros de distancia por especialistas, técnicos de la política internacional, especie de Santo Sínodo de una nueva Iglesia».[29]

En vista de que en la dura realidad no se conseguía nada con que aplacar a los funcionarios de la Comintern, empeñados en exigir resultados concretos, los pobres comunistas españoles aprendieron a la fuerza lo que habría de convertirse, gracias a la estupidez de sus competidores y de sus contrarios, gracias, sobre todo, a la bajísima cota cultural y crítica de las masas españolas, en la principal palanca de sus éxitos: la atribución en exclusiva de los hechos y los resultados ajenos. Es increíble, por ejemplo, que una resolución del pleno del Comité Central del partido, celebrado del 21 al 26 de enero de 1932, se atribuya a los comunistas nada menos que la iniciativa en el *putsch* anarquista del Llobregat. Los periódicos de la derecha encontraban cómodo trasponer a España los miedos que había dejado en el aire la revolución rusa y se acostumbraron a ver comunistas en todas las algaradas nacionales. El auge propagandístico, y en definitiva real, del comunismo español se debe tanto a su sorprendente y falsa propaganda como a la credulidad cobarde y a la proclividad demonológica de la derecha española y, en particular, de la Iglesia.

Los bolcheviques triunfantes en Rusia trataron de aprovechar, con buen acuerdo, la ardorosa inclinación al comunismo que surgió en las organizaciones proletarias españolas durante el año 1919. Ya vimos, sin embargo, cómo los entusiasmos iniciales, debidos al alejamiento geográfico y a la escasa información de los confiados revolucionarios españoles, se enfrían muy pronto y de los congresos, pensados tal vez para la adhesión, la recién fundada Tercera Internacional no pudo recoger más que la escoria de los grandes movimientos hispanos en medio de escisiones y confusionismos transmigrantes.

El primer brote comunista se forma en el Congreso socialista de diciembre de 1919, alrededor de Mariano García Cortés, abogado y miembro de la Ejecutiva del PSOE, quien, según parece, era fiel instrumento del conde de Romanones. García Cortés había iniciado sus actividades comunistas el año anterior, sin romper formalmente con el socialismo; su grupo funda *Nuestra Palabra,* cuyo primer número aparece el 6 de agosto de 1918. A finales del mismo año, Antonio Fabra Ribas funda en Madrid el semanario comunista *La Internacional,* dirigido más tarde por otro burgués socialista, Núñez de Arenas, creador del Comité pro Tercera Internacional. Víctor Serge, el primer hombre del nuevo Moscú en España, había marchado a Rusia tras el triunfo definitivo de la Revolución de Octubre de 1917; a fines de 1919, coincidiendo sospechosamente con los congresos socialista y anarcosindicalista para tratar de la adhesión, llega a Madrid el primero de una larga serie de emisarios soviéticos (ya hemos resaltado la táctica de la Comintern, por lo

demás heredada de la Primera Internacional).

Se trataba de Mikhail Borodin, acompañado del intérprete mexicano Manuel Ramírez. Borodin consiguió poner en marcha a un comunismo autónomo respecto de los demás partidos españoles. Pero incomprensiblemente no se relacionó con la CNT, que se acababa de adherir *sub conditione* a la Comintern. Al regresar dejó como emisario rojo a Ramírez, hombre de inconfundible aspecto mestizo y de escasísimos alcances, que terminaría por perder a fuerza de ineptitud la jefatura del PC mexicano en 1924; pero aquí consiguió que la Juventud Socialista de Madrid se apoderase del control de la Federación de Juventudes Socialistas y la convirtió prácticamente, el 15 de abril de 1920, en el Partido Comunista de España. Ramón Merino Gracia, maestro laico de treinta años, fue su primer secretario general. El 1 de mayo aparece el semanario *El Comunista*. Borodin envía cuantiosas mesadas que administran Gregorio Martínez Sierra y el crítico de arte Manuel Abril. La naciente organización cuenta pronto con mil afiliados, pero se estabiliza en esa cifra. Merino Gracia llegó a Moscú durante las sesiones finales del II Congreso de la Internacional Comunista. Habló en plan autoritario a Ángel Pestaña, quien se le rió en las barbas; el maestrillo español se las había dejado a lo Trotsky.

En el congreso socialista de 1919, uno de los más ardientes enemigos de la adhesión fue Óscar Pérez Solís, ex capitán de Artillería, alumno de los jesuitas, inquieto asturiano que estuvo al servicio de Cambó, Romanones, el industrial asturiano Tartiere\1\2 y tras desertar del socialismo al comunismo, cayó por fin en la órbita de la CEDA y se destacó en la defensa de Oviedo durante la Guerra Civil; todo un récord de irisaciones políticas sucesivas, a las que hay que añadir su colaboración con la segunda línea de Falange Española en la represión vallisoletana y su abjuración del comunismo solemnemente publicada por *El Debate* el 25 de mayo de 1928. El camaleónico luchador social (a quien pronto veremos como colaborador de la Dictadura) murió en el Hospital Militar de Valladolid el 2 de octubre de 1951.

Tras el tercer congreso socialista para discutir la adhesión a Moscú (abril de 1921), los derrotados partidarios de la adhesión a Moscú abandonaron el socialismo y, con sede en la Escuela Nueva de la calle madrileña de Los Madrazo, fundaron un segundo partido comunista: el Partido Comunista Obrero, que contaba con cuadros mucho más selectos que el PCE: una buena selección de jóvenes combativos, un grupo de veteranos prestigiosos capitaneados por Antonio García Quejido y Facundo Perezagua y un núcleo de intelectuales y organizadores. Ya lo recordamos al trazar la historia del PSOE en estos Episodios.

En el Tercer Congreso de la Internacional Comunista se presentan dos delegados comunistas españoles independientes: Merino Gracia por el PCE y César Rodríguez por el PCO. La Comintern había establecido desde el primer momento la unicidad de los PC nacionales, y Grigori Zinoviev ordenó la inmediata fusión. Para acelerar los trámites envía a España a un nuevo emisario: Antonio Graziadei, comunista italiano, que consigue inmediatamente el objetivo, y el nuevo partido, que se llamará ya

Partido Comunista de España, va a ser dominado por los preparados miembros del antiguo PCO. Rafael Millá es el primer secretario general del partido unificado. Cuando es detenido, le sustituye Núñez de Arenas. Merino Gracia, despechado, se rinde a las autoridades de la dictadura y desaparece de la escena política. Otro elemento esencial del nuevo comunismo español es el citado Óscar Pérez Solís, autor del manifiesto escisionista en el congreso socialista de 1921.

En el verano de 1923 se celebra el I Congreso del PCE. Se elige secretario general a César Rodríguez González, hijo de la matrona revolucionaria de 1917 Virginia González. El nuevo secretario general volvió al redil materno, que era también el del PSOE. El I Congreso fue realmente dirigido por Jules Humbert Droz, influyente emisario de la Comintern hasta el mismo 1936. Era un ex pastor protestante suizo que tras el 18 de julio se eclipsó por completo ante Palmiro Togliatti.

Llega en el verano de 1923 un nuevo emisario soviético: Dino Tranquilli («Ignazio Silone»), pero entre 1921 y 1923 el PCE no avanza. Su núcleo más fuerte, el de Vizcaya, dirigido entonces por Óscar Pérez Solís, trata de imitar los métodos terroristas del anarquismo y acaba por hundirse.

En la etapa 1923-1930, el PCE malvive con sus quinientos afiliados. La Comintern quería que sus exiguas huestes españolas se dedicasen a la propaganda pro Abd-el-Krim; eso era pedir demasiado a unos españoles por comunistas que fuesen. El partido queda decapitado en 1923 y 1925 por las sucesivas detenciones de su primer activista, Óscar Pérez Solís, que va virando internamente hacia el desencanto y la deserción. Moscú decide que el Comité Central del PCE resida en París; allí se incorpora a sus funciones el nuevo secretario general José Bullejos, antiguo lerrouxista de la época del trueno. Se le adjunta Gabriel León Trilla, hijo de militar, licenciado en Filosofía y Letras, muy influido por Trotsky; semejante afinidad sería tal vez la principal causa de su muerte, juzgado en Madrid por Togliatti durante la Guerra Civil. Julián Gómez, *Gorkin*, es otro de los nuevos reclutas más prometedores del PCE.

Moscú valoraba justamente su fracaso español —motivado por su propia intransigencia— en fundar un PCE fuerte a base de la transformación de los sindicalismos socialista y anarquista; a la vista de ese fracaso tenía plena conciencia de la insignificancia alborotadora de las bandas ortodoxas del PCE, cuyos miembros más capaces y combativos, los grupos del Noreste, amenazaban permanentemente con un deslizamiento hacia el trotskismo y con la escisión, como finalmente realizaron. En vista del ambiente interno, Lenin se desentiende de los poco prometedores comunistas españoles y Stalin les utiliza cínicamente como simples peones de brega en una turbia jugada económica: sus negociaciones petroleras con la Dictadura primorriverista. De hecho, Moscú ordena que el PCE colabore en los proyectos de Asamblea Nacional de Primo de Rivera; pero la insignificancia del grupo era tal que los organizadores de la Asamblea se olvidaron de incluirle. En 1927

se establece el acuerdo petrolífero Madrid-Moscú, de cara a la legislación de José Calvo Sotelo restrictiva de los monopolios. Las multinacionales del petróleo se vengan con el corte de suministros a España y Calvo Sotelo consigue el aprovisionamento en la Unión Soviética.

La Dictadura, en consecuencia, afloja la represión contra los 500 miembros del PCE, a los que va incluyendo en las nóminas de la nueva CAMPSA; el jerarca rojo Óscar Pérez Solís es nombrado inspector del monopolio y en 1928, como ya hemos dicho, abjura públicamente de su ideología. Es el cuarto de los grandes tránsfugas del pequeño PCE; por aquel entonces, Rodríguez González había regresado al PSOE, García Cortés militaba ya francamente en las filas del romanonismo, aunque bajo la disciplina primorriverista; Merino era un dirigente de los Sindicatos Libres de Martínez Anido. Ante el fracaso de los dirigentes del antiguo PCO procedentes de la escisión socialista, la Comintern da una oportunidad a los combativos adheridos de la CNT, que tenían la ventaja de no haber renunciado aún a su carné sindical anarquista, con lo que mantenían el contacto (y la posibilidad de arrastre) con las masas del anarcosindicalismo. Este anhelo de nuevas conexiones se había puesto de manifiesto en 1925, cuando el PCE había organizado el viaje a Moscú nada menos que de Francisco Maciá, el patriarca del separatismo catalán. En 1926 José Bullejos, el secretario general del comunismo español, entra en España y trata de dirigir el escuálido partido desde un escondite vizcaíno.

Gabriel León Trilla, mientras tanto, acude a Moscú para ser aleccionado. La primera noticia importante para este confuso período de transición es la defección en masa del sindicato portuario de la CNT de Sevilla que, con sus dirigentes Manuel Adame y José Díaz, ingresa en el PCE: Sevilla se convierte en el bastión comunista de España. El organizador sevillano Manuel Adame se incorpora al triunvirato rector del PCE con Bullejos y Trilla; otro miembro destacado del Comité Central es Etelvino Vega, experto en *agitprop* militar.

En 1929, siendo secretario del partido Vicente Arroyo, celebran los comunistas españoles un cambio de impresiones en París, al que pomposamente designan sus historias como III Congreso del PCE. El ocasional emisario de la Comintern es otro comunista italiano: Greco. La Federación Comunista Catalano-Balear (el grupo de *La Batalla* de Joaquín Maurin) no es admitida y se escinde francamente del comunismo ortodoxo, con lo que el PCE, a pesar de la inyección sevillana, parece casi aniquilado de nuevo. La Comintern decide hacer un esfuerzo para reanimar a su insignificante sección española, que en 1930 no era otra cosa que una banda de alborotadores con la audacia suficiente para imprimir programas «por un Gobierno obrero y campesino». Es decisivo el testimonio del general Emilio Mola Vidal, director general de Seguridad en ese mismo año, quien declara la inexistencia práctica del comunismo español en vísperas de la República. Parece que los militantes del partido eran por entonces unos ochocientos hombres, desorientados e incultos en su inmensa mayoría. Como dice uno de los disidentes, el comunismo español estaba «ahogado por la

política petrolera de Moscú» (Maurín).

El 29 de enero de 1930, el general Bazán, antecesor de Mola en la Dirección General de Seguridad, le entrega un documentado informe sobre la situación de los movimientos subversivos en España que si, desorientado en el sector republicano, es admirable en lo que se refiere a los movimientos obreros. El informe, recogido en la poco comentada obra del general Berenguer, *De la Dictadura a la República*, no ha sido aprovechado todo lo que merece (lo mismo que el libro) por los historiadores. Según el informe Bazán, estaban afiliados al Partido Socialista «la universalidad del obrero de Madrid, unos noventa mil afiliados; parte de los de Vizcaya, unos treinta y cinco mil; parte de los de Asturias, manejados por Llaneza, unos sesenta mil; no se hace distinción en el informe entre socialistas y la UGT».[30] Estas apreciaciones coinciden con nuestras conjeturas, expuestas en el Episodio dedicado a la historia del socialismo, aun teniendo en cuenta el súbito incremento de los efectivos socialistas después del 14 de abril.

Mola está beneficiosamente influido por el informe Bazán en sus valoraciones sobre la fuerza real del comunismo; sus propias observaciones corroboran los datos de su antecesor. Según Mola, el comunismo es «un espantajo que no convenía tomar a broma». Cree que «a la Internacional Comunista no le interesábamos lo suficiente para prestarnos atención, sobre todo antes del movimiento revolucionario del mes de diciembre (de 1930)». Los recursos del PCE proceden de Rusia a través de los partidos francés y belga. «No existía al proclamarse la República una organización (comunista) propiamente dicha». La Policía española de 1930, según su director general, no tenía la menor idea de lo que era realmente el comunismo.[31]

La desorientación del PCE y, por consiguiente, de sus amos soviéticos era tal que ni se enteraron de la conquista de la CNT por la FAI; el 14 de abril constituyó para unos y otros la más inesperada de las sorpresas. El emisario permanente moscovita, Humbert-Droz, reenviado a toda prisa para recoger observación directa, insiste en animar a los comunistas españoles a «derrocar la República burguesa» e «instaurar los Soviets y el Gobierno Obrero y Campesino».

Droz no explicaba a sus desmedradas huestes cómo podía conseguirse tan alto objetivo histórico con el centenar escaso de analfabetos que constituían las fuerzas comunistas madrileñas. El despropósito era tan enorme que pocos años más tarde la Comintern acusará a los infelices comunistas españoles del «sectarismo» y el «irrealismo» dictados por su propio emisario oficial.

El núcleo anarcosindicalista de Sevilla es el único que, después de pasar al comunismo, permanece bajo la obediencia de la Comintern. Ya sabemos que en 1922, aprovechando una larga detención de Joaquín Maurín, el Comité Nacional de la CNT, bajo la presión anarquista, se orienta contra la adhesión provisional a la Comintern hasta que en la Conferencia de Zaragoza, oído ya el Informe Pestaña, la gran organización sindical española rompe definitivamente aquella adhesión. A fines del mismo año, los partidarios de la unión permanente con la Internacional Sindical Roja

(brazo sindical de la Comintern) se organizan en Comités Sindicalistas Revolucionarios en torno a Joaquín Maurín y su órgano *La Batalla*, que se funda por entonces. Los comunistas ex sindicalistas, que no mantienen mayores conexiones con los grupos madrileños, van haciendo progresos en Barcelona entre sus antiguos compañeros. En el verano de 1924, Maurín, que asiste al II Congreso de la ISR como delegado de los Comités Sindicalistas Revolucionarios, se desilusiona de la disciplina bolchevique y a su vuelta los comités se van separando del comunismo. En 1925 la mayoría de los dirigentes de los comités son detenidos y *La Batalla* interrumpe su publicación.

Hacia 1930 resurge el núcleo de *La Batalla* y se fusiona con el Partit Comunista Catalá de Jordi Arquer para formar el Bloque Obrero y Campesino (BOC), que controla la Federación Comunista Catalano-Balear y se opone cada vez más a la disciplina centralista del PCE. El mismo año vuelve de Rusia Andrés Nin, expulsado ya del comunismo ortodoxo; pero no ingresa inmediatamente en el BOC (Bloque Obrero y Campesino), cuyos dirigentes pretendían un comunismo sindicalista e independiente de tutelas extranjeras; Nin funda la Izquierda Comunista, grupo de clara inspiración trotskista y que arraiga exclusivamente en Cataluña. Según su fundador, el BOC estaba ideológicamente «influenciado por Marx y Engels, por Lenin y Bukharin; muy poco por Trotsky y nada por Stalin». El Partit Comunista Catalá había sido fundado en 1927 por Arquer, Jaume Miravitlles y Colomé, desde el principio al margen de la Comintern. Ya hemos visto que la causa inmediata de la escisión maurinista fue que, al presentarse en la Conferencia del PCE de 1929 en París como delegado de la Federación Catalano-Balear, no fue admitido.

En julio-agosto de 1930, todos los militantes de la Federación Catalano-Balear son expulsados del PCE, después de que en la Conferencia de Pamplona Maurín y sus grupos se levantaran abiertamente contra la Tercera Internacional. La fusión con el PCC se empieza a gestar en 1930, pero ocurre formalmente el 1 de marzo de 1931; la nómina inicial del BOC comprendía unos 700 afiliados, prácticamente tantos como todo el PCE en aquellos días. Desde el primer momento, el BOC decide apoyar a la República, considerando a ésta como «revolución burguesa», bajo la clara inspiración de Trotsky. Durante toda la República, el BOC anula prácticamente en Cataluña al PCE.

A principios de 1932, el BOC cuenta con cerca de seis mil afiliados, según sus propias manifestaciones, seguramente exageradas. En ese mismo año se declara leninista y al margen del trotskismo, pero franca y abiertamente antiestalinista; nominalmente siguen dentro del BOC —con cierta personalidad— la Federación Catalano-Balear (autónoma) y el PCC. Joaquín Maurín es una figura sumamente interesante en la historia y en la historiografía de los movimientos obreros españoles; por una parte, es ultrafederalista, defiende el retorno a sistemas que él creía medievales, pero, en realidad, eran cantonales. No carece de intuición sobre el verdadero alcance revolucionario de la República cuando afirma en 1934: «Si la

España de los tiempos de la República no lleva a cabo la revolución democrático-socialista, inevitablemente triunfará la contrarrevolución fascista, que se eternizará».

Las tesis de Maurín coincidían con las de todos los españoles de auténtica ilusión comunista, pero desencantados por la torpe realidad patriótica de la Comintern; por eso se pueden detectar tantos puntos de contacto durante los primeros años de la República entre Maurín y Nin, entre el BOC y el nuevo Largo Caballero, entre los disidentes catalanes y las tendencias del «grupo sectario» dirigente del PCE entre 1928 y 1932. Todos son comunistas, idealistas, revolucionarios a ultranza; para afirmar su antiestalinismo todos se declaran marxistas revolucionarios e incluso leninistas; en realidad, aunque no suelen confesarlo, antes que comunistas lo que se sienten es tan revolucionarios como españoles. En estos Episodios se verá que todos ellos terminaron trágicamente en su persona y en su obra, precisamente por haber querido afirmar el españolismo de su trayectoria revolucionaria.

Fracasos y desventuras del comunismo español hasta 1932

La historia del PCE desde la proclamación de la República (que ocurrió sin que los comunistas se enterasen) hasta la Revolución de Octubre de 1934 (que estalló sin la menor influencia comunista y con su concurso nominal de última hora con exclusivos fines propagandísticos) es, como hemos repetido, una historia anecdótica, marginal, en la que solamente destacan las contradicciones y las frustraciones internas del desacreditado grupo rojo. Durante toda esta etapa, el PCE se dedica al tremendismo político con la esperanza de que, a fuerza de gritos, las «bases» de los demás movimientos obreros decidan cambiar de carné.

De sobra saben los jerarcas del PCE que semejante pretensión sería ilusoria si tras sus menguadas realidades no estuviese, en la conciencia del proletariado español, la evocación mágica de Rusia, la nueva patria de todos los oprimidos del mundo. Por eso la principal arma política del PCE en estos años es la difusión entre las masas españolas de la propaganda soviética.

Esta difusión se realiza de múltiples formas. Ante todo mediante la prensa, entre la que destaca *Mundo Obrero*, convertido en diario a partir del 13 de noviembre de 1931. Cuando los Gobiernos republicanos suspenden el periódico, aparece éste con idéntico formato y bajo el título de *Frente Rojo*; durante la Guerra Civil adoptarán este segundo título los órganos comunistas de Barcelona y Valencia, pero durante la República *Frente Rojo* es el *ersatz* de *Mundo Obrero.* El nuevo diario comunista es dirigido por César Falcón, y se caracteriza desde el primer momento como la edición española de la *Pravda*, en frase de un disidente. Los principales jerarcas del PCE han pasado, e incluso han simultaneado, sus funciones políticas con las actividades de redacción del periódico, en lo que no se han diferenciado para nada de tantos políticos españoles, para quienes el periodismo no ha sido más que una plataforma personal. El diario rojo utilizaba también el habitual recurso de los «negros», tan extendido por toda la prensa política española. Durante todo el período republicano, *Mundo Obrero* y sus sustitutivos eran pesadísimas losas de propaganda indigesta a fuerza de dogmática y apocalíptica. El resto de los movimientos obreros no le hacía el menor caso, pero los partidos derechistas se fueron autoconvenciendo poco a poco de que el comunismo representaba una amenaza real.

La segunda fuente propagandística era la literatura polémica menor, representada por los folletos. Dos eran las principales editoriales que inundaban al país con riadas de libritos y panfletos, concebidos al modelo anarquista: Edeya y Ediciones Europa América. Nuestros archivos cuentan con miles de títulos diferentes, aunque los temas sean en realidad muy pocos y repetidos hasta la saciedad más intolerable. Buscó,

además, el PCE el control de algunas editoriales de mayor altura y consiguió su propósito desde el mismo año 1931 con la célebre Editorial Cénit, portavoz de la alta propaganda comunista. La empresa fue patrocinada, con mayor o menor inocencia, por diversas personas que no tenían nada de comunistas, pero que prestaron a la propaganda comunista la ayuda inapreciable de su influencia y su dinero; el más destacado de estos ingenuos fue el futuro ministro de la Guerra de 1934, Diego Hidalgo.

Los temas de esta propaganda reflejaban la pobreza de ideas propias del comunismo español, convertido en resonador de los dictados propagandísticos de la Comintern. El tema principal es el canto en todos los tonos de las excelencias de Rusia, o, como se decía con inconmensurable cursilería, «el paraíso soviético». La segunda gran consigna es la necesidad del «Gobierno Obrero y Campesino» para España. Venían en tercer lugar las oleadas de exhortaciones al Frente Único, es decir, al aniquilamiento de los partidos obreros y traspaso de sus masas al único verdadero de todos ellos, el PCE; es lo que los mismos comunistas llamaban «frente unido en la base».

Corolario y contrapunto de este tema eran las continuas invectivas y ataques contra los líderes y las ejecutivas de todos los movimientos obreros excepto el comunista. La serie de Edeya «La revolución española» entendía por revolución a la pobre República y apareció entre 1931 y 1932 como la apoteosis del Frente Único y de los insultos a los demás partidos y sindicales obreras. Cuando los órganos periódicos o unitarios de la propaganda comunista tratan específicamente temas españoles (lo que sucede no demasiadas veces), sus tomas de posición revelan una ingenuidad sin límites y un tremendismo ingenuo y delirante. España es un conjunto de naciones oprimidas por el centralismo gubernamental; el PCE debe procurar «la liberación de todos los pueblos de Iberia».

Se da por descontada la verdad suprema del ateísmo, como establece un folleto dedicado a los «proyectos de resoluciones» para una reunión comunista a escala nacional. Otro tema que tratan considerable número de publicaciones comunistas es el del régimen interno del partido; organización, reuniones, actas y, sobre todo, reediciones y más reediciones de los clásicos rojos, desde el *Manifiesto Comunista* (poseemos al menos doce ediciones diferentes) a las últimas genialidades de Stalin y sus hombres: Dimitrov, Manuilski, *Ercoli*, etc. En marzo de 1932 se inicia la edición española de la *Correspondencia Internacional,* órgano oficial de la Comintern, que es una de las más importantes publicaciones comunistas a la hora de la historia. Dos meses antes de esa fecha es cuando tiene lugar la primera sustitución de *Mundo Obrero* por *Frente Rojo*; el diario con el título original reaparece en noviembre del mismo año, el día 30.

La absoluta falta de intervención del PCE en la gestación y proclamación de la República, que según las entonces vigentes tesis de la Comintern equivalía estratégicamente a la revolución soviética de febrero, produce la fulminante llamada

de José Bullejos y Manuel Adame a Moscú, donde son aleccionados duramente por maestros de la talla de Manuilski, Pieck, Losovski y Kuusinen. Regresan a España franqueados por varios emisarios de la Comintern: su viejo conocido Droz, el obeso argentino Codovila Medina y el búlgaro Stepanov, que aparece en España con el seudónimo de Chavaroche. La Internacional Comunista, tras discutir con los dirigentes, les envió una carta que el Comité Central no creyó necesario divulgar.

En noviembre de 1931 se celebra una nueva reunión de los jerarcas de la Internacional Comunista con los dirigentes españoles a los que muy pronto se empezó a motejar como «el grupo»; eran éstos, además de Bullejos, Adame y Trilla, Jesús Hernández y Etelvino Vega. Éste, miembro del Comité Central, estaba encargado desde 1931 de la llamada «sección antimilitarista» para difundir las consignas soviéticas en los cuarteles españoles; en 1932 se le agregaron Ramón Casanellas (uno de los asesinos de Dato) y Santiago López, quienes consiguieron establecer una célula comunista en el Regimiento de Caballería de Guarnición en Alcalá de Henares.

Frente al «grupo» dirigido por Bullejos, de corte más intelectual (gracias a Trilla) y más independiente (gracias a Adame y al propio Bullejos) de lo tolerado por las nuevas especificaciones estalinianas, se va prefigurando otro grupo de dirigentes menos cultos, más «obreros puros» y, por supuesto, más serviles ante las insinuaciones de «La Casa»: Manuel Hurtado, Antonio Mitje, Manuel Roldán y el epiléptico cargador del muelle sevillano José Díaz. La apasionada y apasionante activista norteña Dolores Ibárruri era por entonces, como tantos otros futuros líderes, partidaria del que estaba a punto de ser declarado «grupo sectario».

En el mes de enero de 1932 se recibe en el Comité Central una instrucción de la Comintern que «el grupo» no comunica íntegramente como se le ordenaba. La «base» madrileña levanta la sospecha y cunden las protestas en todas las secciones de España. En febrero de 1932 se designa, a propuesta de la Comintern, un organismo de arbitraje entre las dos tendencias que dividían al Comité Central español; el asesino Casanellas dirige ese organismo, que se ve pronto superado por los plenos de los comités centrales del PCE y de la Unión de Juventudes Comunistas, celebrados en la segunda quincena de febrero con motivo de discutir la segunda carta de la Comintern. En ellos se convoca el IV Congreso del partido que se abre en Sevilla el 17 de marzo de 1932.

Nuevo rumbo en el IV Congreso comunista: La Pasionaria

Integran el Congreso 257 delegados que representan a unos diez mil afiliados (cifra probablemente muy exagerada y por lo menos quintuplicada). Según la historia posterior del comunismo ortodoxo, en el IV Congreso se cierra la etapa anterior («el sectarismo izquierdista») y el partido «comenzó a liberarse de las tendencias dogmáticas del grupo de dirección». En el Congreso de Sevilla los delegados empiezan a darse cuenta de que la alta protección de la Comintern se va retirando del grupo Bullejos y comienza a amparar a sus oponentes.

Sin embargo, la crisis no se declara hasta el mes de agosto del mismo año 1932, cuando el grupo Bullejos adopta la tesis de Trilla y se une entusiásticamente a la República por haber aplastado el golpe militarista-reaccionario del 10 de agosto. Éste es el pretexto que toma la Comintern para la defenestración del grupo. Precisamente por aquellos días se celebra en Moscú el XII Pleno del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Mitje y Hurtado acusan al grupo dirigente español y la Comintern decide la separación provisional de los encartados. Se dicta a los nuevos dirigentes encabezados por el secretario general José Díaz y entre los que figuran Dolores Ibárruri (que se ha apresurado a renegar del «grupo»); Vicente Uribe (quien sustituye inmediatamente a Bullejos en la dirección de *Mundo Obrero,* remozado con una rotativa usada comprada a *El Socialista),* Mitje, Pedro Checa, Manuel Delicado, Jesús Larrañaga, Cristóbal Valenzuela y Daniel Ortega, la consigna de «dictadura del proletariado» y la orden de terminar con el aislamiento sectario; Dolores, la animosa redactora de *Mundo Obrero,* se encarga de que las nuevas consignas —idénticas a las esgrimidas por el grupo desde 1929— parezcan en realidad remozadas y sugestivas. Intenta el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista organizar de forma autónoma el PCC, a las órdenes de Casanellas; el intento se frustrará por la muerte del asesino, que tiene lugar en un accidente de moto en las cuestas del Bruch, el 25 de octubre de 1933 (había asesinado a Dato desde una moto). También insiste la Internacional en que se cumplimenten los acuerdos de la Conferencia de Unidad Sindical, organizada por los comunistas a fines de 1932, en la que se formó sobre el papel la sindical comunista CGTU; pero el organismo jamás salió de la mesa de planos, pese a las entusiastas mentiras de la propaganda roja.

La reunión para designar los delegados españoles al XII Pleno del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista se había celebrado el 18 de agosto de 1932. Hurtado y Mitje parten para Moscú, no sin que antes el Comité Central hubiese condenado por sugerencia de los emisarios soviéticos a Bullejos, Adame, Trilla y Vega. Ya hemos visto que el XII Pleno confirmó las condenas, pero mientras se

celebraba éste, el «grupo» da un pequeño golpe «de estado». Se marcha a Sevilla, donde radicaba la mitad de los efectivos del partido, y desde allí alinean a sus numerosos partidarios contra la línea servil del resto del Comité Central.

Son llamados inmediatamente a Moscú, y en su ausencia, Hurtado y Mitje, que ya han regresado del XII Pleno, les condenan en la reunión del Comité Central del 5 de octubre. Mientras tanto, la Comintern expulsa a Bullejos, Adame, Trilla y Vega y les retiene en Rusia hasta enero de 1933. A raíz de la reunión de 5 de octubre, en la que Dolores Ibárruri había abjurado de su colaboracionismo con el «grupo», otros destacados secuaces de los «sectarios», como Miguel Caballero, Pascual Arroyo y Luis Zapirain, firman y publican abyectas «confesiones» en el más puro estilo de los formularios estalinianos. Etelvino Vega reingresará poco después en la disciplina y la jerarquía del partido. Jesús Hernández Tomás supo, como Dolores Ibárruri, retirarse a tiempo de la «heterodoxia»; es el único componente del nuevo equipo que puede pasar, sin ironías, como «intelectual».

En el mismo octubre de 1932 la nueva dirección del partido, que ya ha conseguido reducir a control a toda la «base», publica un tremendo alegato titulado *La lucha por la bolchevización del partido.* Stalin había conseguido, tras la defenestración del «grupo sectario», la obediencia ciega de sus peones españoles.

Los avatares de la condena del «grupo sectario» no pasan desapercibidos a los demás movimientos obreros españoles, que acentúan, en su cabeza y sus miembros, la desconfianza hacia un partido que de forma tan poco hispánica se deja dominar impunemente desde el extranjero. Crecen los rumores, y crece el desprestigio comunista, cuando, a su vuelta de Rusia a principios de 1933, Manuel Adame ingresa en el PSOE y se dedica a soliviantar contra el comunismo ortodoxo a sus antiguos compañeros sevillanos. A esta labor se debe el fracaso total de la huelga decretada por el comunismo para el 15 de agosto de 1933 en Sevilla; una consecuencia de mayor alcance será la permanente división de los revolucionarios andaluces, de la que sacaría un partido increíble en julio de 1936 el general Queipo de Llano.

A principios de 1933 una publicación documental del PCE ratifica la expulsión del «grupo traidor»; las acusaciones son de trotskismo para Trilla, de «antiguo joven bárbaro» para Bullejos y de anarquista para Adame. De tan variada y peregrina forma, el PCE aprovechaba la condena de sus antiguos dirigentes para llenar de barro a todos sus enemigos potenciales; se mantenía la permanencia en el «error lasalliano» que a la larga resultaría fatal para el PCE.

A mediados de febrero, los comunistas españoles echan las campanas al vuelo: ingresan en sus filas la Izquierda Revolucionaria y Antiimperialista (12 de febrero, dirigida por César Falcón) y el Partido Social Revolucionario (19 de febrero, dirigido por José Antonio Balbontín, exradical-socialista). Las decenas de militantes que se agregaban a las filas rojas se convirtieron en mesnadas y más mesnadas para la propaganda de *Mundo Obrero.* La invasión de propaganda soviética buscó a fines de marzo del mismo año un respaldo de respetabilidad con la fundación de la Asociación

de Amigos de la Unión Soviética, cuyo manifiesto lo firman plumas como Martínez Barrio, Concha Espina, Salazar Alonso, Sánchez Román y Ramón del Valle Inclán. Uno de los ministros de la situación, Salvador de Madariaga, tomaba buena nota de la curiosidad mesiánica del proletariado español ante la propaganda soviética que por entonces crecía sobre el país.

Pero las tácticas que habían merecido el aniquilamiento del «grupo sectario» en nada cambiaban; baste como ejemplo el descomunal folleto de A. Brones *Conquistemos las masas,* editado en el otoño de 1933, y que evidencia que el autor no había leído las diatribas antiextremistas de Lenin. De cara a las elecciones de noviembre, el PCE sigue tan sólo como ante el 14 de abril, y sus consignas parecen impresas en los mismos moldes: el programa de Gobierno Obrero y Campesino, el ataque feroz a los «socialfascistas», «anarcofascistas» y «republicanofascistas», etcétera.

Es lógico que durante todo el año de 1934 los demás movimientos obreros diesen de lado al PCE a la hora de preparar la revolución; ya sabemos que, tras empeñarse ridículamente en cambiar la esencia, o por lo menos el nombre, de las Alianzas Obreras, el PCE se vio obligado a entrar en ellas a última hora (mediados de septiembre) y por la puerta falsa, es decir, abandonando todas y cada una de sus pretensiones para no quedar totalmente al margen del festival revolucionario de octubre.

Dolores Ibárruri, que en noviembre de 1933 había asistido en Moscú al XIII Pleno del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista y al XVII Congreso del PCUS, volvió deshaciéndose en lirismos baratos sobre ambos acontecimientos, que no tuvieron la menor repercusión en España. Así se llegó a las vísperas de octubre, con los comunistas montados a última hora en el furgón de la revuelta; lo que no les exime de proclamar decenios más tarde que «el 2 de octubre de 1934 el PCE propone la huelga general». Con semejante absurdo intentan tantos años después los comunistas apuntarse los méritos del octubre español de 1934, y no sin razón, porque si bien influyeron poco en el desencadenamiento y desarrollo de los hechos, gracias a la incultura, al miedo y a la pasión consiguieron, a raíz de la Revolución, su primera victoria sustancial en el terreno de la propaganda.

Las estadísticas sobre el desarrollo del PCE durante la República son hoy por hoy imposibles de establecer; en ellas juega la propaganda un papel aún más ditirámbico que en los demás movimientos obreros. Parece demostrado que el 14 de abril de 1931 les faltaba bastante para el millar. Ya hemos dicho que la cifra dada por ellos mismos con motivo del Congreso de Sevilla de 1932, quizá quintuplique una cifra probable de dos mil afiliados. La Dirección General de Seguridad, sin citar fuentes, dijo que en noviembre de 1934 los afiliados al PCE eran 133.296; la cifra, basada en bravatas comunistas, parece ridículamente exagerada. Brones deja caer, para finales de 1933, la cifra de 25.000 carnés. Matorras, tránsfuga bien informado y normalmente sincero, habla de 20.000 afiliados para mayo de 1933, de los que 8.000 pertenecían a los dos

pequeños partidos recién asimilados. A falta de datos más serios, conjeturamos que en vísperas de octubre el número real de los afiliados al PCE no debería de ser muy superior a los 10.000, de los que una parte importante estaba fatalmente minada por las disensiones y los desencantos: nos referimos al comunismo sevillano y andaluz, que tal vez comprendiese la tercera parte de los efectivos totales. La CGTU y la Unión de Juventudes Comunistas eran prácticamente inexistentes como entidades autónomas en esa fecha.

En cuanto a las finanzas del partido, Matorras aporta numerosos datos que probablemente son precisos; lo importante de este tema es que el PCE se financiaba casi íntegramente por las remesas de la Cominern, fiscalizadas a través de la red de emisarios permanentes y ocasionales, entre los que figuraban, además de los ya citados, algunos periodistas de entera confianza, como Ilya Ehrenburg y Mikhail Koltsov, presentes en España en 1931 según confesión propia. La cuantía de esas remesas era considerable, a juzgar por el enorme flujo de la propaganda comunista en España, pero no tenemos forma de evaluarla numéricamente.

La organización del PCE reflejaba el «centralismo democrático», es decir, el totalitarismo jerárquico del Partido Comunista de la Unión Soviética. Las secciones locales y provinciales dependían de un Comité Central omnipotente y de una Dirección Ejecutiva puesta servilmente a las órdenes de los emisarios soviéticos. La pieza elemental del partido era la célula, compuesta al menos por tres militantes y sin límite superior. Había células de fábrica pero también de barrio o de cuartel u otro organismo oficial. La agrupación de células de una misma zona formaba un «radio» y los radios se coordinaban en el comité local. La disciplina era absoluta y la obediencia, ciega. El espíritu de entrega, de servicio y de sacrificio de los comunistas españoles, su carga de idealismo en aras de la causa revolucionaria y de la causa soviética eran innegables. Pocos intelectuales formaban durante los años treinta en las filas comunistas y por eso el partido, tras la Guerra Civil, desplegó con éxito notable una intensa acción de captación intelectual y cultural. El nivel doctrinal de los comunistas españoles en los años treinta no era muy elevado.

Pero su sentido de la propaganda, después de Octubre de 1934, era genial. A partir de esa fecha la Comintern puso a los comunistas españoles bajo la tutela e inspiración de los comunistas italianos (Togliatti) y los franceses (Duelos, Thorez). El PCE logró atribuirse en gran parte la bandera revolucionaria de Octubre (abandonada por los socialistas avergonzados de su intentona antidemocrática) y bajo el telón de fondo de Octubre convirtieron en estrella para todo el proletariado español a Dolores Ibárruri, la activista bilbaína que se había formado en un colegio de monjas. El siguiente reto que se planteaba al PCE era nada menos que el Frente Popular y con él consiguieron los comunistas españoles la primera de sus victorias políticas decisivas.

Pero con efectivos todavía escasos. Dentro de nuestras limitaciones estadísticas, que son acuciantes, es probable que la cifra de militantes comunistas españoles en julio de 1936 fuera semejante a la de los afiliados a Falange, una cifra próxima a los

veinticinco mil. Luego una y otra cifra crecerán enormemente pero está clarísimo que con esos efectivos iniciales la Guerra Civil no se planteó entre falangistas y comunistas. Tendremos que buscar un planteamiento mucho más serio y objetivo y lo vamos a encontrar muy pronto.

Los fines políticos del PCE en 1936

Mejor que cualquier consideración, conviene que los propios comunistas expongan sus fines políticos en 1936 en documentos esenciales:

Estatutos del Partido Comunista de España[32]
(Sección de la Internacional Comunista)

1. El Partido Comunista de España (Sección de la Internacional Comunista) representa la unión de todas las organizaciones comunistas existentes en el país, como jefe y organizador del movimiento obrero revolucionario y portaestandarte de los principios y de los objetivos del comunismo. El Partido Comunista lucha por la conquista de la mayoría de la clase obrera y de las masas campesinas, por el establecimiento de la dictadura del proletariado, por la creación de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas, por la supresión de las clases y la realización del socialismo, primer paso hacia la sociedad comunista.

2. Puede ser miembro del Partido Comunista todo el que acepte el programa y los Estatutos, forme parte de la organización fundamental de base del partido y trabaje activamente en la misma, se someta a todas las resoluciones del partido y de la Internacional Comunista y pague regularmente sus cotizaciones.

3. El organismo de base del Partido Comunista es la célula (de fábrica, de mina, de cortijo, de tajo, de oficina, de almacén, de calle, etc.) que agrupa a todos los miembros del partido que trabajan o viven en el lugar de que se trata.

4. El Partido Comunista se organiza sobre la base de los principios del centralismo democrático, cuyas normas fundamentales son: a) Elección de todos los órganos dirigentes del partido, tanto inferiores como superiores, en las conferencias y congresos del partido, b) Obligación para los órganos dirigentes del partido de dar periódicamente cuenta de su gestión ante sus electores. c) Ejecución obligatoria de las resoluciones de los órganos superiores para los inferiores: disciplina severa, realización inaplazable de las decisiones del partido, de sus órganos y de sus centros dirigentes.

Las cuestiones del partido sólo pueden ser discutidas por los afiliados y organizaciones de éste, mientras los órganos competentes del partido no hayan tomado una decisión acerca de ellas. Las decisiones adoptadas por los congresos de la I. C., por los congresos y conferencias del Partido Comunista y por sus órganos de dirección, deben ser puestas en práctica incondicionalmente.

¿Por qué lucha el Partido Comunista?[33]

Bajo la bandera del gobierno obrero y campesino, luchamos por las siguientes reivindicaciones:

Ligando estrechamente la acción parlamentaria con la acción extraparlamentaria, teniendo como norte el objetivo fundamental de la lucha revolucionaria por el poder y la instauración del gobierno obrero y campesino, los representantes del Partido Comunista en el Parlamento lucharán por las siguientes reivindicaciones:

1. Concesión de una amplia amnistía para todos los condenados por delitos de carácter político o social. En esta ley serán incluidos, para que puedan acogerse a sus beneficios, los casos siguientes:

a) Los condenados por delitos cometidos en ocasión de la huelga campesina del mes de junio de 1934.

b) Todos los condenados por delitos del mismo carácter a quienes no alcanzaron los preceptos de la ley votada por las Cortes en 1934.

c) Los condenados por delitos clasificados como comunes, cometidos con ocasión del movimiento revolucionario de octubre.

d) Los condenados por delitos cometidos individualmente en defensa de sus ideales o por oposición a medidas arbitrarias y reaccionarias del Gobierno.

e) Los condenados por delitos penados en la Ley de Explosivos.

2. Promulgación de una ley concediendo pensiones vitalicias a las familias de los obreros muertos por los sucesos de Octubre cometidos por la fuerza pública en la represión del movimiento de Octubre. Nombramiento de una comisión depuradora de los hechos ocurridos, e imposición de las sanciones civiles y penales en que los autores hayan incurrido.

3. Restablecimiento inmediato y absoluto de todas las garantías constitucionales. Amplia libertad de reunión, manifestación y prensa para las masas populares y sus organismos sindicales y políticos. Derogación inmediata de todos los decretos o leyes que se opongan a esas libertades.

4. Indulto total de las organizaciones obreras disueltas en virtud de sentencia judicial como consecuencia de los sucesos de Octubre, devolución de los bienes y propiedades confiscados. Reposición inmediata de todos los represaliados con motivo de esos sucesos. Amplio derecho de asociación y huelga para todos los trabajadores.

5. Reposición de los ayuntamientos elegidos por sufragio el 12 de abril de 1931. Las vacantes que se hubieran producido por fallecimiento de los titulares o por aplicación de condenas, por parte de los tribunales, serán cubiertas por representantes elegidos por sus respectivos partidos.

6. Celebración de elecciones municipales en el plazo máximo de sesenta días.

7. Restablecimiento absoluto de todas las leyes de carácter social promulgadas por las Cortes Constituyentes y aprobación de:

a) Ley de Control Obrero y reconocimiento de los comités de fábrica o alianzas obreras.

b) Ley estableciendo sanciones penales para los patronos que vulneren las leyes de carácter social y los acuerdos adoptados por los organismos encargados de su aplicación y vigilancia.

c) Ley anulando en su totalidad las promulgadas por el último Parlamento. Supresión de la Ley de Vagos y Maleantes, de Orden Público y otras del mismo carácter. Independencia absoluta de los sindicatos y partidos políticos de todo control de parte del Estado.

8. Mejoramiento general de las condiciones de vida y de trabajo de la clase obrera. Reconocimiento de la jornada de ocho horas y de la semana de cuarenta y cuatro horas. Jornada de seis horas para los obreros que trabajan en las industrias insalubres, como así también para los jóvenes hasta los dieciocho años.

9. Ley de Seguro Social para los obreros industriales y agrícolas, a cargo de los patronos y del Estado, para los casos de paro, accidente de trabajo, enfermedades, vejez, invalidez y maternidad.

10. Censo de parados y establecimiento inmediato de un subsidio a los obreros en paro forzoso, no inferior de tres pesetas en las ciudades y de dos pesetas en el campo. Iniciación inmediata de trabajos de utilidad pública —construcción de escuelas, casas populares, hospitales, etc.— para absorber el paro forzoso. Urbanización de la población rural, dotándola de los medios sanitarios y culturales indispensables, y creando rápidamente los medios de comunicación y transporte entre la ciudad y los pueblos que cree y afirme la solidaridad entre sus intereses.

11. Nacionalización del Banco de España y adopción de medidas contra la evasión de capitales. Impuesto progresivo sobre la renta y los beneficios industriales. Anulación de la Ley de Restricciones. Rebaja general de los impuestos a los pequeños comerciantes e industriales. Unificación de los impuestos y su aplicación a tasa reducida.

12. Expulsión de las órdenes religiosas y confiscación de sus bienes en beneficio de los parados.

13. Instrucción laica obligatoria. Creación de cantinas escolares y roperos para que los niños necesitados reciban alimentos y vestidos.

14. Desarme y disolución de las organizaciones monárquicas y fascistas. Clausura de sus centros y clubs de conspiración, y confiscación de sus propiedades y bienes.

15. Depuración del Ejército y de todas las instituciones armadas, de los oficiales monárquicos y fascistas.

16. Creación de una milicia popular armada, formada por obreros y campesinos.

17. Reforma de la organización judicial y de su funcionamiento. Elección de los jueces, y justicia por jurado popular. El ciudadano que fuere detenido será entregado inmediatamente al juez correspondiente, prohibiéndose a los funcionarios de Policía o de la fuerza pública someterlos a interrogatorios, que en ningún caso habrán de tener

validez. Tampoco podrán permanecer en las comisarías, cuartelillos o dependencias de la Dirección General de Seguridad en calidad de detenidos. Transformación total del régimen de prisión en todos sus grados, régimen político, y prohibición de todo castigo a los detenidos. Abolición inmediata de la pena de muerte. Limitación jurisdiccional del Código de Justicia Castrense a los delitos netamente militares.

18. Reforma de la Administración Pública en todas sus esferas. Depuración de la Administración de todos los elementos monárquicos, fascistas y enemigos del pueblo.

19. Estrechar las relaciones con la URSS y apoyar su política de paz. Nombramiento inmediato de embajador de España en la URSS Aplicación de las sanciones al país agresor. Participación de España en los pactos de seguridad colectiva.

20. Restablecimiento en toda su integridad del Estatuto de Cataluña, aprobado por las Constituyentes. Reconocimiento a los pueblos de su propia personalidad a través del derecho de autodeterminación.

Discurso de Mitje[34]

El camarada Mitje, diputado comunista, que es ovacionado, seguidamente dijo:

«Es de un sentido emocional extraordinario, obreros y campesinos de Badajoz, el acto que estamos celebrando aquí hoy. Yo supongo que el corazón de la burguesía de Badajoz no palpitará normalmente desde esta mañana al ver cómo desfilaban por las calles con el puño en alto las milicias uniformadas; al ver cómo desfilaban esta mañana millares y millares de jóvenes obreros y campesinos, que son los hombres del futuro ejército rojo obrero y campesino de España. Yo supongo que la prensa reaccionaria mañana dirá, asustada: «Es intolerable, señor gobernador, que el domingo por la mañana Badajoz entero estuviera en manos de las hordas marxistas». Eso gritarán en su prensa, pero nosotros sabremos contestar que este acto es una demostración de fuerza, es una demostración de energía, es una demostración de disciplina de las masas obreras y campesinas encuadradas en los partidos marxistas, que se preparan para muy pronto terminar con esa gente que todavía sigue en España dominando de una forma cruel y explotadora a lo mejor y más honrado y más laborioso del pueblo español.

Queremos también llamar la atención muy seriamente de los elementos republicanos, porque España carece de los recursos democráticos que Francia o que Bélgica, puesto que en España muy pronto las dos clases antagónicas de la sociedad han de encontrarse en el vértice definitivo en un choque violento, porque la Historia lo determina así para cumplir el fin que tenemos determinado. Y si ésta es la perspectiva que tenemos, es honrado y leal que hoy digamos con claridad ante multitudes enormes, a los republicanos de izquierda, que la Historia les depara un papel en este instante que ni lo saben aprovechar ni están demostrando saberlo cumplir, y que si no lo saben cumplir, que no se llamen a engaño, que nosotros no

estamos dispuestos a hacernos de nuevo cómplices de una mascarada de la cual pagamos después… *(los aplausos cortan el párrafo*).

Nosotros tenemos que decir que ya estamos hartos de ver en la calle y en la Cámara que las derechas se convierten en acusadores y que poco más o menos que nos piden cuentas de la victoria del Frente Popular. *(Aplausos).* Y si esto ocurre, y si las derechas están envalentonadas…

Ahora bien; no pasaremos por la burla de que continúen paseándose por Sevilla, o por Cádiz, o por Madrid, o por cualquier punto de España, esta gente, sin haber tenido el debido cumplimiento de la justicia que el pueblo pide. Que se entere bien el Gobierno, y aquí, en Badajoz, vosotros, republicanos que me escucháis, sean muchos o sean pocos, tened buena cuenta de ello y tomad buena nota. No es una demagogia, es pedir cuenta para que se dé cumplida satisfacción a lo que constituye un anhelo fundamental del pueblo español.

Se ha dicho en la Cámara y en la prensa que el Gobierno tiene un proyecto de mil millones de pesetas para el paro. Pues bien; nosotros exigimos que inmediatamente se pongan en marcha esos mil millones para dar pan a tantos millares y millares de españoles que pasan hambre.

Para terminar, camaradas de Badajoz, pensemos un poco y miremos el horizonte, y veremos hacia dónde marcha la Unión Soviética. Allí tenemos la atalaya luminosa que nos alumbra el camino; allí hay un pueblo orgulloso, un pueblo libre, que no sufre ni explotación ni hambre, que se ha libertado por completo y que marcha a la cabeza de las muchedumbres de trabajadores del mundo entero. Camaradas de Badajoz, miremos el camino de la Unión Soviética, y tendamos a impulsar pronto el Frente Popular. Y unámonos en un solo partido para que España, por encima de los fascistas, le tienda la mano y diga: «Igual que tú, he hecho mi revolución; hermana soy en el concierto de los países soviéticos del mundo. *(Gran ovación.)*».

RICARDO DE LA CIERVA Y HOCES. (Madrid, España; 9 de noviembre de 1926) es un Licenciado y Doctor en Física, historiador y político español, agregado de Historia Contemporánea de España e Iberoamérica, catedrático de Historia Moderna y Contemporánea por la Universidad de Alcalá de Henares (hasta 1997) y ministro de Cultura en 1980.

Nieto de Juan de la Cierva y Peñafiel, ministro de varias carteras con Alfonso XIII, su tío fue Juan de la Cierva, inventor del autogiro. Su padre, el abogado y miembro de Acción Popular (el partido de Gil Robles), Ricardo de la Cierva y Codorníu, fue asesinado en Paracuellos de Jarama tras haber sido capturado en Barajas por la delación de un colaborador, cuando trataba de huir a Francia para reunirse con su mujer y sus seis hijos pequeños. Asimismo es hermano del primer español premiado con un premio de la Academia del Cine Americano (1969), Juan de la Cierva y Hoces (Óscar por su labor investigadora).

Ricardo de la Cierva se doctoró en Ciencias Químicas y Filosofía y Letras en la Universidad Central. Fue catedrático de Historia Contemporánea Universal y de España en la Universidad de Alcalá de Henares y de Historia Contemporánea de España e Iberoamérica en la Universidad Complutense.

Posteriormente fue jefe del Gabinete de Estudios sobre Historia en el Ministerio de Información y Turismo durante el régimen franquista. En 1973 pasaría a ser director general de Cultura Popular y presidente del Instituto Nacional del Libro Español. Ya en la Transición, pasaría a ser senador por Murcia en 1977, siendo nombrado en 1978

consejero del Presidente del Gobierno para asuntos culturales. En las elecciones generales de 1979 sería elegido diputado a Cortes por Murcia, siendo nombrado en 1980 ministro de Cultura con la Unión de Centro Democrático. Tras la disolución de este partido político, fue nombrado coordinador cultural de Alianza Popular en 1984. Su intensa labor política le fue muy útil como experiencia para sus libros de Historia.

En otoño de 1993, Ricardo de la Cierva creó la Editorial Fénix. El renombrado autor, que había publicado sus obras en las más importantes editoriales españolas (y dos extranjeras) durante los casi treinta años anteriores, decidió abrir esta nueva editorial por razones vocacionales y personales; sobre todo porque sus escritos comenzaban a verse censurados parcialmente por sus editores españoles, con gran disgusto para él. Por otra parte, su experiencia al frente de la Editora Nacional a principios de los años setenta, le sirvió perfectamente en esta nueva empresa.

De La Cierva ha publicado numerosos libros de temática histórica, principalmente relacionados con la Segunda República Española, la Guerra Civil Española, el franquismo, la masonería y la penetración de la teología de la liberación en la Iglesia Católica. Su ingente labor ha sido premiada con los premios periodísticos Víctor de la Serna, concedido por la Asociación de la Prensa de Madrid y el premio Mariano de Cavia concedido por el diario *ABC*.

Notas

[1] *¿Fascismo en España?*, 1935, p. 270 s. <<

[2] Barcelona, Planeta, 1978, p. 220s. <<

[3] Primo de Rivera, J. *A.*, *Obras,* 1964, p. 74 s. <<

[4] Conferencia en el Círculo de la Unión Mercantil de Madrid, 9-IV-1935. <<

[5] *La rebelión de los estudiantes,* 1953, p. 68. <<

[6] R. Ledesma, *¿Fascismo en España?,* 1935, p. 138. <<

[7] Primo de Rivera, J. A., *Obras,* 1964, p. 436 s. <<

[8] *FE*, núm. 14, 12-VII-1934. <<

[9] Primo de Rivera, J. A., *Obras,* 1964, p. 436. <<

[10] *¿Fascismo en España?*, 1935, p. 169. <<

[11] Primo de Rivera, J. A., *Obras*, 1964, p. 339 s. El punto 27 fue suprimido durante la Guerra Civil; lo hemos tomado de García Venero, M., *Falange en la guerra de España*, 1967, p. 57. <<

[12] Primo de Rivera, J. A., *Obras…*, 1964, p. 383. <<

[13] *Obras*, 1964, p. 458 s. <<

[14] Entrevista con el periodista Paxeco, en Del Río y Pavón, *José Antonio íntimo*, p. 366. <<

[15] Primo de Rivera, J. A., *Obras*, 1964, p. 427. <<

[16] *Obras*, 1964, p. 332. <<

[17] *Ibíd.*, p. 320. <<

[18] Payne. S. G., *Falange*, 1962, p. 65. <<

[19] Primo de Rivera, J. A., *Obras*, 1964, p. 395 (19-XII-34). <<

[20] Ansaldo, J. A., *¿Para qué?*, 1951, p. 89. <<

[21] *José Antonio, biografía apasionada,* 1941, p. 284. <<

[22] Aguado, E., *Ramiro Ledesma en la crisis de España*, 1942, p. 44. <<

[23] García Venero, M., *Falange*, 1967, p. 65. <<

[24] Primo de Rivera, J. A., *Obras,* 1964, p. 558 s. <<

[25] Del Río y Pavón, *José Antonio íntimo*, p. 425 s. <<

[26] García Venero, M., *Falange…*, 1967, p. 77 s. <<

[27] Payne, S. G., *Falange*, 1965, p. 69. <<

[28] Enrique Matorras, *El comunismo en España*, 1935, p. 15. El autor había sido secretario del Comité Central de la Juventud Comunista. <<

[29] Maurín, J., *Revolución y contrarrevolución en España, 1966*, p. 115. <<

[30] Berenguer, *De la Dictadura a la República*, 1946, p. 52. <<

[31] Mola, E., *Obras completas*, 1940, p. 294 ss. <<

[32] Checa, P., *¿Qué es y cómo funciona el Partido Comunista de España?*, Madrid, Ed. Mundiales, 1936, 32 p. <<

[33] *Mundo Obrero*, 15 de febrero de 1936. <<

[34] *Claridad*, 19 de mayo de 1936. <<